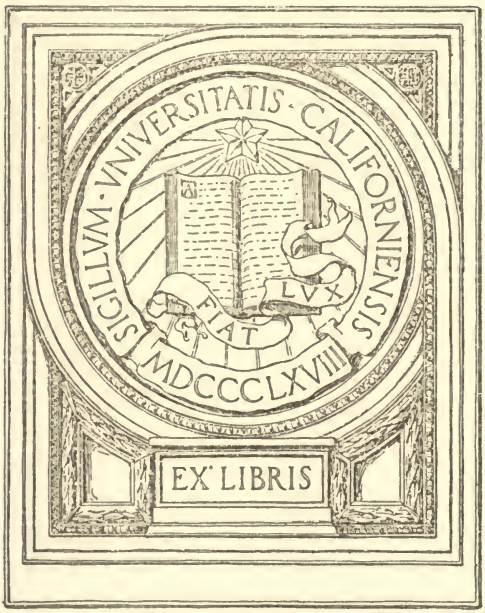
UC-NRLF
$B 306 038

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



COLÓN ANTE EL COMERCIO DEL MUNDO

UNIV. OF CALIFORNIA

COLÓN

ANTE EL COMERCIO DEL MUNDO

ESTUDIO ECONÓMICO Y COMERCIAL

DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

precedido de un breve resumen

DE LA HISTORIA GEOGRÁFICA Y DEL COMERCIO

POR

JOAQUÍN ABAJO FERNÁNDEZ

Licenciado en la Facultad de Filosofía y Letras, empleado por oposición en el Banco de España é Individuo de la Sociedad de Profesores Mercantiles de Madrid.

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Olmo, 4.—Teléfono 1.114.

1892

UNIV. OF CALIFORNIA

E111
A18

ES PROPIEDAD.—DERECHOS RESERVADOS

Los pedidos pueden hacerse al autor, dirigiéndose: Caballero de Gracia, 17, Tienda de flores, Madrid; acompañando su importe.

Gift of J. C. Cebrian

UNIV. OF CALIFORNIA

ÍNDICE

Páginas.

PRÓLOGO. VII
Capítulo I.—Conocimientos geográficos de los antiguos y el comercio hasta la caída del Imperio Romano. . 1
Capítulo II.—Estado de la geografía y prosperidad comercial hasta la liga anseática. 17
Capítulo III.—Expediciones marítimas de los portugueses y decadencia del comercio. 29
Capítulo IV.—Cristóbal Colón y su proyecto de descubrir un Nuevo Mundo. 41
Capítulo V.—Preparativos de la expedición y salida del puerto de Palos. 65
Capítulo VI.—Colón se interna en los mares y descubre la América.. 75
Capítulo VII.—Descubrimientos de Colón en sus tres viajes posteriores.. 87
Capítulo VIII.—Productos naturales del Nuevo Mundo. 101
Capítulo IX.—Rendimientos ó riqueza de las minas de oro y plata.. 111
Capítulo X.—Sistema económico y colonial de España. 129
Capítulo XI.—Sistema colonial de los demás Estados de Europa.. 153
Capítulo XII.—La esclavitud y la trata de negros. . . 167

540557

UNIV. OF
CALIFORNIA

PRÓLOGO

El descubrimiento de América, bajo el punto de vista del comercio y de la economía política, nos ha parecido un estudio de actualidad, y de una importancia grande, aun cuando revista el carácter histórico, y se dirija á una época separada de la nuestra por el largo trascurso de tiempo que representan cuatrocientos años.

Honrar la memoria del autor de aquel singularísimo hecho, escribiendo una obra en este sentido con carácter de originalidad, lo hemos considerado superior á nuestras fuerzas; escribir un pequeño volumen recopilando datos y acercando las opiniones y trabajos de otros historiadores y economistas, más es rendir tributo á los demás, que pretender demostrar una ciencia y unos conocimientos que estamos muy lejos de poseer. Así y sólo en

ese sentido, es como nos dirigimos al público en el presente trabajo.

Si la historia, como ya consignó Cicerón, es *maestra de la vida*, no debe entenderse esto ó limitarse hoy á los hechos que constituyen la historia política de los pueblos, sino que debe comprender también otros órdenes sociales, que el filósofo romano no pudo apreciar, mucho más dado su carácter de oposición á las especulaciones mercantiles.

Fué tan grande la influencia del descubrimiento de un Nuevo Mundo sobre los intereses materiales de todas las naciones, y hubo tal alteración en lo que llamamos productos y consumo, y en las leyes ó sistemas que afectan á la riqueza, que alguna enseñanza pudiera sacarse para el presente, advertidos y aleccionados por el pasado.

Ahora bien, para comprender toda la importancia de Colón ante el comercio, es preciso recurrir al examen de la historia de la Geografía, y ver los conocimientos geográficos desde la antigüedad, así como la marcha de los esploradores, verdaderos guías de la civilización. Estos, aventurándose en lo desconocido, han abierto nuevos caminos al comercio, y si bien éste algunas veces se ha ade-

lantado á esa ciencia geográfica, como sucedió en el pueblo fenicio, que se lanza al mar en busca de nuevas tierras para establecer colonias y ejercer su comercio y su industria, en general el comercio ha participado siempre, en primer término, de esos beneficios de esploración, que han venido á ensanchar los horizontes del mundo conocido.

La historia, por tanto, del comercio va íntimamente unida á la de los descubrimientos geográficos, así que el estudio del progreso realizado bajo estos dos aspectos en la Antigüedad y la Edad media, nos evidenciará toda la importancia que tuvo el descubrimiento de un nuevo continente, que presentaba una vida y una naturaleza tan grandiosa como ignorada, y que si bien parece tuvieron presentimiento de su existencia otros geógrafos y otros esploradores y filósofos de la antigüedad, es lo cierto que sólo al genio de Colón cabe la gloria de haber franqueado esa barrera tan misteriosa como apareció siempre el Océano, y de haber llegado á una hermosa región de vida y de luz, donde todos creían hallar la muerte y las sombras.

¿Qué pudo tomar Colón de la antigüedad y de la Edad media para resolver su problema?

Según muchos historiadores, Colón se inspiró

en los conocimientos ya existentes, y en ideas y afirmaciones de autores clásicos; también se citan algunos datos hallados en la escolástica, y por último, convienen en que todo estaba preparado, y Colón no tuvo necesidad más que de seguir la tendencia general á ensanchar el mundo. Esto constituye la escuela ó teoría moderna del progreso.

Pero, enfrente de esta escuela, está la creencia cristiana ó la teoría de la Iglesia, sosteniendo que sólo la inspiración divina pudo hacer que Colón se decidiera y se adelantara á todos.

Nosotros creemos que una crítica histórica é imparcial debe huir de estos dos extremos y buscar un término medio lejos de las preocupaciones de escuela.

Colón, es indudable, se inspira en conocimientos geográficos hijos de la meditación y del estudio; pero la observación de lo sublime de la naturaleza que le hace llegar hasta Dios, le infunde aquella exaltación, aquella persuasión y fe en sus proyectos, que no tiene ejemplo en la historia.

Hemos, pues, creído oportuno insertar antes de los datos biográficos de Colón, y de las consideraciones económicas del descubrimiento, una ligera reseña de la historia geográfica, paralela con la del

comercio, á fin de presentar en resumen lo que había precedido, y apreciar de este modo toda la grandeza de aquel hecho, y los nuevos horizontes que se abrían para el desarrollo comercial.

En cuanto á la parte económica, nos hemos colocado en la época más próxima al acontecimiento, dándola el carácter histórico; y si por algunas estadísticas y apreciaciones hemos llegado al presente siglo, hemos rehuído de entrar en apreciaciones sobre los diversos problemas que atañen á nuestra época, y que se refieren, muy especialmente, á nuestras relaciones comerciales hoy con los diversos Estados Americanos.

Sólo el deseo de contribuir en algo con respecto al comercio, ante el acontecimiento que hoy se solemniza, es lo que nos ha inducido á presentar este breve estudio. Si no lo hemos conseguido, por lo menos nos quedará la satisfacción y la tranquilidad que produce la rectitud de las intenciones y la sinceridad del propósito.

El Autor

CAPÍTULO I

Conocimientos geográficos de los antiguos y el comercio hasta la caída del Imperio Romano.

Prescindiendo de las controversias históricas que atañen á la antigüedad y origen de los pueblos, nosotros hemos de partir desde ese momento en que aparece constituída ya la historia geográfica, y que viene como á indicar la marcha del progreso humano. Antes de esto, pertenece á la erudición y la crítica, y sólo trabajos de investigación y recopilación de datos pudiéramos hallar, algunos de ellos, reconstruídos y desechados después por un nuevo exámen de crítica.

¿Los pueblos de la antigüedad en sus primitivas creencias aportaron ideas respecto de la geografía que pudieran servir de base á las exploraciones marítimas?

Si se examinan los sistemas primitivos de esta ciencia, dice Malte-Brun, se encontrará en todos ellos cierta semejanza, fruto lógico de la común ignorancia de los tiempos en que fueron concebi-

dos. Lo primero que cándidamente se le ocurrió á cada pueblo fué colocarse, ó figurarse estar colocado, en el centro de la tierra.

Somos autóctonos, decían los griegos, nacidos como la cigarra del seno de la tierra, y colocaban su monte Olimpo como el centro de ésta, de igual modo que los indios le colocaban en el monte Meron.

El mundo le concebían bajo la forma de un disco rodeado de agua: el mar que esta agua constituía, era maravillosamente inaccesible. La imaginación se complacía en poblar los extremos de la tierra con países imaginarios, islas venturosas, razas de gigantes y de enanos, y por cima de todo, la bóveda celeste, asentada sobre enormes montañas ó más enormes columnas.

Los primeros navegantes eran personas las menos apropósito para destruir semejantes quimeras. Siempre dispuestos á inventar fábulas sobre aquellos países que recorrían, y cuyo idioma les era desconocido, el público en general, el auditorio, familiarizado ya con esto, se hallaba no menos dispuesto también á aceptar como hechos todas esas relaciones. Así decía Eratósthenes á los eruditos de su tiempo:

«Ó consentid que Homero se ha despachado á su gusto tocante á los países recorridos por Ulises, ó idme á buscar á Eolo, con su correspondiente saco que contiene todos los vientos.»

Y, sin embargo, Homero es el primer geógrafo que se presenta en la historia de la antigüedad.

¿Cuál era el concepto de éste acerca del mundo conocido?

En el escudo de Aquiles forjado por Vulcano y descrito en la Ilíada, la tierra se halla representada por un disco rodeado completamente por el *río Océano*. Así le llama Homero, y así se encuentra en otros poetas, trasmitiéndose esta calificación y esta idea de siglo en siglo hasta formar parte de la cosmografía de aquellos tiempos.

La esfera terrestre estaba, según el poeta, cubierta de una bóveda sólida, de un firmamento por encima del cual, de día y de noche, sin interrupción, los astros rodaban en carros arrastrados por las nubes. Al amanecer el sol partía del Océano Oriental, precipitándose, llegada la tarde, en occidente; y de aquí un buque de oro, obra misteriosa de Vulcano, le conducía con toda rapidez á Oriente. La tierra y el cielo se hallaban sostenidos por columnas que descansaban sobre ignorados cimientos, siendo Atlas el guardián.

A tenor de esta cosmografía, Homero, al determinar los límites del mundo, se detiene, por decirlo así, donde empieza lo desconocido y misterioso, el Oeste de Sicilia, región para él de las mayores fábulas. Allí los aullidos del mónstruo Scylla, los torbellinos de Charibdis y la isla de Cyrce, país afortunado que coloca en el Océano Atlántico.

«Una circunstancia, dice un historiador (1), digna de atención, es que la mayor parte de estos países fabulosos radican en el Oeste. En especial, la Atlántida, es designada como una isla muy distante en el mar. Primero la buscaron en la parte desconocida del Mediterráneo occidental; más tarde la trasportaron fuera del Estrecho, á mucha mayor distancia hacia el Oeste, á medida que se avanzaba en esta dirección. Es ciertamente maravilloso este presentimiento de la existencia de otro nuevo continente, en los parajes lejanos del Oeste, cuya tradición, asegurada en el principio de los descubrimientos de los fenicios, atravesó siglos sin obstáculos; y como un hilo de Ariadna por entre un laberinto de errores, acabó por conducirnos al gran día de la verdad.

Ahora bien, esa Atlántida tan citada, especialmente desde que Platón la hizo objeto de uno de sus pasajes en el diálogo el Timeo, y de que todos los historiadores de Colón se hacen cargo para discutir la probabilidad de que éste partiera de ese punto y continuara una serie de razonamientos, ¿pudo real y verdaderamente existir en los primitivos tiempos y desaparecer por uno de esos fenómenos geológicos del globo, ó sólo fué hija de la imaginación y de las fábulas iniciadas como hemos visto por el cantor de la epopeya inmortal?

---

(1) SCHERER.—*Historia del Comercio;* tomo 1.º

Washington Irving, uno de los principales historiadores modernos de las conquistas de América y de Colón, hace respecto de este asunto las siguientes observaciones:

«Infructuoso sería investigar si hubo ó no comunicación entre las costas opuestas del Atlántico en aquellos tiempos anteriores á la tradición y á la historia, y si la leyenda egipcia que refiere Platón relativa á la isla de Atalante, lejos de ser fabulosa, contiene en sí la oscura memoria de ciertos países sumergidos por una de las terribles convulsiones del globo, que han dejado huellas del Océano en las cumbres de las más elevadas montañas. La historia auténtica nada dice de la tierra firme ni de las islas del hemisferio occidental hasta últimos del siglo XV en que fueron descubiertas.

Malte Brun presenta la cuestión de saber el conocimiento que pudieran haber tenido los griegos de las actuales Islas Canarias, conocidas en la antigüedad por *Islas Afortunadas*, y cuál era su opinión respecto de un gran continente que hubiera unido nada menos que el Africa y la América, y haciéndose eco de la opinión de Bailly, dice:

«Todos los viajeros están acordes en que las cordilleras de montañas que atraviesan el Africa y la América, son esencialmente primitivas; que los terrenos situados entre ellas son de origen secundario ó terciario, y que son en muy pequeño número, comparativamente al resto de estas tierras, los te-

rrenos reconocidos como pertenecientes al dominio de los fuegos subterráneos.

No sucede lo mismo con las islas que se encuentran diseminadas en el Océano Atlántico, pues casi todas son de origen volcánico, ya sea que se presenten aisladas, como la isla de Madera, la Ascensión, Santa Elena, la Trinidad, etc., ya sea que formen grupos como las Azores, las Canarias, las islas de Cabo Verde, la de Tristán de Acuña y las demás que en gran número las rodean.

Resulta, pues, que esa absoluta diferencia entre la constitución actual de las islas Atlánticas y las de los vecinos continentes, debe hacernos desechar toda idea de común origen y aun de antigua reunión. De estos mismos hechos resulta, asimismo, que la hipótesis en que persisten algunos, de considerar las islas Atlánticas como el resto de un antiguo continente, es de todo punto insostenible, puesto que siendo esencialmente volcánicas todas estas islas, sería preciso suponer ó que la Atlántida era un continente esencialmente volcánico, ó que sólo las partes volcánicas de este continente habían sido respetadas por la catástrofe que ocasionó su hundimiento; suposiciones ambas que carecen enteramente, no ya de verdad, sino hasta de verosimilitud.

Colón no pudo, por tanto, inspirarse en estos datos de la cosmografía primitiva y en estas fábulas de islas y comarcas misteriosas inventadas por

la poesía griega, sino que con una convicción más profunda y más real de la naturaleza, vió detrás de esa inmensidad del Océano, algo que debía enlazar esa parte del globo con las costas del continente Asiático.

Si sus cálculos respecto á la distancia que separaba estas dos partes del mundo y á lo que pensaba hallar resultaron erróneos, no por eso hemos de admirar menos al genio que supo desembarazarse de todas las preocupaciones antiguas, conservadas muchas de ellas por la tradición, como veremos en su lugar, y convencernos de que había visto en ese libro de lo misterioso y recóndito que Dios ha cerrado al vulgo de los mortales, la realidad aunque envuelta en nebulosas, y había sabido separar el producto de la reflexión, de lo que le legaba el mundo de la fantasía.

Pasados los tiempos de Homero, el mundo conocido adquiere cada día mayor extensión, por efecto del comercio de Tyro, de las exploraciones de Cartago, y de las relaciones de Grecia con sus colonias establecidas en los más opuestos puntos del Mediterráneo (1).

Aparece Herodoto, uno de los primeros viajeros de la antigüedad é historiador geógrafo por excelencia, diciendo que no puede menos de reirse de los que han hecho la descripción de la circunferen-

---

(1) Malte Brun.—Tomo 1.º

cia de la tierra y han pretendido que ésta es redonda como si hubiera sido trabajada al torno á más que el Océano la rodea por todas partes.

Herodoto es considerado como una autoridad especialmente en cuanto á los países que recorrió, dando un gran impulso á la geografía comercial de aquellos tiempos y sentando bases que, como dice Mr. Scherer, guiaron á los primeros exploradores modernos al interior de Africa y á buscar las fuentes del Nilo y del Niger. En cuanto al Norte, Herodoto llegó al Tanais (el Don) y describió una parte considerable de la Scytia.

Viene después la escuela pitagórica que es la primera que enseña científicamente, que la tierra es redonda y no plana como pretendía Homero. Por una fuerza de intuición admirable, y contra la opinión general que hacía de la tierra el centro inmóvil del mundo astronómico, afirma que éste consta de *diez* esferas, ó cuerpos celestes, que se mueven alrededor de un fuego central, siendo uno de aquéllos la tierra, cuyo movimiento da origen á la sucesión ordenada de días y noches. Estos mismos principios fueron los que sustentaron veintiún siglos después y hasta con dificultad Copérnico y Galileo.

En este estado la ciencia, aparecen los viajes célebres siendo el primero que registran los anales geográficos, el de Hannon á la costa del Africa occidental.

Este ilustre explorador, á quien los carthagineses dieron el encargo de navegar más allá de las Columnas para fundar colonias con los Liby-Fenicios, partió de Cartago llevando á sus órdenes una armada de sesenta bajeles, con unos treinta mil hombres y mujeres, y con todas las provisiones necesarias para el objeto que se proponía.

Tanto esta expedición como la de Himilcon remontándose á las costas occidentales de Europa, dieron extraordinario impulso al comercio cartaginés, llegándose á contar hasta 300 ciudades, todas comerciales, desde el Estrecho de Hércules hasta el cabo Nun.

Algún tiempo después Pytheas siguió el mismo derrotero de Himilcon, y llegó hasta Thula, límite del mundo de los antiguos, creyéndose por algunos que esa isla fuera la Islandia, pero pareciendo más verosímil que fuera la isla de Sethland.

Grandes fueron los resultados de este viaje para la geografía y la astronomía por las observaciones de Pytheas, y si para el comercio, según Scherer, fué un acontecimiento aislado y sin ninguna ventaja, sin embargo, no se debe olvidar que este explorador se propuso penetrar y llegó á la parte más recóndita del Báltico, para descubrir y relacionar todos los datos referentes al país donde los fenicios sacaban el ámbar con tanta abundancia, y cuyo objeto constituía entonces uno de los principales artículos de comercio.

Aun cuando no entre los viajeros y exploradores debemos mencionar también para lo que á nuestro objeto se refiere, al filósofo por excelencia de la antigüedad y maestro del que había de unir los pueblos asiáticos y abrir nuevas vías al comercio, Aristóteles, «en este filósofo, dice Mr. Scherer, se encuentran, digámoslo así, los gérmenes de la ciencia, de la economía política y de las ideas respecto á la forma y descubrimiento de la tierra». Emite la idea de un viaje á la India intentado por el Oeste, y sin duda, inspirándose en este punto en lo que ya había dicho su maestro Platón, vuelve á hablar de la famosa Atlántida como un gran continente intermediario.

Eratóstenes, el célebre bibliotecario de Alejandría, se ocupó también de trazar la figura de la tierra, y al hablar de la gran extensión que asigna al Océano, dice, que si eso no hubiera sido un obstáculo, se habría podido navegar del Estrecho de Cádiz á las Indias siguiendo el mismo paralelo.

Hiparco opuesto á las doctrinas de Eratóstenes en astronomía, se encuentra, no obstante, al lado de su adversario en lo que se refiere á la navegación trasatlántica hacia el Oeste, y explica en términos todavía más precisos, su convicción de la existencia de un continente opuesto al nuestro, ó de una nueva parte del mundo.

Si los griegos no fueron propiamente comerciantes, en cambio ensancharon la esfera de los cono-

cimientos humanos, y esto les llevó al estudio de las cuestiones geográficas y al examen de los países que recorrían, y como una consecuencia, hicieron sentir su actividad y su genio allí donde alcanzaban sus exploraciones. Consecuencia inmediata de esto fueron sus numerosas colonias, especialmente sobre la costa del Mediterráneo y del Ponto-Euxino, en donde las empresas comerciales penetraron en sentidos diversos hasta el corazón de los países más vecinos, contribuyendo esto poderosamente al progreso del comercio y de los problemas geográficos.

Los griegos al surcar los mares se encontraron con las naves de un pueblo que, lanzado por su posición geográfica y su raza á las especulaciones comerciales, había hecho del comercio la base de la vida y de las transacciones el objeto de toda su actividad.

Nos referimos al pueblo fenicio que es uno de los que más se apartaron de las costas, desparramándose por todos los mares, y conoció el primero los países más lejanos, no á título de geógrafo y observador, como había sucedido en Grecia, sino movido por el afán del lucro y la ganancia.

A decir verdad, exclama Mr. Scherer, desde sus expediciones hasta las de los españoles y portugueses, el mapa de nuestro hemisferio, al menos en lo que toca á las costas, no ha cambiado sensiblemente.

Por el Norte costearon la Iberia, la Gallia y la Inglaterra, donde hicieron el gran descubrimiento de las islas Scilly, denominación que cambiaron en la de *Cassiteridas* de *castira* «estaño» por lo mucho que en ellas abundaba este metal, de singular valor entonces, en que, poco conocido aún el hierro, el bronce servía para todas las necesidades de la industria (1).

En el Mediodía, su navegación se extendía á lo largo del golfo arábigo, del golfo pérsico y de la costa occidental de la India, hasta la isla de Taprobana (Ceilán).

En el Este sus viajes eran por tierra, constituyendo una gran ruta comercial que por Thapsaco llegaba á la Persia y al mismo centro del Asia.

Pero donde demostraron más su audacia fué en el Oeste, adelantándose sin temor y arrostrando la alta mar. Según todas las probabilidades la isla de la Madera y las Canarias (islas afortunadas) fueron no solamente visitadas, sino también pobladas por ellos (2). ¡Cuánto valor, dice un historiador, no les fué menester para aventurarse por aquellos desconocidos mares! Sus flotas avanzaron en dos direcciones, Sur y Norte. Las primeras exploraron la costa africana, donde fundaron establecimientos, llegando hasta Cabo Verde y que más

---

(1) SALES Y FERRÉ. — *Historia universal.*
(2) SCHERER. — *Historia del Comercio.*

tarde se confundieron con las colonias cartaginesas; abordaron á las Canarias, y probablemente conocieron los bancos de algas que llamamos mar de *Sargasso* ó de Varech (1).

Ese mar es el mismo al cual llegó Colón á los cuarenta y nueve días de su salida del puerto de Palos, y donde el terror de los marinos que le acompañaban no tuvo ya límites, pues se creían haber llegado á los eternos pantanos del Océano ó sea el cáos, el Erebo, á lo inconmensurable y sin existencia de vida.

Roma no profesa las ideas del comercio. La guerra y la conquista del mundo es lo que absorbe toda su atención. Las exploraciones geográficas hacia lo desconocido tampoco reciben impulso alguno y si se abre camino por medio de sus legiones hacia otros países, es más bien para dominarlos y subyugarlos que para inspirarse en los adelantos que redundaran en beneficio de todos los pueblos.

Debemos mencionar no obstante en esta época romana un acontecimiento que operó una revolución en la navegación de los mares orientales y en el comercio con las Indias. Un piloto de origen griego, llamado Hipalo, admirado de la regularidad con que soplan alternativamente los vientos de seis en seis meses desde el golfo de Andulio

---

(1) Vivien de Saint-Martin.—*Historia de la Geografía.*

hacia la India y viceversa, se atrevió por primera vez á abandonar su barco á la acción de esos vientos periódicos conocidos hoy con el nombre de monzones, y se abrió así paso al través del mar hacia los puntos mercantes de la India, como Muxiris, Barigaza, etc., y señalando por tanto un camino directo infinitamente más rápido y menos peligroso que el cabotaje que era el sistema de navegación predominante entonces.

Con la caída del Imperio Romano concluye la primera etapa del desenvolvimiento de la humanidad en busca de su perfección. Las opiniones de los antiguos sobre la forma de la tierra aunque imperfectas y confusas dejan en el fondo el presentimiento de la existencia de otro continente que separado de nosotros por una vasta extensión de agua había naturalmente de unir las dos partes opuestas como una ley necesaria y de absoluta continuidad. Empieza por la concepción mística de Homero, de que el sol se hunde en el Océano; continúa Herodoto rectificando esta idea al estudiar los países que recorrió, y, por último, se esclarece por los estudios científicos de Eratóstenes, de Hiparco, de Pitágoras, Platón, Aristóteles y Ptolomeo que establecen ya resueltamente la redondez de la tierra.

En armonía con este resultado los cartagineses y fenicios son llevados hacia el Oeste y el comercio sigue las huellas de los exploradores exten-

diéndose por las costas de Africa y Europa y pudiendo contemplar desde allí esa inmensidad del Océano que solo espera la intrepidez y el genio de un hombre que le surque, y entonces el primer barco que lleve esa inspiración, esa nueva luz que irradia todo un mundo desconocido, será también como el anillo que enlace la vida de la antigüedad, derrumbada al empuje de las hordas del Norte, con una nueva vida de progreso y de grandeza económico social despertada en las naciones del Occidente de Europa.

Pero para esto hay que pasar antes por la Edad media, edad de violencia y de lucha y en que el comercio á pesar de vivir bajo el sistema de las restricciones y rodeado del imperio de la fuerza, adquiere una prosperidad y un predominio que no debe pasar desapercibido para el historiador que esté atento á las causas y fenómenos del progreso humano.

CAPÍTULO II

Estado de la geografía y prosperidad comercial hasta la liga anseática.

El imperio romano ha sucumbido. Las hordas de los pueblos del Norte incendiando y talando cuanto hallan á su paso, representan la tempestad acumulada por los vapores y las corrientes de la atmósfera. Toda la sociedad antigua había sido viciada, y era necesaria una transformación con elementos nuevos cual traían los pueblos germanos.

El comercio sufre una contrariedad con esta irrupción de la fuerza y de la destrucción; pero de entre esas ruinas se levantarán nuevas naciones, y dulcificadas después las costumbres bárbaras por el cristianismo, llegaremos á ver el destino providencial de esos pueblos que venían á remover el mundo antiguo.

Empieza la Edad media y con ella la formación y predominio de las nacionalidades.

En cuanto á los descubrimientos geográficos, éstos se dirigen ahora hacia el Norte de Europa,

y se presentan las exploraciones de los países de la Escandinavia. Wulfstan y Other, que no eran aventureros como los que recorrían ahora los mares, sino dos comerciantes que por razón de su comercio habían visitado las regiones más remotas, son los que llegan á los países é islas más extremos, y reconocen la Laponia entera y todas las regiones envueltas en las brumas del Norte.

Con estas expediciones marítimas se enlaza la teoría de los que sostienen que aventureros normandos en sus correrías, llegaron á América á una región llamada Vinland ó Vinlandia, quitando de este modo á Colón, por lo menos, la gloria de ser el primer europeo que llegó al continente americano, y pretendiendo otros que dado estos antecedentes, fácil le fué arriesgarse á buscar una cosa que otros ya habían descubierto.

Pero los que libres de todo prejuicio han emitido su parecer en este asunto, están conformes en reconocer que aun admitiendo esa arribada al territorio de América, no tuvo consecuencia ni importancia alguna, puesto que pasó desapercibida y nadie volvió á ocuparse de ese hecho, ni aun aquellos mismos normandos, que ávidos de botín y de ganancias, parecía natural que hubieran intentado darse cuenta de un país, que por su naturaleza ha diferido siempre de la Europa.

Scherer así lo da á entender en las siguientes frases:

«Verdaderamente ellos han abordado la Groelandia, y quizás también el continente de la América del Norte, en la comarca que llamaron Vinlandia; pero por más que razones muy concluyentes apoyen esta conjetura, su descubrimiento estará desprovisto de todo valor práctico, puesto que no tuvo consecuencia comercial, y además fué olvidado por los contemporáneos».

Vogel cree que esa Vinlandia era la nueva Inglaterra, y Washington Irving cree más bien que fuera la costa del Labrador. Oigamos sus palabras: «Ni los viajeros de Escandinavia lograron alcanzar más que fugaces vislumbres del Nuevo Mundo, pronto oscurecidas é inútiles para guiar á él con seguro convencimiento aun admitiendo la corrección de sus leyendas, y siendo su dudosa Vinland la costa del Labrador ó la playa de Newfoudland».

Laurent, en sus estudios histórico-filosóficos, parece inclinarse á admitir esa leyenda, y hace la siguiente afirmación:

«Las islas del Norte, cuya existencia no conocían los romanos más que vagamente, se revelaron al imperio carlovingio por causa de la piratería normanda; una vez convertidos, estos reyes del mar emplearon su genio en correrías lejanas; y siglos antes de la Era moderna sentaron el pie sobre el mundo cuyo descubrimiento ilustra el nombre de Colón.»

A lo que contesta el traductor Sr. Rodríguez Pinilla:

«No es un imposible, pero tiene todos los visos de cuento noruego el casual descubrimiento de la Vinlandia allá en el siglo VIII. Pero dando de barato que la tradición escandinava recuerde un verdadero acontecimiento, lo indudable, como ha demostrado Humboldt, es que ni Colón tuvo noticia de él, ni el relato ó la tradición se esparció por Europa hasta después del descubrimiento del genovés.»

En lo que se refiere al comercio, el Oriente se separa de Occidente y se vuelve del lado de Asia y Egipto, comarcas que las flotas invasoras habían respetado, y el comercio de la India con sus productos preciosos destinados á Roma, se dirige y toma ahora el camino de Constantinopla.

Los bizantinos, á su vez, se dirigen, por lo que respecta á la geografía, hacia el interior del Asia, avanzando hacia el centro del Turkestán. La Europa, por primera vez, penetra en esas lejanas regiones del Asia, que ningún geógrafo griego ni romano había explorado antes, y adquiere conocimiento de toda esa vasta extensión de países limitados por las altas cordilleras del Altay y del Imaus.

Los árabes fueron más comerciantes que conquistadores, así que su propagación de los conocimientos geográficos, se debe la mayor parte al

desarrollo de las relaciones comerciales. Como sus hermanos de raza, los fenicios, en todo tiempo parte de ese pueblo, se le ve inclinarse al comercio, sirviendo primero de intermediario entre la India y el Mediterráneo, é igualmente después llegada la época de los Ptolomeos y de los romanos.

La raza semita no se puede negar que ha sido siempre comerciante, y ha tenido aptitudes especiales para la especulación del orden económico.

Puede creerse que la difusión del islamismo sobre una gran parte del Asia, sobre todo del Norte, no favoreció poco esa disposición natural. En ninguna nación del antiguo mundo, ó de los tiempos intermediarios hasta el descubrimiento de América, dice un geógrafo, las relaciones comerciales han tenido un desarrollo que pueda compararse á lo que fueron entre los árabes del Califato.

En el Occidente aparecen las repúblicas marítimas de Italia, que empiezan una nueva era de prosperidad para el comercio.

Venecia, en medio de las aguas, teniendo como un espejo delante el Adriático, es llamada á la navegación y entra en relaciones comerciales con los pueblos dominantes en Italia, y después con Constantinopla y la Dalmacia. De esta manera se verifica la reapertura del Oriente, aislado, como hemos visto, del Occidente desde la invasión de los bárbaros, y Venecia se apodera de todo el comercio de Levante.

Va á la India por la vía terrestre de Constantinopla, se dirige á Alejandría y Damasco, y por último, vuelve sobre el Sur y el Oeste y domina el Mediterráneo, las costas europeas del Atlántico y los mercados de Flandes é Inglaterra.

En el siglo XV llega á su mayor apogeo, y entonces ostenta un poder marítimo y comercial compuesto de 3.000 buques mercantes, 45 galeras, 40.000 hombres de mar y 16.000 operarios.

No se puede separar de Venecia el nombre de un ilustre joven geógrafo y explorador, el cual figura en el catálogo de los hombres que más han contribuído á los grandes progresos que se han hecho en el reconocimiento del globo. «Ese joven, dice Malte-Brun, es Marco Polo, hijo y sobrino de dos ilustres marinos y precursor del más ilustre de todos, Cristóbal Colón.»

Ciertamente la relación del viaje de Marco Polo á las comarcas del Oriente, especialmente á la Tartaria, hizo una prodigiosa impresión en los ánimos de aquel tiempo, tan inclinados á las cosas maravillosas, y debió de contribuir á despertar las aficiones cosmográficas. Por otra parte, este viajero es citado cuando de Colón se trata, por ser uno, entre tantos, de los que debió leer para ir formando su convicción. Marco Polo aseguraba *que el Asia ó la India se extiende hacia el Oriente tanto, que comprende la mayor parte del espacio desconocido.*

Venecia es remplazada en la supremacía comercial por Génova, Pisa, Amalfi y Florencia. La primera de estas ciudades, sentada también sobre el mar, rodeada de montañas y sin comunicaciones con el interior, natural era que el comercio marítimo fuese su constante ocupación desde que aparece en escena. Allí hay un núcleo de empresas comerciales, y como una escuela que en la lucha con el mar y con los hombres para extender su comercio, ha de producir los marinos más hábiles é intrépidos de este primer período de la Edad media. Allí está, como el nido de águila de donde va á salir, de entre esos marinos, un hombre que, si humilde por su cuna, educado por sus antecesores en el ejemplo de las cosas del mar, bien pronto va á sentir que es estrecho el círculo en que se mueven sus contemporáneos, y va á pedir más anchura al espacio y más tierra donde se ejercite la actividad humana.

En Francia sostiene el comercio Marsella, pero decae en el siglo XIV, pasando después á Mompeller, Aguas Muertas y Avignon; le dan vida en el Norte los flamencos, distinguiéndose allí las ferias de la Champaña y las pañerías de Cambray y Lila. En el Oeste comenzó el comercio de vinos de Burdeos, pero en general la vida mercantil de Francia no prospera por hallarse empeñada desde el siglo XIII al XV en la lucha contra el feudalismo.

En España, por el contrario, los catalanes sos-

tienen el predominio comercial. Frecuentaban todos los grandes mercados de aquella época, Damasco, Alejandría, Chipre, Rodas y Constantinopla. Túnez, donde pescaban el coral; Sicilia, de donde sacaban granos; las Repúblicas italianas; Nápoles, donde vendían las pañerías; el Mediodía de Francia (Languedoc y Provenza), Lisboa, Oporto, Inglaterra y Flandes, y por último, las mismas plazas importantes de nuestra nación (1).

«Sevilla, Valencia, Murcia y Alicante eran las principales plazas mercantiles, y sobre todas se levantaba Barcelona, cuyo tráfico puede apreciarse por sus leyes mercantiles, por el concurso de sus naves extranjeras, por sus grandes armamentos marítimos, por las largas expediciones de sus buques, y por la magnífica casa de contratación fabricada en 1383» (2).

La industria y la agricultura se hallaban también á gran altura entre los catalanes, contribuyendo todo aunadamente al esplendor y grandeza del comercio, que contrastaba con el de la España Occidental, absorta sólo en la lucha de la reconquista, y defendiendo palmo á palmo el espíritu cristiano contra el Corán, y la enseña de la Cruz y la espada, contra la cimitarra y la media luna.

«Esta edad heróica de España, dice Mr. Sche-

---

(1) Joaquín María Sanromá, *Lecciones de Historia.*
(2) *Historia de España.*—Orodea é Ibarra.

rer, engendró ese valor obstinado que no huye el peligro y que lleva en todas sus empresas una convicción y una abnegación á toda prueba, con la pasión de las aventuras más temerarias, cualidades indispensables para realizar definitivamente el presentimiento de tantos siglos».

No menos importancia adquiere en esta época el comercio en los Países Bajos.

Por distintas causas se hizo preciso elegir un mercado intermediario entre las ciudades de la liga anseática que hacían progresos en el Nordeste de Europa, despertando la necesidad de cambiar sus productos por los de Levante y los demás estados de Europa, que comerciaban más ó menos con el Norte y Mediodía.

Este mercado, que pudiéramos llamar universal por sus extensas relaciones, estuvo representado por ciudades tan mercantiles como Brujas, Gante, Amberes, Amsterdam y otras varias.

La industria rayó á gran altura, pues en la fabricación de paños los Países Bajos no tuvieron rival, pudiendo sólo compararse todo su aspecto de grandeza comercial é industrial, á lo que representa Inglaterra en nuestros días, excediéndola en algunas cosas, como por ejemplo, en magnificencia y lujo.

El comercio de los Países Bajos llegó á su mayor incremento y desarrollo á principio del siglo XIV, poco tiempo antes de que se verificara la

ruina de casi todos los pueblos europeos. En este tiempo, ningún otro mercado, ni aun el de Italia, podía rivalizar con él, ni por el número de mercancías, ni por la variedad de surtido y abundancia de capitales.

Brujas fué su primera ciudad, existiendo allí hasta 16 factorías de naciones extranjeras, cuyos almacenes estaban siempre llenos.

En cuanto á las grandes fortunas y el lujo que se ostentaba en la ciudad de Brujas, llegó al extremo de obligar á una reina de Francia á pronunciar estas palabras: «Yo creí ser aquí la única en mi rango, y veo que en esta ciudad hay más de seiscientas reinas.»

Sigue el florecimiento del comercio en este período anterior á los grandes descubrimientos geográficos, con la asociación de algunas ciudades de Alemania que constituyen la liga anseática. Lubech, Hansa y Hamburgo toman la dirección y se dedican especialmente al desarrollo del comercio exterior, y á proteger y sostener los privilegios adquiridos.

En el más alto grado de prosperidad, es decir, en la segunda mitad del siglo XV, la liga llegó á contar hasta 80 ciudades, extendiendo su mercado y su influencia en el extranjero y sentando las bases de las relaciones y del derecho internacional hasta entonces desconocido. Plantea el comercio en comisión, uno de los mayores elementos de vida

mercantil, y lo desarrolla hasta el punto de regularizar el comercio extranjero, cuyas relaciones prefería para librarse de los violentos fraudes que los jueces llevaban á cabo, de acuerdo con los señores feudales.

Sin embargo, su espíritu de legislación era algo estrecho y mezquino y opuesto á los principios liberales de que tan buenas consecuencias hubiera podido sacar. En cuanto al comercio exterior, después de sostener grandes luchas para adquirir el predominio, le lleva primero á Dinamarca, Suecia, Noruega, somete toda la Escandinavia á su supremacía comercial, y se dirige al Nordeste para apoderarse del comercio de Rusia. En el Occidente los Países Bajos, Inglaterra, Francia, España y Portugal alimentaron el comercio de la liga anseática, que contribuyó de una manera ostensible al apogeo comercial de que era teatro en esta época toda la Europa.

CAPÍTULO III

Expediciones marítimas de los portugueses y decadencia del comercio.

En tanto el comercio presenta este aspecto de prosperidad, y antes de abordar el siglo de los grandes descubrimientos geográficos, debemos hacer notar los nuevos horizontes que empiezan á abrirse para la ciencia y que prepara como providencialmente el gran acontecimiento que llevó á cabo Cristóbal Colón.

A partir del siglo XIII manifiéstase en las naciones de Europa el notable movimiento de renovación que siguió á las cruzadas y preparó el renacimiento.

Aparecen las obras enciclopédicas y se vuelve á los clásicos. Rogerio Bacón se hace intérprete de la doctrina de Aristóteles, que es la que predomina ahora como base de los estudios, y comprendiendo lo que habían perdido las obras del filósofo de Stagyra al pasar del griego al árabe, y del árabe al latín, se remonta directamente al texto griego,

y entonces escribe su *Opus majus*, exponiendo la doctrina aristotélica de la esferoicidad de la tierra, de la cual faltaban descubrir, dice, posesiones considerables. «El mar no cubre, como se cree, las tres cuartas partes del globo; es ya evidente que una porción considerable del cuarto habitado debe encontrarse debajo de nuestras propias viviendas, atendiendo á que la parte extrema de Oriente y de Occidente, están cercanas las unas á las otras, á pesar de que están separadas por *un mar de regular extensión;* de donde se deduce que la habitación entre el Oriente y el Occidente no será la mitad del círculo equinoccial ni la mitad de la circunferencia terrestre. ¿Pero cuál es precisamente su extensión? Hé aquí lo que aun no se ha medido en nuestros días, y que no se halla indicado, como sería de desear, en los libros de la antigüedad».

Son objeto también ahora de estudio los mapas generales del mundo y las representaciones planisféricas que vuelven á construirse bajo los principios matemáticos.

Se descubre la imprenta en 1440, se perfecciona la brújula, y la esferoicidad de la tierra queda fuera de toda discusión.

El astrolabio, el metereóscopo, las tablas de declinación y otras importantes invenciones, vienen á facilitar los progresos de la náutica, de la astronomía, y, en general, de todas las ciencias físicas que se compenetran y toman vida con la presen-

cia de maestros como Mercater, Copérnico y Galileo.

Así la ciencia y los conocimientos generales en cuanto se refiere á la geografía, cumple á nuestro propósito mencionar en este resumen un pueblo, que si en la antigüedad y en los diez primeros siglos de nuestra era compartió sus destinos con los de nuestra nación, declarado después independiente, se dedicó por completo á proteger el comercio y los descubrimientos, inaugurando un nuevo período de exploraciones que constituyen la base de todo lo que se va á realizar después, y que se conoce en la historia geográfica y comercial con el nombre de los grandes descubrimientos marítimos del siglo XV.

En este punto cuanto pudiéramos decir nosotros, no resultaría tan gráfico y sencillo como la notable página que el historiador del comercio, Mr. Scherer, dedica á este objeto y que copiamos íntegramente.

«Reducido, dice refiriéndose á Portugal, á una estrecha línea de costas, aislado del Mediterráneo por su posición, fuera del Estrecho de Gibraltar, la actividad de este pequeño reino debió naturalmente volverse hacia el gran mar que se desplegaba del lado del Oeste hasta perderse de vista, y no podía dejar de llamar á la imaginación la idea de un Nuevo Mundo oculto en lontananza.

Los reyes de Portugal se cuidaron, pues, ante

todo, de la creación de una marina, é hicieron de la navegación y del comercio marítimo el objeto principal de su solicitud. Situada Lisboa en la desembocadura del Tajo, río el más caudaloso de la península; fué el centro de un comercio que, gracias á sabias leyes y privilegios bien entendidos, había alcanzado desde fines del siglo XIV un grado de prosperidad extraordinaria. Los privilegios y las inmunidades atrajeron muchos mercaderes extranjeros, italianos sobre todo, y en particular genoveses, con cuya ayuda tomó la marina portuguesa un desarrollo tan considerable, que no tardó en excluir los pabellones extranjeros, tanto de la importación como de la exportación.

Parece que Portugal hizo más comercio con Inglaterra que con Italia. Los mercaderes portugueses figuraron entre los extranjeros autorizados para comerciar en su reino por una carta de Eduardo I, rey de Inglaterra, dada el año 1303, y cincuenta años después se estipuló entre los dos países un tratado de navegación y comercio. Los portugueses visitaban los puertos de los Países Bajos, y tenían una factoría en Brujas.

Sin embargo, con estos solos méritos, no habría podido pretender Portugal el puesto de honor que en la historia del comercio le está señalado; le faltaban otros títulos fundados, no sobre la explotación de un dominio limitado y conocido, sino sobre la apertura de nuevos caminos, sobre una revolu-

ción fecunda y de resultados de una importancia universal.

Con el infante D. Enrique, llamado el *Navegante*, empezaron los brillantes anales de la marina portuguesa. Provista de todos los adelantos y recursos que la época podía ofrecerle, familiarizada más que otra alguna con los peligros del Océano, experta y prudente en la navegación por una larga práctica, y además, animada de un admirable espíritu de exploración, abandona entonces un cabotaje tradicional, y confiada en su estrella, se aventura en alta mar y en sus abismos poblados de fantasmas por la ignorancia y la superstición».

El objeto de todas estas expediciones era el reconocimiento de la costa occidental de Africa y el paso á la India por la vía marítima, pero hay que consignar también, que no eran sólo los descubrimientos geográficos los que impulsaban á los portugueses, sino que se proponían buscar oro y hallar los medios necesarios para el tráfico.

Avanzan, pues, en 1415 desde el cabo Nun, límite meridional de Marruecos y en 1418 descubren la isla de Puerto Santo.

En 1433 doblan el cabo Bojador, y al año siguiente llegan á la bahía de Río de Oro.

En 1443 doblan el cabo Blanco, descubren una porción de islas, y llegan á la bahía de Arguim.

Al año siguiente formóse en la ciudad de Lagos (situada cerca de la residencia del príncipe Enri-

que) una asociación para proseguir tan importantes descubrimientos, pero ahora ya no reinan los mismos deseos que en las anteriores expediciones; «en éstas el lucro inmediato excede á las nobles aspiraciones científicas que habían animado al noble instigador de los anteriores viajes. El oro es lo que más desean ahora los especuladores de Lagos, deseo que se deja ver desde los primeros momentos de la expedición.

Apenas llegados á la bahía de Arguim, los portugueses sorprenden un pueblecillo habitado por los moros, matando á los que oponen resistencia á su entrada y haciendo á los demás prisioneros, botín que producía ó rescates ó esclavos» (1).

En 1446 no les impone el río Senegal, le atraviesan, y arriban, por último, á Cabo Verde.

En 1463 llegan y pasan el cabo Mesurado.

En 1471 descubren toda la costa de Guinea, desde el anterior cabo hasta el golfo de Benin. Después, más allá del Gabón hasta el río Ogarai, el cabo de Santa Catalina y Fernando Póo.

Llegados á la Guinea hicieron alto, y durante trece años no pensaron más en pasar de dichos lugares, en donde les retenía la riqueza de los cambios y el cuidado de levantar fortalezas para protegerlos.

Mr. Scherer corrobora esta idea diciendo que

---

(1) MALTE-BRUN.

sobre todo, el oro de la Guinea, ejercía una atracción particular sobre los portugueses.

Insistimos mucho en esto porque en el descubrimiento de América no se ha visto por muchos más que un afán y una ambición de oro desmedida por parte de Colón y los españoles que le acompañaban. Pero aparte de otras razones que han disculpado especialmente á aquél, tendremos siempre la historia de los demás pueblos, que desde fenicios y cartagineses hasta nuestros días los ingleses y franceses, han hecho lo mismo, cuando no bastante más y por apéndice, con la mala intención de hacer alarde de la superioridad de la marina y de los ejércitos.

En 1484 doblan el cabo de Santa Catalina y llegan á la desembocadura del Zairo. En este mismo año descubren las islas del Príncipe, de Saint-Thomas, y de San Martín, y por fin, en 1486 llegan al límite tan temido y deseado, que señalan con el nombre de cabo de las Tormentas, hoy de Buena Esperanza.

Desde este punto el camino estaba indicado hacia el Norte, y pasan á la bahía de Algoa. Después, Vasco de Gama remonta la costa, dirigiéndose al Ecuador, y van apareciendo los territorios de Sofala, Mozambique y Zanzíbar. No transcurre mucho tiempo y Alvarez Cabral revisa toda la costa oriental por encima del Ecuador, llegando hasta el cabo Guardafuí y la isla Socotora. Siete años después

Alfonso de Alburquerque, dueño de la entrada del Golfo Pérsico, hace ondear la bandera portuguesa en el Mar Rojo y forma el mapa del mismo.

Vasco de Gama llega por fin á la India partiendo del cabo de Buena Esperanza, pero esto se verifica cuando ya Colón emprendía su tercer viaje á la América, lo que sugiere á Mr. Scherer las siguientes observaciones, refiriéndose á lo que se había hecho antes de partir el genovés para su primera expedición. «Debemos, con todo, dice, hacer notar que la circunnavegación de Africa no había resuelto por completo el problema del camino marítimo de la India, si por tal se entiende el trayecto directo á esta región por el Oeste. Por muchos que sean los títulos de los portugueses á nuestro reconocimiento y admiración, no podemos atribuirles la gloria del acontecimiento capital y decisivo del descubrimiento de un nuevo hemisferio. El infante D. Enrique tuvo sin duda el presentimiento de la existencia de algún país hacia el Oeste, á donde envió en 1431 una expedición á las órdenes de Cabral, que descubrió sucesivamente todas las islas del grupo de las Azores; pero estos mismos descubrimientos fijaron el límite de las exploraciones de los portugueses en el Atlántico, concentrándose toda su actividad y atención, después de la muerte de D. Enrique, en la exploración del litoral africano, que les brindaba con un lucrativo comercio de negros, oro y especias. La seguridad de este

monopolio y la facilidad con que lo ejercían, explica perfectamente que un monarca de las condiciones de D. Juan II cerrase los oídos y negase la protección á todo proyecto de viaje trasatlántico, y despreciara los ofrecimientos de Cristóbal Colón, cuya ciencia insultó al arrojarle de su corte como á un vil charlatán».

Después de estos descubrimientos geográficos de los portugueses, que vienen á ser como el prólogo del gran suceso del descubrimiento de América, se presenta un hecho en la historia geográfica del comercio, digno de la observación y del análisis en el terreno de las ideas.

A medida que la geografía y las exploraciones se multiplican y avanzan pugnando por apoderarse de todo el globo, el comercio que parece debía aprovecharse ahora como se había utilizado antes de estos beneficios, sufre sin embargo, como un paréntesis, y no sólo se estaciona, sino que va decayendo y parece que le falta savia de que alimentarse, ó elementos que le sostengan.

Un historiador providencialista hubiera visto ante este hecho la acción providencial en la historia, y tentado se halla el espíritu á aceptar esta intervención en las leyes generales que van rigiendo el desenvolvimiento de la humanidad, antes que caer en ese desconsolador fatalismo que hace derribar los hechos más difíciles del acaso; pero es ciertamente admirable que cuando se acerca el mo-

mento en que el genio de las exploraciones va á descorrer esa cortina que oculta una vasta escena para el desarrollo y el progreso del hombre, el comercio languidece, y parece él mismo indicar que le falta espacio, no de otra manera, que el pájaro encerrado entre espesos alambres á medida que ve y desea la libertad del campo, desfallece y hasta muere si no sale de la jaula que le aprisiona.

Al fin de la Edad media la antigua barbarie conquista en todas partes la superioridad. Así que los turcos se apoderan de Constantinopla en 1453, se cierra el comercio de Levante al Occidente, y ya no es posible ir á buscar á Alejandría ó á Damasco los productos de la India y de la Arabia. Aquel comercio de los árabes y aquellos gérmenes de civilización y de progreso, han perecido y se han convertido en grito de guerra y de lucha religiosa.

En las repúblicas marítimas de Italia, empezó una decadencia que se fué acentuando cada vez más, debido á las continuas rivalidades que sostuvieron entre sí y á las constituciones aristocráticas que se habían dado.

Venecia fué suplantada por el esfuerzo de otros Estados, y no vió cómo los portugueses se iban á apoderar del comercio de la India; únase á esto otros hechos de carácter político, y tendremos como resultado la ruina de su poder comercial.

En los Países Bajos, también por motivos políticos, eran rudamente castigados por Federico III

de Alemania todo Flandes y particularmente la ciudad de Brujas, puesta á la cabeza de una insurrección. La consecuencia fué que la falta de seguridad espantó al comercio y le obligó á emigrar, decayendo visiblemente desde ahora estas ciudades.

Igual decadencia se nota en las ciudades que constituían la liga anseática. Esta no supo transformarse en armonía con las necesidades de los tiempos, en tanto otros Estados europeos se emancipaban de la anarquía feudal, y se reconstituían. Perdió su soberanía marítima y el monopolio del comercio intermediario, y desde este momento se agotó la fuente principal de su riqueza, y su poder comercial vino á eclipsarse como en general el de todas las naciones de Europa.

¿Qué hecho extraño preside á esta decadencia del comercio, ó qué ley fatal ó necesaria hace que sucumba, al parecer, cuando precisamente los progresos y descubrimientos geográficos convidan á que tome nuevos vuelos?

Es indudable que hay aquí algo de grande y de concierto armónico, como en otros tantos hechos de la historia que nos demuestran una ley que preside al desarrollo del género humano.

Con más motivo hubiera creído Colón que era el llamado á unir las naciones para que se cumplieran las profecías que él tomaba de un pasaje de la Medea de Séneca, si hubiera él sido hombre del

comercio, y hubiera visto cómo éste se adormecía y hasta se petrificaba en los antiguos moldes de la tierra conocida, esperando nuevos derroteros y más amplio escenario para su desenvolvimiento.

El presentimiento de tantos siglos se acercaba.

«Corrían los tiempos, dice Malte-Brun, próximos á la época más grande de la historia de la humanidad. Durante dos siglos se había estado preparando lentamente una renovación inmensa, y la renovación estaba á punto de efectuarse».

¿Qué faltaba? Lo que en todas las grandes épocas de la historia, la aparición de un hombre que inspirándose en todo lo pasado y arrostrando el porvenir, se prestase á hacer el sacrificio y hasta jugar su vida en alas de la inspiración que produce el genio. Hay que tener presente que si bien entre los hombres de ciencia no se veía como un imposible ya la navegación trasatlántica, sin embargo, sabido es la oposición que Colón tuvo entre muchos doctos, y en cuanto á la masa general, siempre miró el proyecto como una empresa temeraria y de imposible realización.

CAPÍTULO IV

—

Cristóbal Colón y su proyecto de descubrir un Nuevo Mundo.

El día 2 de enero de 1492, el estampido de tres cañonazos disparados desde las torres de la Alhambra de Granada, anunciaron la marcha de las huestes cristianas á tomar posesión del último baluarte de los moros, dando esto término y feliz coronamiento á la obra de la reconquista española, comenzada por Pelayo en Covadonga. El día 6 del mismo mes, los Reyes Católicos hicieron su solemne entrada en Granada, en medio del pavoroso silencio de los moros, y de los entusiastas vivas de sus tropas. Así concluyó el imperio musulmán de España.

«Seguía á aquellos victoriosos pendones de Castilla y León,—dice el Sr. Orodea,—un hombre, que en los campos de batalla se portaba con valor y que en los triunfos permanecía mudo y silencioso. Su aspecto era noble, su procedencia extranjera, y la continua distracción en que su imaginación

se hallaba, le hacían pasar por loco entre los soldados, que se reían al oirle hablar de la existencia de otro mundo.»

¿Quién era y de dónde venía ese hombre que tuvo el entusiasmo de llegar hasta las gradas del trono á ofrecer á los reyes ese mundo de que se reían sus compañeros de armas?

Para esto es necesario retroceder algunos años y dirigirse á la ciudad de Génova. Allí, en una casa del arrabal, y hacia el año de 1435, veía la luz un niño hijo de Domingo Colón y de Susana Fontanarosa, al que pusieron por nombre Cristóforo Colombo.

Varias son las ciudades y aldeas, especialmente Cogoreto, que se disputan á igual de Homero, la gloria de que en ellas naciera ese niño, pero por infinidad de datos y documentos, que nosotros no podemos detenernos á enumerar, está completamente demostrado que Colón nació en Génova.

Domingo Colón, era cardador de lana y tuvo otros tres hijos, y aun cuando parece que nunca tuvo más pretensiones que el que fueran como él, trabajadores y honrados, admirado de la inteligencia que descubría en su hijo mayor, le envió á la Universidad de Pavía á los diez años de edad, y allí se inició en la *Filosofía natural*, la *Astrología* y la *Filosofía extraordinaria*, cuya enseñanza hacía célebre á dicha Universidad.

Poco tiempo estuvo estudiando allí el niño Colón,

pues á los dos años vuelve al seno de su familia, y comparte con su padre y sus hermanos las tareas del taller. Pero Colón pertenecía á aquella pléyade de jóvenes genoveses, que contemplando continuamente la inmensidad del mar, una predisposición instintiva, les llevaba á las aventuras sobre las olas de ese elemento.

«Cristóbal Colón,—dice Roselly,—á quien un amor precoz á la Naturaleza, llevaba á la contemplación de las obras divinas, y á quien empujaba un secreto instinto al estudio de la geografía, prefirió el mar á los trabajos sedentarios y monótonos de su familia.»

En aquella época la navegación era una ruda escuela.

La vida en el mar no permitía comodidad ninguna.

El espacio se economizaba rigurosamente. La marina mercante debía por fuerza ser algo militar. Limitábase solamente á guardar la defensiva; pero, expuesta á la incursión de los piratas de todas las naciones, á los más inesperados ataques, manteníase sobre las armas y dispuesta á pagar con la misma moneda. A pesar de su pequeño caudal científico sacado de la Universidad de Pavía, debió el joven estudiante, según los usos de aquella época, comenzar su aprendizaje de mar en calidad de grumete. Confundido entre las clases subalternas, la duración de la práctica, la observación, y la expe-

riencia le enseñaron por sí solas la teoría de la navegación. Educado en tan ruda escuela, se le hizo tan familiar el conocimiento de las armas, como el de los vientos y de las maniobras. No hay duda que de esa costumbre del peligro por parte del mar y de los hombres, de la frecuencia de las más imprevistas y terribles complicaciones, sacó aquella serenidad unida á la prontitud de resolución, aquella seguridad de mirada y firme precisión de mando que son la salvación de los buques en el mar.

A los 14 años estaba ya Colón embarcado y se sabe que había recorrido el Mediterráneo y el mar de Levante, dominado en aquella época por los piratas del archipiélago, los corsarios mahometanos, y los forbantes de los Estados berberiscos. En uno de esos combates oscuros pero heróicos, que no ha dejado consignados la historia, recibió una herida profunda, cuya cicatriz mucho tiempo descuidada, se le abrió otra vez en sus últimos años y puso en peligro su vida (1).

Hacia el año 1459 se encuentra á Colón navegando bajo el pabellón francés con el grado ya de capitán.

Renato de Anjou le dió el mando de una expedición para apoderarse de una galera que iba es-

---

(1) «Allí se me refrescó del mal la llaga». Cristóbal Colón carta del 7 de julio de 1503 á los Reyes Católicos.

coltada de dos buques y una carraca. Al ver la desproporción de fuerzas, se le rebela la tripulación, y sale del conflicto cambiando la brújula, y ocultando por tanto la dirección que llevaban, llegando á la altura de Cartagena cuando todos creían que iban con rumbo á Marsella. Este rasgo de audacia pinta al hombre que más tarde había de hacer cosa parecida al dirigirse en busca de otro hemisferio, y al hallarse con que las tripulaciones le pedían volverse atrás, ó que les respondiera con su cabeza de hallar pronto tierra, cual les había prometido.

Después aparece embarcado como oficial en un buque crucero cerca de las costas de Portugal. Allí esperaba una vez unos barcos venecianos que llevaban un rico cargamento, y habiéndoles dado caza, les atacó al rayar el día entre Lisboa y el cabo de San Vicente. Los venecianos se defendieron y el combate duró hasta la noche, pero de repente se vió arder el buque veneciano y el de Colón que estaba aferrado con sus arpones y cables de hierro al otro, se incendió también y quedaron á poco quemadas ambas embarcaciones. Entonces amigos y enemigos no tuvieron ya más recurso que arrojarse al mar, y distantes dos leguas de la costa, hacer todos los esfuerzos posibles para salvar la vida. Colón hábil nadador pudo asirse de un remo que flotaba sobre las olas, y apoyado logró descansar un poco, y ganar de este modo después de esfuerzos inauditos la lejana orilla.

Así llegó Colón á Portugal según la mayor parte de los autores.

El Sr. Rodríguez Pinilla, califica el primero de estos hechos de ridícula pretensión, y en cuanto al incendio de las naves, dice que mal podía suceder eso cuando Colón en aquella fecha, que coloca en 1485, viajaba tranquilamente por Andalucía.

En esto, como en otros muchísimos hechos referentes al genovés, la opinión de sus historiadores está dividida; pero nosotros nos inclinamos á aquellas afirmaciones que están sostenidas con citas y documentos, que el investigador puede comprobar por sí mismo. En cambio el señor Rodríguez Pinilla no dice de qué manera llegó Colón á Portugal.

Como quiera que sea, lo primero que hizo fué dirigirse á Lisboa, donde sabía que debía encontrar varios compatriotas suyos, y sobre todo, á su hermano segundo Bartolomé Colón.

Portugal era entonces el centro de todas las expediciones marítimas, y á ningún sitio pudo llegar Colón más apropósito, para que se despertara más en él su amor por las aventuras del mar. Su hermano le recibió cariñosamente, y ambos trabajaron en dibujar mapas y construir instrumentos para el arte náutico.

A poco tiempo contrajo matrimonio con una señorita hija de D. Bartolomé Moguís, gobernador que había sido de Porto-Santo, y aunque éste había muerto, la viuda confió á Colón, las notas y dia-

rios de los viajes de aquél, y le dió noticias de los descubrimientos que había hecho. Esto debió contribuir á que se afirmara en su proyecto, pero la idea estaba ya concebida, pues, aun cuando hasta el cuarto año de estar en Portugal no la manifestó resueltamente, se sabe que ya antes había tenido conversaciones en este sentido.

¿De qué modo concibió Colón su proyecto? Hay motivos para sospechar que sus largos viajes por los mares le iluminaran en aquella idea, y él mismo parece indicar algo de esto en las siguientes palabras: «Desde mi más tierna edad hasta el presente he viajado constantemente por mar. Todo aquél que profesa este arte, está ganoso de conocer la naturaleza: de ello me ocupo hace más de cuarenta años. Cuanto es navegable hasta ahora, lo he navegado por mi parte.» En otro lugar se expresa en estos términos: «He pasado veintitrés años navegando; conozco el Levante, el Poniente y el Norte. He visitado Inglaterra y en distintas ocasiones he hecho el viaje de Lisboa á las costas de Guinea.»

Poco después,—dice,—que en el año 1477 navegaba cien leguas más allá de la isla de Tilé. Todo esto lo escribía en la época en que se hallaba en Portugal, así es que antes de su descubrimiento, como él mismo indica, nada le faltaba que recorrer, pero sin embargo, otras opiniones se inclinan á juzgar que el proyecto debió sugerir de sus traba-

jos y dibujos sobre la geografía y la náutica, y de la lectura de las obras científicas de la antigüedad. Malte-Brun dice en este respecto lo siguiente:

«Indudablemente no fué surcando los mares de África y de Inglaterra, sino dibujando sus planisferios marítimos y alimentándose con la lectura de los filósofos, como vino Colón á la primera idea de la atrevida empresa que ha inmortalizado su nombre.»

Dícese también que otro marino, Pedro Correa, que estaba casado con una hermana de su mujer, en el seno de la confianza de familia, le dió bastantes datos que hubieron de inspirarle más y más en su idea. Pedro Correa había sido gobernador también de Porto-Santo y le refirió como había visto en las aguas de la isla una pieza de madera delicadamente labrada, como si llegara de la otra parte del mar. Supo en las Azores, que los vientos del Oeste arrastraban por las aguas unos pinos grandes, cuya especie era desconocida. Que se habían encontrado dos cadáveres, cuyas facciones se diferenciaban de todos los hombres conocidos hasta entonces, y se habían visto barcas llenas de hombres extraños por su raza, y por fin, que se divisaban tres islas en el último confín del Oeste.

Humboldt se hace eco de estas opiniones en su Historia de la Geografía, y supone por otra parte, que la corriente del Gulf-Stream, proporcionó á Cristóbal Colón indicios ciertos de la existencia de las tierras occidentales.

Muñoz, en su historia del Nuevo Mundo, dice que aquellos cadáveres y bambúes llamaron la atención del navegante genovés, y adivinó que unos y otros venían de un continente situado hacia el Oeste. Y después añade: Antes del descubrimiento de América, los de Canarias miraban todo esto como procedente de la isla encantada de San Berodón, la cual según los sueños y ficciones de los pilotos, y según algunas leyendas, estaba colocada hacia el Oeste en una parte desconocida del Océano que se suponía sepultada en perpetuas nieblas.

Rosselly va refutando todas esas suposiciones que pudieron orientar á Colón, pero en esto el historiador francés no es un testimonio imparcial, empeñado en despojar al acto del descubrimiento de todo carácter humano ó científico.

Hay además la historia de un piloto de Huelva que se supone que murió en casa de Colón y del que pudo tomar éste los datos para su empresa. La revelación de ese piloto llamado Alonso Sánchez está defendida por varios autores y como más antiguos Oviedo, Gomara, el P. Acosta y el inca Garcilaso. Dícese que comerciaba haciendo el viaje á Canarias y á la isla de la Madera, y que en uno de esos viajes, le sorprendió una tormenta y fué á parar á una isla que se supone fuera Santo Domingo; tomó nota aunque confusa de todo lo que vió y se volvió, sin saber por donde; le faltó agua y alimento, y de 17 hombres que componían

la tripulación, sólo volvieron salvos cinco, y entre ellos Alonso Sánchez, el cual fué á parar á casa de Colón, donde murió por los trabajos sufridos habiendo hecho entrega antes de morir, de todos los datos recogidos, por los cuales se llevó á cabo el descubrimiento.

El Sr. Rodríguez Pinilla, rebate esta relación, que califica de cuento desatinado, haciendo observar, entre otras cosas, que si Colón hubiera sido poseedor de la situación geográfica de Santo Domingo, y de la ruta seguida por Alonso Sánchez, no hubiera él empleado 68 días, cuando el otro empleó 28, y hubiera ido directamente á dicha isla, y no á la de Guanahaní.

Otra suposición no menos gratuita fué la de atribuir el descubrimiento de Colón á las revelaciones de Martín Behaim, y á éste la prioridad del pensamiento.

Otras aserciones hay, pero todas destituídas de fundamento.

Admitiendo pues únicamente los primeros indicios como cosa cierta, lo que sí parece es que Colón tenía ya formada su idea para ir al descubrimiento de nuevas tierras, cuando hubieron de facilitarle aquellos datos Pedro Correa y otros marinos, y en este caso, le servirían para confirmar más su pensamiento, que ya debía estar elaborado en definitiva con la lectura y la observación.

Colón quiso antes de manifestar su proyecto con-

sultar con algún hombre científico, y se dirigió por escrito á un personaje de Florencia, matemático de gran reputación, llamado Toscanelli. Éste le contestó favorablemente, y le incluyó copia de una carta que en 1474 había dirigido al rey Alfonso V, hablándole precisamente sobre el mismo asunto, y además, se dice, que le envió un mapa en que él mismo había dibujado el hemisferio opuesto al nuestro entre el África y el Asia.

A tenor de ese mapa, dice Malte-Brun, y aun de sus propios cálculos, basados en errores de mucha monta que se habían introducido en la estimación de las longitudes, Colón contaba 90 grados la distancia entre las Canarias y el Asia Oriental, estimando estos 90 grados con el paralelo de Canarias, como 1.100 leguas españolas, ó sean cinco semanas de navegación directa».

«Dichoso error, exclama el geógrafo citado, puesto que si Colón hubiese calculado que en lugar de 90 grados eran 200 y que la distancia real no era de 1.100 leguas españolas sino de 3.000 aproximadamente, es más que dudoso si hubiera concebido siquiera el pensamiento de tan arriesgada empresa».

Decidido el proyecto, Colón no pensó ya más que en llevarlo á la práctica.

Para ésto, se dirigió primero á Génova, su patria, pero el Senado rechazó el proyecto alegando que no era una novedad, y que otros exploradores ha-

bían pagado ya su vida en esa curiosidad temeraria.

Se dirigió después á Venecia y el Senado desechó también la proposición.

Entonces, se volvió á Portugal, y se le ve otra vez embarcado atravesando el Océano germánico, y empeñado ahora en seguir el derrotero de los mares polares. En febrero de 1477, se hallaba 100 leguas más allá de Islandia, y consignaba fenómenos interesantes para la hidrografía.

El rey D. Juan II de Portugal se propuso seguir la tradición de los descubrimientos geográficos iniciados con gloria, como ya vimos por el infante don Enrique, y se rodeó de marinos y pilotos de primer orden, aceptando los servicios de todo extranjero que revelase condiciones ó méritos excepcionales.

Entonces fué cuando Colón creyó oportuno presentar á Portugal su idea, y pidió una audiencia al rey, que para ésto le fué fácilmente concedida.

Éste se mostró al principio sorprendido, pero después debieron de pesar en su ánimo los argumentos de Colón, hasta el punto, que se nombró una comisión para que estudiara el proyecto. Este fué calificado como el delirio de un loco, pero á pesar de esto y de lo exorbitante que parecía la recompensa que exigía el genovés, el rey nombró un consejo superior compuesto de las primeras notabilidades de Portugal para que deliberasen nuevamente. Las discusiones fueron acaloradas, y de todo ello resultó que el consejo votó á favor de los

descubrimientos, pero pasó completamente en silencio el proyecto de Colón. No obstante, esta decisión del consejo, no satisfizo á Juan II, y se le vió dudar y vacilar. ¿Pero cómo conciliar estos deseos con la oposición que recibía el proyecto? Entonces parece que surgió en uno de sus consejeros una idea, que más bien era una villanía. Consistía esta idea, en proveer secretamente del plan é instrucciones de Colón, á un buen piloto portugués y enviarle al descubrimiento según la ruta indicada. Así se verificó, pero asustados los marinos después de unos días de navegación ante la inmensidad de aquel Océano, se volvieron al punto de partida y tomaron á burla el proyecto de Colón, diciendo que no era más que una vanidosa extravagancia.

Muchos afirman que el rey era sabedor de ese acto, que en vez de perjudicar enaltecía la gloria de Colón; otros suponen que sólo era idea de sus consejeros. En el primer caso parece se halla el historiador, ya citado Sr. Rodríguez Pinilla, que en su historia de Colón, dice sobre este particular:

«El desleal consejo del obispo de Ceuta á don Juan II *seguido por este* á lo que parece y aun cuando frustrado el intento, conocido al fin por Cristóbal Colón, produjo en éste enojo grandísimo y una profunda aversión á la corte de Lisboa.» En este mismo sentido habla su hijo y biógrafo, don Fernando Colón, y declaran fray Bartolomé de las Casas, Washington Irving y Rosselly.

Indignado, pues, Colón, y viendo que todo lo tenía que temer de hombres de estado que así se conducían, realizó silenciosamente los pocos bienes que le quedaban de su mujer y huyó de Lisboa llevando en su compañía á su hijo Diego. Su intento parece que era dirigirse á Huelva y dejar allí confiado su hijo en casa de la hermana menor de su mujer, y en ese trayecto, es cuando de pronto se le ve á las puertas del convento de la Rábida.

¿Cómo llegó Colón á este sitio apartado entonces de todo camino, y oculto como todos los sitios escogidos por los frailes para el ejercicio de sus reglas cenobíticas?

Según unos, fué allí extraviado y conducido por la mano de la Providencia.

¿Y no podría ser que Colón tuviera noticia que en ese convento había religiosos que no desdeñaban la ciencia, y por otra parte tenían influencia en la corte de España, á donde por último se decidía á presentar su proyecto?

No es nuestro objeto las disquisiciones históricas, así que sólo haremos constar, que, siendo el prior de aquel convento hombre versado en las ciencias que se relacionan con la navegación, cuando oyó hablar á aquel caminante de proyectos y de existencia de tierras desconocidas, donde poder propagar la fe, resultaron dos amigos donde un momento antes no había más que dos desconocidos.

Al principio sintió piedad por aquel extranjero. Después, admiración.

«Vió en Colón á uno de esos enviados de Dios que son rechazados de los umbrales de los palacios ó de las ciudades, á los que aportan con sus indigentes manos tesoros de invisibles verdades. La religión comprendió al génio, el cual quiere tener cual ella sus fieles. Sintióse inclinado á participar de las revelaciones del génio, no por la ciencia, sino por la fe» (1).

Juan Pérez de Marchena invitó á su huésped á que se quedara unos días en la Rábida. Allí se habló largamente del proyecto, y por último, Marchena, que había sido confesor de la reina Isabel, le entregó una carta de recomendación muy espresiva, para el que era entonces confesor de la misma, Fernando de Talavera.

Acordado que el hijo de Colón se quedara en el convento, á cargo y cuidado de los frailes, el prior Juan Pérez se despidió de su nuevo amigo, en el que un presentimiento le hizo ver un hombre extraordinario.

«Le proporcionó, dice Lamartine, la ropa necesaria para que con ella se presentase decente en la corte, le dió una mula, un guía, una bolsa llena de escudos, y abrazándole, en la puerta del convento recomendó á Colón y su empresa al Dios

---

(1) LAMARTINE.

que inspira los grandes y sublimes pensamientos.»

Por este tiempo, se hallaban los reyes en la ciudad de Córdoba, y allá se dirigió Colón, lleno y henchido el corazón de esperanza.

Pero aquella carta de recomendación no dió el resultado apetecido. El confesor de la reina, preocupado en el tumulto de los negocios, no fijó mucho la atención en aquel extranjero, pobremente vestido, sin más influencia que una carta de un religioso, olvidado ya en la corte, y que se presentaba á iniciar una empresa que, vista superficialmente, aparecía siempre como una aventura. Creyó que aquel hombre pensador había engañado al padre Juan Pérez de Marchena.

Así le dejó que se consumiera en las escaleras y antesalas, para probarle la paciencia, y ver si se cansaba de pretender.

«Perdido, dice Roselly, en medio del tumulto, en aquella brillante Córdoba, célebre por sus elegantes frivolidades y las exigencias de su lujo, hallábase Colón olvidado, aislado, sin amigos, sin relaciones familiares, entregado al más triste abandono.»

Siguió ganando su vida con los mapas y esferas que dibujaba; pero á pesar de esta pobreza y de esta vida de contrariedades, Colón halló en el amor algún lenitivo á sus penas, y el nombre de Beatriz Enríquez aparece ahora siendo tema de reñida discusión entre los historiadores.

Fruto de estos amores fué su hijo Fernando, á quien él cuidó con la misma solicitud que á su otro hijo Diego, pudiéndose resumir este asunto de Colón en las siguientes palabras de Lamartine: «Joven aún, y de corazón tierno, amó y fué amado durante este tiempo de prueba.»

No obstante esto, que hubiera distraído á cualquiera que no hubiera sido del temple de Cristóbal Colón, no abandonó ni por un momento el seguir con su perseverancia sus esfuerzos para que se le escuchara y pudiera llegar hasta los reyes, pero no pudiendo conseguirlo, y como el tiempo pasara, se resolvió á escribir directamente al rey D. Fernando, una carta concebida en los siguientes términos:

«Serenísimo príncipe:

»Navego desde mi juventud. Cerca de cuarenta años há que surco los mares. He visitado todas sus costas conocidas y he hablado con gran número de hombres sabios, con eclesiásticos, seglares, latinos, griegos, moros y personas de toda clase de religiones. He adquirido algún conocimiento en la navegación, en la astronomía y geometría. Tengo bastante experiencia para dibujar el mapa del mundo, y poner los pueblos, ríos y montañas en los puntos donde se hallan situados. Me he dedicado á los libros de cosmografía, historia y filosofía.

»Héme decidido ahora á emprender el descubri-

miento de las Indias; y acudo á Vuestra Alteza para suplicarle que favorezca mi empresa.

No dudo que se burlarán de ello los que lo sepan; pero si Vuestra Alteza me quiere dar los medios para ejecutarlo, espero llevarla á buen éxito, por obstáculos que se presenten.»

Esta carta quedó sin contestación, y probablemente, como él mismo suponía, se reirían de ella los que tuvieran noticia de su contenido.

Colón, merced á su carácter afable, llegó á obtener amistad con algunas personas de influencia en la corte, como Monseñor Geraldini, antiguo Nuncio apostólico, y el cardenal Mendoza, cuyo prestigio poderoso le había valido el nombre de «el tercer rey de las Españas».

Por mediación de este prelado, Colón pudo, después de dos años, obtener una audiencia para los reyes.

Colón se presentó ante éstos sin vacilar y digno aunque reverente:

«Al pensar en lo que era, declara él mismo, mi humildad me confundía; pero al pensar en lo que traía me consideraba igual á los dos reyes; yo no era yo: era un instrumento de Dios escogido para llevar á efecto una grande empresa.»

Esta empresa para él era llevar el Evangelio y la civilización á las más apartadas regiones.

«En este motivo religioso se fundó franca y únicamente Colón al dirigirse á la reina de Castilla.

Las ventajas políticas y comerciales de que había hecho representación á los gobiernos de Génova, Venecia y Portugal no las presentó aquí sino accesoriamente.» (1).

De distinto modo recibieron los reyes católicos á Colón. «Fernando, de carácter áspero y positivo, no veía en el proyecto un plan de seguros resultados, pero Isabel miraba en él un medio de hacer que la cristiana cruz brillase bajo el sol de nuevas tierras, y esto fué bastante para que se nombrase un consejo, que oyendo las razones del genovés, informase del proyecto.» (2).

Este consejo se reunió en la ciudad de Salamanca, donde debía pasar el invierno la Corte, y estaba presidido por Fernando de Talavera, que como vimos, por lo menos era indiferente al proyecto. Los demás individuos de la junta eran profesores de Astronomía, Cosmografía y teólogos, predominando estos últimos.

Colón sabía que aquel Areópago de sabios le sería hostil, como siempre que se trata de algo por lo que un hombre sin títulos ni nombre pueda de pronto ponerse á la altura de las eminencias.

Sin embargo, se presentó sereno y al principio reservado confiando en la bondad del pensamiento que iba á exponer.

---

(1) Rosselly.
(2) Orodea é Ibarra.

Hemos visto ya anteriormente los progresos científicos y lo adelantados que se hallaban los problemas geográficos, pero conviene advertir aquí que la ciencia en general se había refugiado en el seno de la iglesia, y que aun no habían llegado los tiempos en que la filosofía y las ciencias llamadas positivas, caminaran con independencia de la teología. Así que Colón, á pesar de ser un hombre religioso, tuvo que luchar en aquella junta con las verdades ya admitidas como incontrovertibles, y que negadas eran oponerse abiertamente á la fe religiosa.

Se sustentaba el principio de Ptolomeo de que la tierra era el centro fijo del universo y el sol giraba á su rededor. Que la tierra formaba un plano circular ó un cuadrilátero inmenso limitado por una mole inconmensurable de agua, en una palabra, la teología seguía los sistemas y teorías de los autores antiguos.

«No obstante, esta complicación de dificultades expuso Colón con seguridad los razonamientos fundamentales que parecían la base de su proyecto. Como se apoyaba especialmente en las ciencias, no pudo la junta seguir de lejos su argumentación. Sólo los religiosos Dominicos de San Esteban le escucharon con atención y fervor.» (1).

Los demás le argumentaron con los textos de

---

(1) Rosselly.

los P. P. de la iglesia, especialmente de Lactancio y San Agustín. El primero había dicho: «¿Hay nada tan absurdo como el creer que hay antípodas que colocan sus pies en oposición á los nuestros; que hay hombres que andan con los tacones en el aire y la cabeza hacia abajo; que hay una parte del mundo en que todo está al revés y en que los árboles echan las raíces en el aire y las ramas hacia abajo?»

San Agustín decía «que equivaldría á suponer que existen naciones que no descienden de Adán, lo que destruiría la afirmación de la Biblia, en la cual se establece que todos los hombres descienden de un mismo padre.»

Se le objetó que la tierra es plana como un tapete, porque si no, cómo se explica lo que el Salmista dice: «Extendiendo el cielo como una piel», *extendeus cœlum sicut pellem;* lo que fuera imposible si fuese esférica.

Colón comprendió que en aquella junta, en la que predominaban los teólogos, no tenía más remedio, aun exponiéndose al peligro de hacerse sospechoso de herejía, que discutir los mismos textos de la Escritura y la opinión de los comentadores.

Entonces se esparció un rumor, grave en aquellos tiempos, en que la inquisición, poco antes establecida, empezaba á ejercer sus funciones en defensa de la ortodoxia. ¿Cómo un simple marino se

atrevía á discutir contra la opinión de San Agustín y de Nicolás de Lira?

Afortunadamente, por mediación de algunos prelados, se contuvo aquella corriente que hubiera acabado por dar algún disgusto al pobre Colón.

En tanto la Corte no pudo esperar al término de las conferencias y se dirigió á Andalucía, disolviéndose la junta sin haber resuelto nada.

Según algunos hubo un fallo absolutamente opuesto al proyecto; pero no se puede negar que entre aquellos profesores hubo quienes se sintieron convencidos, como el dominico Diego de Deza, y que la resolución fué más bien aplazada que desechada definitivamente. El señor Doneel y Ordaz en su *Universidad de Salamanca ante el tribunal de la historia*, así lo da á entender al creer que el consejo firmó un fallo aprobatorio, ó que si no, hubo cierto número de jueces, que vencidos por las razones de Colón dieron honra á las ciencias de su tiempo, afirmando que el pensamiento era realizable.

Colón siguió entonces las huestes cristianas sin perder del todo las esperanzas, pues desde la junta, la Corte empezó á tratarle con cierta consideración, toda vez que había probado que no era un hombre vulgar, y había llamado la atención por sus conocimientos geográficos y sus miras gigantescas.

La reina Isabel, muy especialmente, siempre que la Corte sentaba sus reales, procuraba por su sub-

sistencia y alojamiento, no como importuno huésped que mendiga un triste y miserable auxilio, sino como persona distinguida que hace honor al reino, y á quien el soberano desea mantener en su servicio.

Estando los reyes en Córdoba, juzgaron que debía finalmente examinarse con formalidad el proyecto de Colón, pero el sitio de Baza ocurrido á poco, se presentó como un nuevo obstáculo.

Entonces, entró en negociaciones con los duques de Medina-Sidonia y de Medinaceli, que ya anteriormente le habían favorecido, y poseían naves y puertos en las costas españolas, pero bien pronto hubieron también de desanimarse.

Volvió Colón al convento de la Rábida llevando en su semblante las huellas de la amargura y de las fatigas que tantas contrariedades y dilaciones producían en su ánimo.

El P. Marchena recibió no menos entristecido á aquel pobre peregrino que ofrecía un mundo á la cristiandad, y sin embargo, luchaba con el descreimiento de la mayor parte de los hombres, y con la indiferencia de los que podían serle útil.

Cuando le oyó hablar, que cansado de tanta súplica pensaba abandonar á España, le rogó y le aconsejó más calma y paciencia, y que descansara algún tiempo en su compañía.

Nuevamente escribió una carta el P. Marchena dirigida ahora directamente á la reina, estudiando

un ardid para que realmente llegara á su destino. Al cabo de catorce días el mensajero estaba de vuelta en la Rábida con un pliego real, en el que Isabel invitaba á su antiguo confesor á que se presentara en la Corte. Entonces puede decirse que se resolvió y decidió la suerte del proyecto de Colón. Nadie mejor que el guardián de la Rábida, tan interesado como se hallaba, podía acabar de mover el ánimo de aquella reina dispuesta á todas las grandes empresas que redundaran en favor de su reino y del esplendor de la religión cristiana.

Colón fué llamado inmediatamente á la Corte, y se dirigió á la ciudad de Santa Fe. A poco es cuando, según ya dijimos, le encontramos siguiendo los pendones de Castilla, ante los muros de Granada, confundido entre los soldados que le tenían por un visionario ó un loco.

CAPÍTULO V

Preparativos de la expedición y salida del puerto de Palos.

El último baluarte de los moros había caído en poder del ejército cristiano. Libre la Corte de aquel empeño que tanto la atormentara, y cuando aun no habían cesado las señales de regocijo por triunfo tan señalado, la reina recibía en audiencia á Colón, y quedada convencida de la sinceridad de aquel hombre, en quien vió una personalidad extraordinaria y una elevación de miras que revelaban el genio.

Aceptado desde luego el proyecto, ya no se pensó más que en las condiciones y medios de llevarlo á cabo. Encargóse este asunto á una comisión, y entonces Colón presentó las condiciones ó recompensas que había de obtener si el éxito coronaba sus esperanzas. Las principales eran: nombramiento de virrey, gobernador general de las islas y tierra firme que se descubrieran, y gran almirante del mar Océano. Estas dignidades se transmitirían he-

reditariamente en su familia por derecho de primogenitura.

Además recibiría el diezmo de todas las riquezas, perlas, diamantes, oro, plata, especias, frutos y productos cualesquiera descubiertos ó exportados de las regiones sometidas á su autoridad.

Al oir tales pretensiones, dice el historiador Rosselly, se indignaron los comisarios, admirados de tanta osadía. El resultado fué suspenderse la conferencia con los comisionados para este objeto.

Hasta á la misma reina Doña Isabel, influída por el arzobispo de Granada, llegaron á parecerle los títulos casi regios exigidos por Colón un precio asaz oneroso, cualquiera que fuese el resultado.

Aparece también que en cuanto fué descubierto aquel Nuevo Mundo, una de las cosas que más preocuparon á él y á los que le acompañaban, era hallar el país donde se producía el oro. Este fué un empeño continuado que parecía les atormentaba. Pero en cuanto á Colón, conviene siempre no separar de su empresa la idea religiosa, que para él estaba por encima de todo.

Todos los trabajos acerca del ilustre navegante atestiguan que pertenecía á aquella época de exaltación por la fe; que él mismo defendió con las armas ante los muros de Granada Hay además datos que indican que, al par de aquella idea que siempre le preocupó, el descubrimiento de nuevas tierras al otro lado de los mares, abrigaba también

otra idea no menos atrevida, el libertar el Santo Sepulcro del yugo de los infieles.

Para esto se necesitaba dinero, y esto lo conseguiría hallando aquellas tierras, donde debía estar el país de las especias y del oro.

Algo de esto debió indicar á los reyes antes de su partida, por el siguiente párrafo que se lee en su misma correspondencia de á bordo:

«*Protesté á Vuestras Altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalén, y Vuestras Altezas se rieron, y dijeron que les placía, y que sin esto tenían aquella ansia*» (1).

Suspendida la conferencia, Colón se retiró con la dignidad del que alega sus propios derechos.

Pensó entonces en reanudar las negociaciones que ya tenía entabladas con el rey de Francia sobre el proyecto, y marchó en seguida á Córdoba, para desde allí dirigirse á aquella nación y presentar el asunto en debida forma. Pero, fuera por consejos que prestasen á Isabel algunos amigos de Colón, fuera por resolución propia, la reina cambió repentinamente de parecer y declaró que tomaba la empresa por su propia cuenta, como reina de Castilla, añadiendo que si no convenía retrasarlo, como sería obligado á causa de la penuria del Tesoro, *allí estaban las joyas de su cámara, y*

---

(1) *Diario de Colón*, 26 de diciembre de 1492.

sobre ellas se tomase la cantidad necesaria para el armamento.

Se envió inmediatamente un oficial que alcanzase á Colón con un mensaje de la reina, y volviendo éste á presencia de la Corte, se le concedió todo lo que pedía, se nombró á su hijo Diego paje del príncipe Real, y ya no se pensó más que en el armamento de la expedición, habiendo escogido el pequeño puerto de Palos para hacer la salida.

Como quiera que los habitantes de este puerto se hallaban obligados, por conmutación de multa, á suministrar gratuitamente á la Corona, durante un año, dos carabelas armadas y tripuladas, se les mandó terminantemente que en el término de diez días las pusieran á las órdenes de Colón.

Se dió orden también de sobreseer toda acción jurídica y todo fallo contra los que formaran parte de la empresa; se les concedía igual sueldo que en los buques de guerra, adelantándoles cuatro pagas al embarcarse, y además al volver, exhibiendo un certificado de buena conducta librado por su jefe, quedarían indultados de lo restante de la condena.

A pesar de estas promesas, el tiempo pasaba, y ni las autoridades de Palos proporcionaban las carabelas, ni nadie se presentaba á alistarse. Fué necesario recurrir á la fuerza y apoderarse de una carabela muy velera, llamada la *Pinta*. Pero había que recomponer los desperfectos, y no se hallaba

ni madera, ni estopa, ni cables, ni quien quisiera trabajar en élla.

Los carpinteros se fingían enfermos, otros se ocultaban, y, en una palabra, todos rehuían el cooperar y mezclarse en aquella expedición.

«Cuando se supo, dice Rosselly, que se trataba de ir á navegar al Oeste, hasta el *mar tenebroso*, extendióse la consternación á todas las casas y el horror se apoderó de todos los marinos. ¡El *mar tenebroso!* Este solo nombre helaba de espanto á los más intrépidos.»

Se seguía creyendo entre el vulgo de los marinos, que en las últimas profundidades de ese mar se ocultaba el caos, el Erebo; y además, en las regiones del aire se suponía la existencia del pájaro rock, que con su pico levantaba un navío cargado con toda su tripulación para dejarlo caer después sobre las aguas.

Monstruos horribles, profundidades sin fin, en una palabra, ir al *mar tenebroso* equivalía á arrostrar la combustión por los rayos del sol, engolfarse en la obscuridad del caos, exponerse á ser destruído en los aires ó sepultado en el eterno abismo del Océano.

El tiempo, pues, pasaba, y los preparativos nada adelantaban.

Entonces tomó parte directa otra vez el P. Marchena, y habiendo interesado á una familia rica de Palos, los hermanos Pinzón, éstos se asociaron á

la obra, que no les parecía imposible. Bien pronto se dijo que el mayor de los tres hermanos, llamado el Sr. Martín Alonso, se proponía correr la aventura en una carabela, llamada la *Niña*, propiedad del hermano menor, Vicente Yáñez Pinzón. El crédito de esta familia y los recursos eran grandes, así que su nombre debe asociarse como un factor importantísimo en la obra del descubrimiento de América, pues proporcionó medios y la actividad necesaria para un armamento que encontraba oposición entre toda la gente de mar.

Colón en este tiempo, según algunos, permanecía pasivo, viviendo como discípulo de una Orden monástica, pues su calidad de extranjero esterilizaba sus esfuerzos para convencer y animar á la gente. Sin embargo, el P. Marchena suplía esta deficiencia exhortando á todos y probando la bondad de la empresa. Colón inspeccionaba alguna vez que otra los trabajos, y cuéntase que en una de sus repentinas apariciones entre los trabajadores sorprendió una estratagema para librarse de aquella navegación que les aterraba. Habían dispuesto de tal manera el timón de la *Pinta*, que las piezas, perfectamente ajustadas en apariencia, quedarían desensambladas ó desmontadas á la primera marejada. Quiso obligarles á comenzar otra vez el trabajo; pero los carpinteros huyeron y los calafates se escondieron.

El infatigable franciscano prestó entonces al

mundo nuevos servicios llevando otra vez á los operarios al trabajo y haciendo que la expedición estuviese dispuesta para hacerse á la vela á fines de julio.

Componían aquélla tres carabelas, llamadas, la una *Santa María*, mandada por Colón, y en la que enarboló la insignia de almirante, con un personal de 70 hombres. La *Pinta*, de que era capitán el mayor de los Pinzón, tripulada por 30 hombres; y la *Niña*, mandada por Vicente Yáñez Pinzón con 24 hombres.

Todo se hallaba preparado, y antes de dirigirse al puerto las tripulaciones, según Robertson, marcharon procesionalmente á la Rábida, con su jefe al frente, para implorar el divino auxilio. «Fué aquella una ceremonia tierna y triste. Todo el pueblo de Palos participaba de la ternura de los marineros: en la iglesia de la Virgen se derramaron muchísimas lágrimas» (1). Por fin, las tripulaciones pasaron á bordo para aprovechar el primer viento Este que se levantara, sin que ningún oficial obtuviera permiso de dormir en tierra; izóse el pabellón de leva, y Colón, volviéndose al convento, dió la orden de que le avisaran en cuanto se manifestara el viento deseado.

El 3 de agosto al amanecer se inició el viento del Este, y Colón, acompañado del P. Marchena,

---

(1) Rosselly.

y después de haber abrazado á su hijo, se dirigió al puerto á tomar el mando de la expedición. Todo el pueblo de Palos, al notar la señal de partida, se apresuró á presenciar el embarque; pero más que alegría, se notaba en aquella muchedumbre tristeza y temor; más que esperanza, abatimiento, esa indecisión del espíritu que acompaña á todo lo que es extraordinario y se aparta de los hechos diarios de la vida. Las madres, las esposas, las hermanas de los marinos lloraban, y quizá maldecían á aquel extranjero, por el casi convencimiento que tenían de que no les volverían á ver. Colón, estrechando contra su corazón al franciscano, conmovido hasta el punto también de llorar, despidióse de él con mudo lenguaje y se metió en un bote que en un momento le trasladó á la *Santa María*. Hiciéronse con las bocinas los llamamientos necesarios á los barquichuelos de los habitantes de Palos para que se alejaran. Honda angustia oprimía los corazones (1).

Saludando entonces Colón con serenidad á la multitud apiñada en la orilla, enviando después con la mano un postrer adiós á su amigo Juan Pérez, ocupó su asiento junto al palo mesana, y enteramente penetrado del carácter de su empresa, dominando con su voz los confusos rumores de las

---

(1) Rosselly.

tres tripulaciones, mandó desplegar las velas *en nombre de Jesucristo* (1).

Media hora después se elevaba el disco del sol por entre el follaje de los pinos de la Rábida, y las tres carabelas descendían rápidamente, impulsadas por la fresca brisa del Este, hasta que muy pronto desaparecieron á la vista del pueblo tras la sinuosidad del Odiel. Aun pasadas tres horas pudo observárselas desde la azotea del convento, después de haber traspasado la barra del Saltes, como tres gaviotas que se mecen hasta perderse y ocultarse en el horizonte.

---

(1) Oviedo y Valdés. – *Historia natural y general de las Indias.*

CAPÍTULO VI

Colón se interna en los mares y descubre la América.

No entra en el objeto de nuestro estudio seguir detalladamente los incidentes de esta expedición, pero sí extractaremos y daremos á conocer los hechos más notables, particularmente los que nos revelan el genio, la fe, y la perseverancia, del hombre que se lanza á lo desconocido en esas tres naves.

Los dos primeros días caminaron con ventolina favorable y con la proa al Sud-Oeste cuarto Sur que era dirección á Canarias.

El 5 de agosto anduvieron más de 40 leguas.

El día 6 primera avería; la *Pinta* hace señal de apuro y se reconoce que tiene descompuesto el timón. Su capitán manda hacer algunas reparaciones, pero al día siguiente, á causa de mar gruesa, el timón se disloca otra vez. Arriban como pueden á Canarias, y después de tres semanas para ver si pueden reemplazar la carabela con otra, no tienen

más remedio que recomponerla y hechas nuevas provisiones de agua, leña, y vituallas, se dan á la vela el 6 de septiembre. Al día siguiente se hallan á la vista del pico de Tenerife, cuyas erupciones volcánicas amedrentan á las tripulaciones, avanzan un poco, y aparece la isla de Hierro, última de las Canarias. Al perderse gradualmente las cimas de esta isla, los expedicionarios entran en las regiones de lo desconocido, el punto del Océano donde terminan los conocimientos de los más hábiles marinos. Los que acompañan á Colón se entristecen, y éste tiene que tranquilizarles, mientras él goza de alegría al ver que entra en unos mares que nadie ha surcado.

A los tres días todo empieza á cambiar, la claridad del día, el color de las aguas, la temperatura, y hasta las constelaciones familiares á los marinos, parecen prontas á hundirse en el horizonte.

El 13 de septiembre Colón se encuentra sorprendido, y sufre una prueba cruel que procura ocultar. Su atenta mirada, sorprendió antes que nadie, que la aguja imantada en vez de dirigirse hacia la estrella polar, se dirigía hacia el Noroeste. Este desvío cada vez más notable, confundió por un momento á Colón, pues la brújula era el único guía que tranquilizaba á todos. Por espacio de algunos días, nadie sino él conoció aquel terrible secreto, pero después sus pilotos notaron también la desviación, y creyeron que los elementos cambia-

ban, y las leyes generales se empezaban á confundir. Se comunicaron su sobresalto, y el terror se apoderó de todos, teniendo Colón que acudir á una explicación ingeniosa, con lo que se calmó un poco el miedo de las tripulaciones. Dijo que la influencia de nuevos astros que circulaban alrededor del Polo, era la causa de la desviación que se notaba en la aguja. Algunos indicios favorables de tierra animaron más á la gente, pero Colón les sacó de su error, diciéndoles que *calculaba que la tierra firme estaba más lejos.*

Hacia el 20 de septiembre, el mar se presentó lleno de algas y de plantas, que cada vez se estrechaban más. Habían llegado á lo que se llamó desde entonces «Mar de yerbas ó de Sargazo y esto constituía un nuevo peligro. Agréguese á esto la tenacidad del viento que les impelía siempre hacia el Oeste, y se comprenderá la angustia y la incertidumbre que se iba apoderando de los marinos en el supuesto que tuvieran que retroceder. Había quien creía la vuelta ya de todo punto imposible. Los descontentos murmuraban, y decían, que estaban ya próximos á los sitios donde los mónstruos marinos se pegan á la quilla de los buques, y los detienen para sumergirlos en las profundidades y los abismos. Colón veía ya agotarse sus argumentos; no tenía ningún medio humano para tranquilizar aquellas imaginaciones exasperadas por sus propios fantasmas.

El día 25 á la puesta del sol, Martín Alonso Pinzón subió á la popa de la *Pinta*, y dió el grito de ¡tierra! ¡tierra! prorrumpiendo todos los marinos en voces de alegría. Pero Colón no se dejó llevar de aquel entusiasmo; en su concepto no era hacia el Sudoeste, donde se hallaban las playas que Alonso Pinzón había entrevisto, sino al Oeste, donde debía hallarse la tierra, «así que dejó que sus pilotos gobernaran hacia el Sur durante toda la noche por complacer á su gente. Los primeros rayos del sol, disiparon aquella ilusión, y la tierra se evaporó con la bruma de la noche. El almirante entonces hizo que se gobernara al Oeste» (1).

El dia 1.º de octubre, el piloto ó teniente de servicio de la *Santa María* declaró con acento de terror, que desde la isla de Hierro llevaban andadas 578 leguas al Oeste, pero más hubiera sido su asombro, si hubiera sabido que esa cifra era inferior á la verdadera. Según la cuenta secreta llevada por Colón, el número de leguas recorridas era de 707, pues todos los días iba ocultando algo de la verdad, para no alarmar más á los marinos.

Colón llegó un momento en que estuvo confuso, y bajo su aparente calma brotó la frialdad de la duda. Creyó que había cruzado, sin percibirla, á través de las islas de un archipiélago que había de-

---

(1) LAMARTINE.

jado tras sí, la extremidad del Asia, y que se perdía, extraviado, en un tercer Océano.

A su vez las tripulaciones engañadas ya varias veces con señales que parecían anunciar la tierra, empezaron á no creer en apariencias, y se reunieron por grupos en son de protesta, cuando no para ponerse de acuerdo sobre lo que debían determinar. Estas reuniones se hicieron sin conocimiento de los oficiales y cada vez más frecuentes; crecía el descontento y llegaron á las amenazas contra aquel extranjero que según ellos les conducía á la muerte. Se esparció el rumor de que había que arrojarlo al mar si no accedía á volver á Europa, cosa que no consideraron como un crimen, sino como una medida de *prudencia*, siendo fácil hacer ver que él mismo se había caído al agua por la noche observando los astros. (1).

El 5 de octubre se volvieron hacer señales de tierra.

El día 7 la *Niña* que precedía á las otras carabelas, dispara un cañonazo, é iza una bandera en uno de sus mástiles. El corazón de los marinos se reanima de esperanza, pero llega la noche y vuelta á la incertidumbre y la inmensidad del mar.

Sin embargo, habían visto que muchísimas aves

---

(1) «Potrebbono accortamente gittarlo in mare, e publicar poi, che volendo egli riguardar le stelle i segni vi era caduto inavvertitamente». FERNANDO COLÓN *Historia del Almirante*, cap. XIX.

se dirigían del Norte al Sudoeste. Colón sabía que los portugueses habían descubierto varias islas siguiendo su vuelo; determinóse á cambiar de rumbo y dirigirse al Sudoeste. Este cambio se hizo al anochecer.

Al día siguiente caminaban con una temperatura y un olor balsámico, traído por las suaves brisas, que les recordaba el clima de Andalucía en la primavera.

«El viento cambió al siguiente día, y les fué preciso mudar varias veces de rumbo. Durante toda la noche, se oyó el vuelo de las aves que pasaban.

El día 10 de octubre la escuadrilla andaba diez millas por hora, é hizo 59 leguas durante el día y noche; pero esta rapidez tan afortunada sirvió solamente para alarmar y llenar de inquietud á la tripulación. No viendo el término de aquel viaje, á pesar de la constancia de los vientos favorables, gritaron en voz alta que se les conducía á su propia ruina. Estalló la insubordinación anunciada por el espanto, negáronse á continuar y se declararon en plena rebelión.

Aquí se vió el comandante en el mayor peligro que corrió jamás en su buque jefe alguno de escuadra». (1).

El descontento y la rebelión fué unánime, trasladándose, al llegar la noche, las tripulaciones de la

---

(1) Rosselly.

Pinta y la *Niña* al buque del almirante, guiados ya de sus respectivos jefes é intimando á Colón, con las espadas en la mano, que acto continuo mandara virar hacia Castilla. El mismo Oviedo poco partidario de la defensa de Colón confiesa que «los tres capitanes y todos los marineros estaban resueltos á volverse, y conspiraron otra vez para arrojar á Colón al mar, juzgando que les había engañado».

Se ha consignado que en este crítico momento, Colón prometió á las tripulaciones que retrocederían si dentro de tres días no habían descubierto tierra, pero esta afirmación no está completamente atestiguada.

Ya fuera, pues, por ese plazo concedido, ya por las razones y argumentos que Colón expusiera, la agitación se calmó, y las tripulaciones volvieron á ocupar sus respectivos puestos.

Al día siguiente, 11 de octubre, tuvieron mar gruesa, y las carabelas eran empujadas con una fuerza que no habían experimentado todavía. Cerca de la *Santa María* pasó un junco verde, los de la *Pinta* vieron una caña, y un palo, y después otro que parecía labrado con hierro, y por último, un pedazo de caña, una yerba que nace en tierra, y una tabla. Los de la *Niña* también observaron una rama de árbol cargada de pequeñas frutas encarnadas. En este día anduvieron hasta puesto el sol, 27 leguas. Con estas señales inequívocas de

tierra, hubo nuevos alientos y nuevas esperanzas.

El sol se hundió en el horizonte.

De pronto, Colón, observando quizá algo que nadie veía, mandó que se pusiera decididamente el timón hacia el Oeste. Después, y cuando las tripulaciones terminaron de cantar la Salve, según costumbre todas las noches, el almirante les arengó y les dijo que tocaban al término de sus inquietudes y sus esperanzas, anunciándoles la proximidad de tierra. Aquella misma noche, según él, terminaría tan prolongado viaje. En su consecuencia, les encargó que velaran toda la noche, y á los pilotos de servicio, les ordenó que disminuyeran la velocidad de las naves.

A las diez subió Colón á la toldilla, y acto continuo, observó á lo lejos una luz; pero no queriendo por sí solo asegurar que fuese una señal cierta de la proximidad de tierra, llamó á dos ó tres oficiales, que se cercioraron de lo mismo. La luz desapareció de pronto, volviendo á poco á reaparecer, y así se notó por algún tiempo, semejando una llama que subía y bajaba, alternativamente. Por aquel movimiento, sin importancia para el resto de los marinos, se aseguró Colón de la proximidad de tierra.

La escuadrilla seguía su rumbo tranquilamente, con poca vela, según las órdenes del comandante, pero, sin embargo, una corriente la llevaba con bastante violencia hacia el Oeste, La *Pinta* iba más

adelantada que las otras dos carabelas. La espectación entre los marinos era grande. Nadie dormía aquella noche, y colgados en los mástiles y los cordajes, devoraban con la vista el espacio, esperando los primeros resplandores del crepúsculo, que les pudiera ofrecer la vista de tierra. De pronto, brilla un resplandor, retumba un cañonazo disparado por la *Pinta*, y en lo alto de las gabias se oye el grito y las voces de ¡tierra! ¡tierra! En efecto, un marinero de la *Pinta*, llamado Juan Rodríguez Bermejo, la había visto. El reloj de la *Santa María* marcaba entonces las dos de la madrugada.

«Al ruido de la detonación, arrodillóse Cristóbal Colón, y alzadas al cielo ambas manos, mientras que corrían por sus mejillas abundantes lágrimas de gratitud, entonó el *Te-Deum laudamus*, y todas las tripulaciones, fuera de sí de alegría, respondieron á la voz de su jefe.» (1)

Inmediatamente dió orden de aferrar las velas y ponerse al pairo para esperar el día, preparándose, en tanto, las tripulaciones á estar en estado de defensa, en previsión de lo que pudiera esperarles.

El 12 de octubre de 1492, al asomar los primeros fulgores del día, se desprendía de entre las brumas de la mañana, como si saliera de las aguas del mar, una tierra eflorescente, cuyos contornos dibujaban una isla. Adelantáronse las carabelas, y

---

(1) Rosselly.

Colón, ostentando el estandarte real de Castilla, tomó posesión de aquella tierra, en nombre de la religión y de los reyes de España.

En este momento, el comercio universal debe saludar á ese hombre que ha sacado del misterio y las sombras un mundo de todos desconocido. No importa que para ello no le guiara ninguna aspiración del orden mercantil; esta es precisamente la obra del genio, esta ha sido la obra de todas las grandes figuras de la humanidad. Han sentido el ideal, pero no han podido meditar sobre sus consecuencias ni sus grandezas. Moisés, Sócrates, Alejandro, César, no pudieron percibir hasta dónde alcanzaba la inspiración que movía su genio.

Sócrates llamando al hombre de la antigüedad al mundo de la moral pura, no sospechó que engendraba para las ideas, á un Platón y á un Aristóteles. Alejandro soñando con la monarquía universal no vió que relacionaba los hombres y descubría la India, echando los cimientos de la futura unión del Oriente y del Occidente. César conteniendo á los pueblos Bárbaros hizo que en esa tregua de siglos fructificara la semilla arrojada por el Evangelio, y se difundieran los gérmenes de una nueva civilización. Unos siglos antes la invasión de los Galos y todo hubiera perecido.

Colón revelando á la tierra conocida un mundo que se presentaba en el estado primitivo, y como salido de las manos del Creador, no podía abar-

car en lo finito y limitado del hombre, todo lo que después fué la obra de las generaciones que le siguieron.

Partícipe en primer término de esa obra ha sido el comercio que ha servido de intermediario entre el Nuevo Mundo y la vieja Europa. El comercio, pues, saluda la memoria de ese intrépido navegante, que acaba de arribar á esa isla, llamada Guanahaní por los naturales, y que él llamó de *San Salvador* para dar gloria al Dios que le había sostenido ante tanta tribulación, y le había llevado al fin tan deseado.

CAPÍTULO VII

Descubrimientos de Colón en sus tres viajes posteriores.

Para abreviar consignaremos aquí el resumen que hace el geógrafo Malte-Brun de los descubrimientos que se siguieron hasta terminar este primer viaje de Colón.

«Dominado, dice, por la idea de la posesión del Asia oriental, respecto á la Europa y Africa, y engañado por la correspondencia bastante exacta de la distancia que había supuesto desde las Canarias con la que el mapa de Toscanelli había señalado, como la isla de Cipango, Colón, al tocar en la isla de Guanahaní, se creyó en uno de los archipiélagos que cubren la costa oriental del Asia.

. . . . . .

El descubrimiento de una gran parte de las Antillas fué el fruto de este primer viaje. El 28 de octubre la pequeña escuadra veía una parte de la isla de Cuba, y ocho días más tarde, el 5 de noviembre, descubría la isla de Haiti, que recibió en-

tonces el nombre de Española, nombre que después se trocó con el de Santo Domingo antes de que la isla volviese á tomar su antigua denominación indígena. Sin querer ir, por aquel entonces, más allá, pensó Colón en volver á España para anunciar por su boca la feliz noticia de sus descubrimientos, habiendo temido por un momento que una de sus carabelas se adelantase á su propósito. El 15 de marzo de 1493 volvía á entrar en el puerto de Palos después de siete meses y doce días de ausencia, en medio de calurosas y entusiastas aclamaciones, tomando en seguida el camino de Barcelona, residencia en aquella sazón de la corte española.»

Tres viajes consecutivos verificó Colón al mundo que había descubierto, sufriendo toda clase de padecimientos, y pasando por todas las pruebas y decepciones que sér humano haya podido experimentar.

El que había obtenido los honores y distinciones de que fué objeto al presentarse á los reyes después de su primera expedición, llegó á verse calumniado, y lo que es más inconcebible, cargado de cadenas y preso en su propio buque.

Si no fuera una ley de la naturaleza humana y constantemente repetida en la historia, el sacrificio después de la apoteosis y el olvido después del triunfo, diríamos que las leyes del espíritu se habían trastornado en aquella época, y que nadie había adivinado la grandeza de Colón. Pero no en-

trando en el verdadero objeto de nuestro estudio, el examen y relación de estos hechos, propios de la historia del descubridor de América en todos sus aspectos, examinaremos sus viajes posteriores brevemente y sólo le consideraremos como navegante y explorador, para ver los territorios que agregó al mapa del mundo, y con especialidad en su cuarto viaje, en el que aparece con un valor y una tenacidad dignos de su eterno renombre.

El 23 de septiembre de 1492 se hacía á la vela por segunda vez, saliendo del puerto de Cádiz con tres grandes navíos y catorce barcos, llevando el propósito de seguir sus interrumpidos descubrimientos y fundar establecimientos de diferentes clases. En esta segunda expedición se embarcaron más de 1.500 aventureros, obreros, frailes, labradores y nobles que iban en busca, los unos, de riquezas y fortuna, los otros, de hazañas y empresas novelescas. También llevaban granos, plantas europeas, muestrarios, artefactos y animales de todas clases para echar los primeros cimientos de la colonización.

La flota abordó en una de las islas de que se compone la larga cadena de las Pequeñas Antillas, que recibió el nombre de Dominica por haber llegado á ella en un domingo. Reconocieron el interior de la Española, donde se señalaba la existencia de minas de oro, y fundaron una ciudad que Colón llamó la Isabela en honor á su soberana. Después

completando hacia el Sur el reconocimiento de la Española, descubrió la Jamaica, y siguió, casi en toda su extensión, la costa meridional de la isla de Cuba, en la que creía reconocer la península del Oro del Asia oriental.

Sólo le faltaban tres días de navegación para llegar al extremo occidental, cuando, á causa del mal estado de su nave se vió forzado á retroceder en su marcha. Un poco más y hubiera penetrado en el brazo de mar que separa el mar de las antillas del golfo de Méjico, y quizá llegando al Yucatán, se hubiera orientado que se hallaba en el extremo de un inmenso continente.

Pero los desórdenes y atropellos cometidos por los que fueron allí con miras ambiciosas, y las calumnias que se levantaron con motivo de su represión, calumnias que voces interesadas ó descontentas trajeron á España, obligaron á Colón á tener que sincerarse por sí mismo y regresar de este segundo viaje, del que llegó á Cádiz en 11 de junio de 1496, dirigiéndose desde allí á Burgos, donde se hallaba por aquel entonces la Corte.

El 30 de mayo de 1498 volvía á salir con seis buques de Sanlúcar de Barrameda para una tercera expedición.

«Esta vez había resuelto, después de haber tocado en las islas de Cabo Verde, atravesar el Atlántico por una línea mucho más próxima al ecuador que la de sus dos viajes anteriores; pues creía, y

no sin razón, que una travesía á esta latitud le pondría en vías de hacer nuevos descubrimientos.

En efecto, hubiera ido á encontrar directamente la costa oriental de la América del Sur, en las cercanías del vasto delta del río de las Amazonas. Pero las calmas de la zona ecuatorial le obligaron á remontar entre el 5.º y el 7.º paralelos.» (1)

Después de haber caminado 120 leguas al Sudeste el 13 de julio, bajo el paralelo de Sierra Leona, amainó repentinamente el viento, las aguas tomaron el aspecto de una inmensa sábana, y las velas colgaban inmóviles á lo largo de los palos. Un sol abrasador cayendo perpendicular sobre las aguas, parecía tostar el espacio, se derretía el alquitrán, se arrugaba el trigo, reventaban los barriles del vino y del agua, y nadie se atrevía á bajar debajo de cubierta á reparar los toneles ni cuidar de los víveres. Habían entrado en la región de las calmas chichas de la zona tórrida.

Después de sufrir ocho días esta situación angustiosa, determinó no avanzar más hacia el Mediodía, dirigiéndose más bien al Oeste. Cuando ya se les habían corrompido casi todos los víveres, y no les quedaba más que un solo barril de agua en cada nave, divisaron por fortuna las cimas de montañas pertenecientes á una isla de gran extensión, á que dió el nombre de Trinidad.

---

(1) MALTE-BRUN.

Reconoció el golfo de Paria y una parte de la costa de las Perlas, y por las enormes corrientes de agua dulce que descendían del interior, dedujo que tenían que provenir de una gran extensión de tierra, ó en suma, ser un río que llevase al mar las aguas de un continente. En efecto, estaba bajo la influencia de las bocas ó delta del Orinoco que comprende una extensión casi de cincuenta leguas.

Tal fué el resultado de su tercer viaje, interrumpido también por las quejas y acusaciones con motivo de los establecimientos fundados en la Española, desde donde le envió á España el célebre Bobadilla, preso y amarrado, sin duda, para justificar éste el cargo que le había conferido el Rey de investigador de aquella administración. Bien pronto comprendió la Corte, ante el grito de indignación general que se levantó al desembarcar en Cádiz, que aquel modo de tratar al héroe del Nuevo Mundo, que aquellas cadenas que pendían de su cuerpo, eran un sonrojo para la nación, y una afrenta ante el mundo civilizado. Los reyes le rehabilitaron en seguida por medio de una real cédula concebida en los términos más afectuosos.

Por este tiempo se había hecho ya público en Europa el feliz éxito obtenido por Vasco de Gama dirigiéndose á las Indias por el Sur de Africa (1).

---

(1) MALTE-BRUN.

Según algunos historiadores esto estimuló á Colón á emprender un nuevo viaje, y aunque otros llegan á suponer que movió su amor propio el aplauso con que fué acogido este nuevo descubrimiento, lo más probable es que sencillamente se animara á su antiguo proyecto de dar la vuelta al globo, y de este modo, según su creencia, se hubieran encontrado ambos exploradores en un punto, y la circunnavegación de la tierra estaría resuelta.

Vencidas las dificultades de este nuevo viaje, Colón salió de Cádiz con cuatro buques el 9 de mayo de 1502. Por las observaciones que había hecho ya anteriormente en su exploración de las dos costas del mar de las Antillas, había adquirido la idea de que dichas costas se prolongaban paralelas á lo lejos hacia el Oeste, viniendo á parar á un brazo de mar ó un estrecho que sería como la llave entre el Atlántico y el mar de las Indias.

El pensamiento de Colón era encontrar ese estrecho y penetrar por él en el Océano Índico á donde Gama había llegado por la vía de África.

Ignoraba, pues, para esto último, que le separaba nada menos que el Océano Pacífico, y en cuanto al estrecho ó brazo de mar, si no existía, no hemos de comprender menos la fuerza intuitiva de Colón, que adivinó ese punto como el enlace de dos mundos; si no era un estrecho de agua, era una franja de tierra que unía dos grandes regiones

del continente americano, el istmo de Panamá.

El primer hecho notable de esta expedición, fué la negativa de Ovando, gobernador de la Española, para que desembarcara en la isla á fin de reparar averías en uno de los buques. «De este modo Colón se veía rechazado de la tierra y de los puertos que por la voluntad de Dios, había ganado á España á costa de su sangre» (1).

Entonces buscó refugio en una ensenada, y al observar que una numerosa escuadra estaba lista para hacerse al mar con dirección á España, le escribió á Ovando aconsejándole que no la permitiera zarpar del puerto antes de ocho días, pues le anunciaba borrasca y el huracán se extendería hasta puntos muy lejanos.

Ni el gobernador ni los pilotos hicieron caso de esta advertencia, la escuadra se hizo al mar, y cuando habrían andado unas ocho leguas y á la vista de tierra, estalló la tempestad, constituyendo esto uno de los mayores desastres de aquellos mares, pues allí iban embarcados 1.500 hombres pereciendo casi todos, incluso Bobadilla, gobernador destituído, y otros detractores de Colón, y además el mar se tragó los mayores tesoros que se habían remesado á España, contándose entre éstos, un famoso pedazo de oro nativo, que según el testimo-

---

(1) Palabras de Cristóbal Colón en carta á los Reyes Católicos fechada en Jamaica el 7 de julio de 1503.

nio de los historiadores Oviedo y Valdés, pesaba «3.300 libras de oro limpio».

Colón en tanto resguardado se libraba del desastre, no sin sufrir también grandes averías, pues la tempestad fué terrible y le desmanteló los buques.

Pasada ésta, gobernó hacia el Sur, y las corrientes le llevaron á la parte superior de Jamaica y después á los islotes que rodean la costa Sudoeste de Cuba, que descubrió en su segundo viaje, y á los que había dado el nombre de los *Jardines de la Reina.*

Después se dirigió resueltamente al Mediodía, hacia la parte de tierra firme donde juzgaba que debía estar el estrecho. El mar les oponía aquí una fuerza constante é irregular, el cielo siempre nublado, frecuentes relámpagos y aguaceros, les obligaba á cada momento á ponerse á la capa, y entonces perdían en una sola noche el poco camino andado durante varios días.

Colón cayó ahora gravemente enfermo, pero nada le desanimó, y mandó construir un camarote reducido en el castillo de popa, desde donde seguía dirigiendo su nave. Las tripulaciones pedían ir á Jamaica ó á la Española, pero él se sostuvo con tesón esperando el viento favorable que llegó finalmente, llevándolos á descubrir una isla llamada Guanaja situada delante del golfo de Honduras. Desde allí se dirigió al Sur, siempre en busca de

la tierra firme, que por fin descubrieron cerca de un cabo cubierto de árboles; después de andar 15 leguas pudieron bajar á tierra cerca de un río y tomar posesión de aquel territorio.

El mar seguía siéndoles contrario en aquellos sitios y la atmósfera lejos de suavizarse, parecía tener cada vez mayor aspereza. Los marineros sucumbían á tan continuas fatigas, y los que nó, casi todos se hallaban enfermos ó indispuestos.

Las lluvias torrenciales habían podrido las velas que se caían á pedazos. Se habían perdido áncoras y aparejos, algunos botes y la mayor parte de las provisiones. En cada carabela había varias vías de agua, y era tal la gravedad de la situación, que cada vez que arreciaba la tempestad se creían perdidos todos. La tripulación de uno de los buques dispuesta á morir, según Rosselly, había recibido los sacramentos de manos del confesor.

Después de sesenta días de marcha, en los que no pudieron andar más que 72 leguas por las corrientes siempre contrarias á su ruta, llegaron á un promontorio, detrás del cual sintieron una excelente brisa y calmarse el mar. En nombre de las tripulaciones, Colón dió gracias á Dios, llamándose así desde entonces ese promontorio, cuyo nombre hoy todavía conserva.

Continuando siempre Colón su exploración en busca del Estrecho, siguió la costa de los Mosquitos, pero necesitando renovar el agua y procurar-

se leña, se detuvieron en la embocadura de un ancho río, que remontaron dos botes con este objeto, pero al regresar, un violento golpe de mar les envolvió entre las olas, y uno de ellos zozobró, muriendo todos los que le tripulaban, por lo cual Colón puso á aquel sitio el nombre de el *Río del Desastre*.

Siguió á lo largo de aquella costa, hoy Costa Rica á causa de sus minas de oro y plata, pero bien pronto supo por los indios que muy cerca estaba el país donde se amontonaba el oro de que hacían sus espejos los indios, y avanzó hasta llegar á Veragua.

Colón no quiso detenerse en buscar aquellas minas preocupado con la idea del Estrecho y siguió adelante sin perder los más insignificantes detalles de las costas. Estaba entonces en el litoral de Chagres y buscaba lleno de ansia el paso frente á frente del mismo Panamá, entonces desconocido.

«Es que Colón presentía aquel punto geográfico, objeto de tantos votos inútiles desde trescientos setenta y tantos años, aquel importante terreno que han estudiado con tanto afán los geólogos de Francia, Inglaterra y Alemania» (1).

Buscaba el Estrecho, no en el Norte donde está, sino donde por la configuración del terreno parecía debía hallarse, y así ha llegado á suceder en nues-

---

(1) Rosselly.

tros días con la apertura del istmo por medio del Canal de Panamá.

Colón, pues, había descubierto y reconocido todos los estados ó territorios de Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Veragua y Darien, y sufrido en esta expedición todas las amarguras y sobresaltos y toda la crudeza de los elementos y de los hombres.

En una ocasión, los indios incendiaron una aldea que los españoles habían levantado para comerciar con aquéllos, muriendo ocho hombres de las tripulaciones á flechazos; se encarnizó la lucha después, y un día los indios, apoderándose de una chalupa de la expedición, inmolaron inhumanamente á todos los que en ella iban.

En vista del mal estado de sus buques, de la escasez de personal y falta de municiones, determinó Colón retroceder hacia Veragua.

En Puerto Bello les sorprendió una terrible borrasca que les tuvo varios días á merced de las olas esperando el momento de ser estrellados contra las rocas, se les vino encima además una tromba marina que á poco si les sumerge en las profundidades; en tanto Colón se revolvía en su lecho cada vez más contrariado por la enfermedad, pero sin perder la energía y el valor de su espíritu.

Se dirigieron por fin á la Española, pero á poco tuvieron que abandonar uno de los buques, pues eran tan grandes las vías de agua que esperaban un

siniestro de un momento á otro. Repartiéronse las tripulaciones entre los otros buques y continuaron así navegando hasta que las corrientes y los vientos contrarios le empujaron otra vez hacia los *Jardines de la Reina.*

El mar continuó bramando furiosamente durante seis días, al cabo de los cuales prosiguieron su camino. «Había perdido ya, dice el mismo Colón, todos los aparejos; mis buques estaban llenos de agujeros, más que un panal de abejas, y las tripulaciones completamente desmoralizadas». El agua entraba por tantos agujeros y aberturas, que, no obstante el trabajo de tres bombas, de las cubas, de los cueros y de las calderas, no se la podía agotar. En este estado, el viento les arrojó á la costa Norte de la Jamaica. Hubo necesidad de enviar un mensajero en una canoa de salvajes á la isla Española, cuyo acto de verdadera heroicidad fué llevado á cabo por un joven oficial llamado Diego Méndez.

Dieciséis meses tuvo que estar Colón en aquellas tristes y solitarias playas, habiendo tenido que sufrir la insubordinación de los hermanos Porras, hasta que por fin el gobernador de la Española resolvió mandarle buques, con objeto de arrancarle á la sedición y al hambre.

Muchos son los hechos infortunados que pudieran todavía referirse de este mártir de la ciencia, modelo de abnegación y de valor, pero sólo dire-

mos para terminar, que embarcado con dirección á España en una carabela que compró y acompañándole en otra todos los marinos que querían regresar de aquellas islas, después de nuevos peligros, tempestades y padecimientos de esta última travesía, Colón llegó al puerto de Sanlúcar de Barrameda el 7 de noviembre de 1504 dirigiéndose en seguida á Sevilla, según las frases de Lamartine, vencido en sus fuerzas, moribundo en el cuerpo, invencible en el espíritu, inmortal en su voluntad y su esperanza.

La muerte de la reina Isabel, acaecida poco tiempo después, aumentó su abatimiento, pues perdía en ella el más seguro apoyo, y debilitándose desde entonces sus fuerzas físicas y agravados también sus males morales con los obstáculos que hallaba en la corte para hacer valer sus derechos, abandonado y en la mayor pobreza, exhala su último suspiro en una posada de Valladolid el 20 de mayo de 1506 á los 70 años de edad.

UNIV. OF CALIFORNIA

CAPÍTULO VIII

Productos naturales del Nuevo Mundo.

Resuelto el problema geográfico debemos hacer la siguiente pregunta: ¿Cuáles fueron los resultados económicos y comerciales del descubrimiento de América?

Todos los escritores están unánimes en considerar este suceso como de tal magnitud, que viene á cambiar y transformar todas las relaciones de la vieja Europa. ¿Podría evadirse la esfera de las relaciones comerciales de esta influencia y de esta transformación? Precisamente creemos que si influyó en todos los órdenes de una manera más ó menos directa, en cuanto al comercio fué de una manera radical y decisiva.

Hemos visto como el comercio languidecía al par que la geografía avanzaba y se aproximaba el descubrimiento. Hemos notado en esto un plan providencial. El Nuevo Mundo ha sido revelado y agregado á los viejos continentes.

El historiador del comercio, (1) en el que no tenemos más remedio que inspirarnos en estas páginas, empieza sus primeras observaciones sobre este punto, haciendo la siguiente afirmación: «Ni la historia política ni la religiosa admiten una división tan completa como la del comercio. Después de un suceso que duplica la superficie de la tierra, y cuando se trata de reconstruir todo el edificio social, no bastan ya los antiguos materiales: la nueva creación provoca también una nueva actividad.

»El inteligente observador no debe olvidar el continuo encadenamiento de las ideas; porque el porvenir se encuentra en germen en lo pasado; pero desde el gran diluvio que transformó nuestro globo, ninguna revolución política ha influído ni influye hoy todavía tan poderosamente sobre el destino y la condición del género humano, como el descubrimiento del Nuevo Mundo.»

En tres partes puede dividirse el resultado económico y comercial de este acontecimiento.

En lo que se refiere á los productos que pudiéramos llamar naturales y que provenían de la fecundidad de aquella tierra, los que procedieron después de la actividad y explotación de las minas, especialmente de oro y plata, y por último, de los medios empleados por los distintos estados de Europa, y señaladamente España, para cultivar

---

(1) Scherer.

y desarrollar aquella riqueza, conocido esto bajo el nombre de sistema de las colonias.

En cuanto al primer punto, la América se presentó á los españoles como una selva virgen, como un país inculto y casi desierto, pero aquel vasto escenario encerraba el germen de un acrecentamiento de producción, que en cuanto fuese tocado por la varilla mágica del trabajo y la actividad de los europeos, iba á trocarse en una fuente de vida, en un colosal motivo para las transacciones comerciales.

Fué ciertamente un defecto imputable á los primeros conquistadores, como ha sucedido antes y después en todos los países que han sido sometidos á una civilización más adelantada, el hacer objeto preferente de actividad, todo aquello que podía producir en el momento y á poca costa beneficios como sucedió con el afán de buscar minas de oro y plata; pero hay que advertir que este es un mal que no sabemos si aun los pueblos y los individuos han podido preservarse de él. Si entonces como hoy se hubiera sostenido el principio que la riqueza del suelo, sobre todo si éste es fértil y meridional, como sucedió en América, es la riqueza que más beneficios puede reportar al hombre, porque es la que necesita menos esfuerzo individual y encierra un fondo de moralidad más pura, porque hay más sencillez en las costumbres que la rodean, los primeros pobladores hubieran bien pronto

puesto en práctica el labrar aquella tierra vigorosa, y los productos y el comercio hubiesen tomado en seguida un considerable desarrollo. Pero no sucedió así, y se necesitó por algún tiempo que los hombres se saciaran en las minas y en el tráfico del oro con los naturales, antes de llegar á ver realmente el tesoro que les brindaba aquella naturaleza fecundada por un sol ardiente ó una eterna primavera.

Sin embargo, no tardóse mucho en empezar á recoger el verdadero fruto del descubrimiento por parte del comercio, pues el enorme acrecentamiento de la importación de los frutos tropicales, hizo descender su consumo en las clases inferiores, cambiando de varios modos la manera de vivir, y haciendo una necesidad de lo que antes era lujo. Entonces el cargamento de un solo navío con productos de las Indias en el puerto de Lisboa ó Amsterdan, llegó á exceder en valor y cantidad á la mayor caravana de Asia.

Los dos más grandes obstáculos al desarrollo del comercio antiguo habían desaparecido: las grandes distancias y la enorme duración de los viajes.

Todo el comercio de la India había estado en poder de intermediarios, pero desde el descubrimiento de un nuevo hemisferio, la comunicación directa por mar á las Indias Orientales y Occidentales, como se las llamaba entonces, tuvo ya un

objeto, el traer los productos de comarcas tan codiciadas por medio de la navegación en alta mar que se había mirado siempre como un gran peligro. «Desde entonces, el poder naval de un estado, por pequeño que fuese influyó tanto en el comercio, y aun en la política, como las fuerzas terrestres del más poderoso estado» (1). Puede decirse también que el comercio internacional nació desde este momento, pues la navegación al separarse de las costas que antes recorriera con tanta precaución, se posesionó de la inmensidad de los mares, y aproximó los pueblos y sus riquezas, estableciendo esa comunicación y esa compensación de necesidades que ha sido siempre la base del comercio en grande escala.

Oigamos á Montesquieu en el *Espíritu de las leyes*, respecto de este punto:

«El efecto del descubrimiento de América, fué relacionar y aproximar á la Europa el Asia y el Africa.

La América suministró á la Europa la materia de su comercio con esa vasta parte del Asia que se llama las Indias Orientales. La plata, ese metal tan útil al comercio como signo, fué además la base del más grande comercio del universo como mercancía.

Por otra parte, la navegación de Africa tuvo ne-

---

(1) SCHERER.

cesidad de tomar otros rumbos á fin de proveer de hombres para el trabajo de las minas y de las tierras de la América.

No sólo tuvieron aumento las cantidades de productos importantes, sino el número de artículos. A medida que se iba conociendo aquella tierra, se encontraban multitud de producciones hasta entonces desconocidas ó inútiles.

El azúcar, el arroz y el sagú eran conocidos, y los italianos habían importado algunas pequeñas cantidades; pero estos artículos estaban tan encumbrados y tenían tan pequeño valor relativo, que no cubrían los gastos de un transporte tan largo por tierra y mar, ni mucho menos los numerosos trasbordos; en cuanto al azúcar, que recolectaban los moros en nuestra nación y en Sicilia, no se exportaba. Continuó, pues, el uso de la miel para endulzar los alimentos, hasta que después del establecimiento de una navegación continua, cuando se aumentó la capacidad de los navíos y bajo la acción de una concurrencia más viva cada día, se juzgó útil y conveniente el transporte de estos productos á Europa. Bajó el precio de los derechos, particularmente el de los del azúcar, después que se perfeccionó el arte del refinamiento, extendiéndose por casi todos los países, proporcionando á la navegación trasatlántica uno de sus principales objetos, sobre todo en la segunda mitad del siglo XVII, cuando la cultura de la caña, trasplantada á

las colonias de América, tomó un desarrollo vastísimo. Desde esta época puede considerarse el azúcar como un producto alimenticio para los pueblos europeos. El té es un artículo completamente moderno, y del que los árabes apenas tenían conocimiento en la Edad media. En el mismo tiempo se conocieron otros muchos productos, como el maíz, la patata, las drogas, sustancias medicinales, materias tintóreas y maderas, que entonces pudieron venir directamente desde los puntos de su producción, sin recurrir, como otras veces, á los intermediarios. La producción fué creciendo de día en día desde que se introdujeron en las colonias de América gran número de plantas originarias del viejo continente, cuyos artículos tomaron también el nombre de coloniales, siendo explotados principalmente bajo el punto de vista comercial. *Al fin del presente período, América había sobrepujado al Asia en la producción del azúcar y el café con destino á Europa;* produciendo á la vez el cacao, tabaco, vainilla, ciertas maderas tintóreas y otra porción de productos (1).

Aquí faltan datos estadísticos que nos evidenciarán con números esos progresos del comercio, como igualmente el aumento que fué necesario en el consumo, teniendo que recurrir á los datos que inserta el citado historiador refiriéndose á los si-

(1) SCHERER.

glos XVII y XVIII en que ya se generalizó el uso de los productos coloniales. Con respecto á Inglaterra vemos que mientras en 1700 el consumo del azúcar fué de 22 millones de libras inglesas, en 1785 se elevó á la cifra de 181.500.000. En 1710 el consumo del algodón fué de 1.171.000 libras, y en 1785 de 18.400.000. En igual año de 1710 el té ascendió á 1.707.000, y en 1785 llegó á 17 millones.

Este ejemplo, dice, bastará para probar el progreso realizado por el comercio del mundo, bajo el punto de vista de su importancia material y política, como de su influencia sobre la civilización. En adelante, su acción se extiende por todo el globo, y puede afirmarse que no se concibe la historia del género humano sin la del comercio.

Hemos visto un período floreciente del comercio en la Edad media representado por los Países Bajos, las repúblicas italianas y la liga anseática cuyos estados mercantiles hicieron las más grandes cosas que les permitieran las circunstancias, pero conocedores apenas de una mitad del globo, necesariamente tuvieron que llevar el sello de la medianía, cumpliendo su misión en una muy reducida esfera.

La independencia de los Estados Unidos que abre la época moderna, es un hecho trascendental para el comercio, pero no señala un cambio tan radical en las relaciones comerciales como el descubrimiento de América.

Este escitó, pudiéramos decir, el comercio de todas las naciones que se apresuraron á establecer colonias y crear diferentes estados marítimos y comerciales. Al mismo tiempo se separaron las diversas operaciones del comercio, distinguiéndose, entre muchas especialidades, la importación y exportación, la banca y la comisión, los armamentos marítimos, los seguros, el tráfico de las mercancías y el del numerario que fueron regulados por leyes y costumbres (1).

Otra de las consecuencias grandes del descubrimiento fué el cambio completo del teatro donde se movía el comercio internacional. El Nuevo Mundo estaba situado al Oeste: allí se encontraban las costas Occidentales que la Europa había descubierto, y todo viaje trasatlántico encontraba en ellas su punto de llegada y de partida. Hasta entonces, el Sudeste había estado en posesión del dominio comercial y político: desde Fenicia hasta Venecia había formado el Mediterráneo, con las vías que le unen á los golfos arábigo y pérsico, el estrecho espacio á que se había circunscrito el comercio internacional del mundo antiguo.

Pero la escena cambia en el corto período de tres siglos, dice el historiador antes citado.

«El Asia, en otro tiempo tan activa y dando vi-

---

(1) SCHERER.

da al comercio universal, cesa por completo, exceptuando sólo la India.

En Europa, el Sudeste, centro del comercio y de la mayor prosperidad, cesa también, y es reemplazado por la pobreza y la ignorancia; Italia, Grecia, sus costas; en una palabra, el Mediterráneo, desciende al rango de un simple lago, y su comercio, en completa ruina, queda á merced de la rapiña y de la violencia.

La Europa occidental, por el contrario. ¡Qué vida, qué actividad creadora desplega! ¡Qué desarrollo tan inesperado de poder y riqueza alcanzan, una después de otra, todas las comarcas marítimas! Como el ilimitado Océano que ante ellas se extiende no les ofrecía más que una superficie desierta y espantosa, que sólo la imaginación franqueaba, su comereio carecía de un objeto propio, y tenía que estar subordinado al de las naciones que dominaban en el Este. Pero los papeles se trocaron bien pronto cuando Cólón descubrió un Nuevo Mundo más allá del Atlántico, y Vasco de Gama encontró el camino marítimo de la India».

CAPÍTULO IX

Rendimientos ó riqueza de las minas de oro y plata.

El descubrimiento del Nuevo Mundo ha tenido todavía una influencia mucho mayor en el orden económico, si se le considera bajo el punto de vista que pudiéramos llamar metalífero, ó sea, por la revolución que en la economía política y en todas las relaciones de los pueblos y su riqueza, produjo la gran masa de metales preciosos que arrojó aquella tierra al abrir sus tesoros escondidos en las minas.

Mucho es lo que se ha disertado sobre este punto, y muchas las consecuencias que se han sacado, especialmente en lo que se refiere á España, pero antes de entrar en algunas consideraciones sobre los efectos de ese aumento del oro y la plata creemos que debemos investigar y recurrir á los datos estadísticos que nos ofrecen algunos autores para ver ese inmenso valor que la América proporcionó al resto del mundo y singularmente á la Europa.

Estos datos desde luego no serán exactos por la diversidad de opiniones y lo difícil del asunto mismo, pero de todos modos nos darán una idea, más ó menos aproximada y nos harán ver lo que el comercio debió transformarse con ese nuevo y poderoso elemento.

Sabido es que en los metales preciosos hay el desgaste natural por el uso en lo amonedado, por formación con ellos de varias especies de manufacturas, lo que se consume en dorar y platear, lo que se pierde en los transportes, y por último, por la costumbre antigua de esconder tesoros, muchos de los cuales desaparecían al morir la persona.

Ahora bien; Mr. Meggens presenta el problema de saber las cantidades de oro y plata que entraban en Cádiz y Lisboa por consecuencia del descubrimiento del Nuevo Mundo, é incluyendo no sólo las registradas sino las que podían introducirse anualmente por contrabando, las hace ascender, según los cómputos, dice, más exactos, á unos 27 millones de pesos fuertes.

La importación de metales preciosos á España, hecha la regulación media de seis años desde 1747 á 1753, ascendió en plata á 15.360.441 pesos, y en oro á 10.500.510.

Adam Smith, en su obra sobre la *Naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, no eleva tanto esas cifras, y dice que se puede regular el ingreso anual en unos 17 millones de pesos, porque esa

es la computación que hacían los políticos desde tiempos muy antiguos.

Después, añade el traductor Sr. Alonso Ortiz, que por la cuenta de los historiadores Zabala y Navarrete, se podía llegar á fijar la cantidad de lo que había entrado por registro en España, desde el descubrimiento de las Indias hasta el año en que él escribía su obra (1792), en 5.077.000.000 de pesos.

Humboldt, que hizo estudios detenidos sobre los metales y sobre la estadística de los mismos, nos da idea de la inmensa cantidad de plata que llegó á proporcionar el Nuevo Mundo, tomando un cómputo de cuatro años desde 1785 á 89, y afirmando que entraron en las cajas Reales de plata extraída de los 37 distritos de minas en que se dividía el reino de Nueva España (Méjico), 9.730.000 marcos, ó sean 82.705.000 pesos (1).

Después dice que el producto anual de la Nueva España se puede fijar en 22 millones de pesos para la plata y en un millón para el oro.

Compara después el producto de las minas de uno y otro continente, y fijándose en lo que producían las más notables á fines del siglo pasado, resulta que mientras la mina más rica de Europa, la de Himmelsfurst en Sajonia, daba por valor de 10.000 marcos de plata, la más rica de América,

(1) Se puede calcular 8 1|2 pesos por marco.

la *Valenciana* en Méjico, daba la enorme suma de 360.000.

Hace en seguida el referido autor un resumen de lo dicho por otros varios acerca del producto anual de las minas de oro y plata de América, y resulta 59.577.889 valor del oro en francos, y 176.795.778 el de la plata. Valor del oro y plata en francos, 236.353.667.

Trataremos ahora, dice en otro sitio, una cuestión muy importante y que ha sido analizada de varios modos en las obras de economía política, es á saber, la cantidad de oro y plata que ha refluído del Nuevo Mundo al antiguo, desde el año de 1492 hasta nuestros días (1).

Examina primero los trabajos que se habían publicado hasta él, y por último dice: Juntando los resultados de estos cálculos que no están fundados sino sobre simples conjeturas, aparece que la masa de metales preciosos que ha refluído de la América española en Europa, y que ha sido registrada es según aparece en el siguiente cuadro:

Nombres de los autores.	Épocas.	Millones de pesos.
Ustariz.	1492 á 1724	3.536
Solorzano.	1492 á 1628	1.500
Moncada.	1492 á 1595	2.000
Navarrete..	1519 á 1617	1.536
Raynal.	1492 á 1780	5.154

(1) Humboldt hizo sus cálculos hasta el año de 1803.

Nombres de los autores.	Épocas.	Millones de pesos.
Robertson.	1492 á 1775	8.800
Necher.	1763 á 1777	304
Gerboux.	1724 á 1800	1.600
El autor de las investigaciones sobre el comercio..	1492 á 1775	5.072

Humboldt para consignar el resultado de sus trabajos independientes de los anteriores, sigue otro camino, haciendo entrar primero en cuenta el oro y plata que por los registros de las casas de moneda y tesorerías reales sabe se han sacado año por año de las minas de Méjico y del Potosí; añade á esto por los conocimientos históricos que ha adquirido de los laboriosos americanos, lo que en diversas épocas ha dado cada región metalífera, y por último, distingue lo que se ha registrado de lo que ha pasado fraudulentamente.

Nosotros no podemos seguir en detalle al autor, y nos habremos de limitar á presentar la recapitulación principal que nos ofrece los siguientes datos:

Valor en pesos del oro y plata sacados de las minas de América desde 1492 á 1803.

Registrado.

De las colonias españolas.	4.035.156.000	
Idem portuguesas. . . .	684.544.000	
		4.719.700.000

No registrado.

De las colonias españolas.	816.000.000	
Idem portuguesas. . . .	171.000.000	
		987.000.000
Total.		5.706.700.000

Esta cifra se descompone en los dos metales en la forma siguiente:

Oro.	1.348.500.000	
Plata.	4.358.200.000	
		5.706.700.000

Hasta aquí tenemos la cantidad de metales preciosos sacados de las minas del nuevo continente; pero esto no debe confundirse con la cantidad que efectivamente ha refluído en Europa desde el año de 1492.

Para juzgar de esta suma es indispensable valuar 1.°, el oro y la plata que se encontraron al tiempo de la conquista entre los indígenas de América, y de que hicieron su botín los conquistadores; 2.°, lo que queda en circulación en el nuevo continente; y 3.°, lo que ha pasado directamente á las costas de Africa y Asia sin tocar en la Europa.

Lo primero lo valúa después de un examen detenido en 25 millones de pesos.

Existían tanto en numerario como en alhajas de oro y plata en la parte civilizada de América.	153.000.000
Supone que de las costas occidentales de América han pasado al Asia..	133.000.000
Total.	286.000.000

que deducidos de la cantidad en junto del anterior estado, tenemos que la Europa ha recibido en tres siglos 5.420 millones, más los 25 millones que supone se hallaron entre los indígenas, resulta que la cantidad de oro y plata importada desde 1492 á 1803 de América á Europa, asciende á 5.445 millones de pesos.

A pesar de ser estas cifras de una importancia capital todavía en los tiempos modernos, han sido aumentadas hasta el punto de afirmar algún historiador, que el metálico traído del Nuevo Mundo en el primer siglo ascendió á 3.500 millones, y en el segundo á 8.500, de donde si hubiéramos de seguir esta progresión ascendente, llegaríamos á un resultado casi fabuloso.

No obstante, está evidenciado de cualquiera forma que se hagan las estadísticas, que el Nuevo Mundo inundó de metales preciosos á los continentes antiguos, con especialidad á la Europa.

El primer efecto de este hecho fué la alteración del precio de casi todos los objetos y los productos, fijándonos en el del grano por ser éste el de mayor importancia. Desde el año 1570 hasta el de 1640, dice un economista, se alteró la proporción entre los valores de la plata y del grano. Aquel metal bajó en su valor real, ó lo que es lo mismo, debía cambiarse por una cantidad más pequeña de trabajo que antes; el trigo subió en su precio nominal, y en vez de ser su precio común dos onzas

de plata por cuartera en Inglaterra, llegó á subir hasta el de 6 y 8 onzas de aquel metal. «Verdad es que la mayor parte de la Europa adelantaba en el período indicado en todo género de industria, y por consiguiente crecía la demanda efectiva de la plata; pero el aumento de su surtido parece haber excedido tanto al de su demanda, que no pudo ésta impedir que bajase considerablemente su valor» (1).

Aun obtuvo mayor alteración la relación entre los mismos metales preciosos según que las minas rendían sus productos.

La proporción entre el oro y la plata que era de 1 á 10, ó sea, que una onza de oro fino valía 10 de plata fina antes del descubrimiento, llegó poco á poco á ser como de 1 á 16.

Hubo sus oscilaciones, pues hasta el año de 1525 no recibió la Europa sino casi oro solo; desde entonces hasta el descubrimiento del Brasil, á fines del siglo XVII, el peso de la plata importada fué mayor que el del oro como 60 ó 65 á 1. Mas el Brasil arrojó una masa de oro tan considerable, que vino á contrapesar, por decirlo así, los efectos de la plata.

En general, no debemos admirarnos de que la proporción entre los valores respectivos del oro y

---

(1) SMITH.

la plata no haya variado siempre de un modo visiblemente proporcional á lo que un metal ha prevalecido sobre el otro en la masa de los importados de América á Europa. Porque la acumulación de la plata parece haber tenido todo su efecto antes del año 1650, en que la proporción del oro y la plata era ya en España y Italia como 1 á 15. Desde aquella época, la población y relaciones comerciales en Europa se aumentaron de tal manera, que las variaciones en el valor de los metales preciosos han dependido de muchas causas á un tiempo, especialmente de la exportación de la plata á las Indias Orientales y á la China, y de su consumo en vajilla.

Resumiendo ahora estos datos sobre la proporción entre el oro y la plata antes y después del descubrimiento de la América, tenemos que por los años de 1253 la relación era de 1 á 10; desde 1474 se alteró y quedó en la de 1 á 10 $^1/_4$. Vino el descubrimiento y entonces fué sucesivamente bajando el valor de la plata y subiendo el nominal del oro en todos los períodos siguientes: de 1537 de 1 á 10 $^3/_4$; en 1566, 1 á 12 $^3/_{10}$; en 1599 1 á 13 $^1/_2$; en 1652 de 1 á 14 $^2/_3$; en 1686 de 1 á 14 $^9/_{10}$; en 1728 1 á 16; en tiempo de Carlos III (1759) osciló la proporción según las circunstancias entre 1 á 14 $^7/_8$; de 1 á 15 $^4/_5$ y últimamente de 1 á 16.

Meggens halló la proporción desde 1748 hasta 1753 como 1 á 22 $^2/_5$; desde 1753 hasta 1764

como 1 á 26 $^{4}/_{13}$; Mr. Gerboux la supuso en 1803 de 1 á 22 $^{1}/_{6}$.

Los primeros datos se hallan confirmados por Mr. Scherer, que dice lo siguiente:

«En Francia, bajo Felipe el Hermoso, un marco de oro equivalía á 10 marcos de plata. En los Países Bajos la relación estaba, á mediados del siglo XV, de 1 á 10 $^{1}/_{2}$, y en 1589 no era todavía más que de 1 á 11 $^{3}/_{4}$; pero á principios del siglo XVII, afluyó tanta plata, que la relación admitida en España fué la de 1 á 14; en Francia de 1 á 13; en Holanda de 1 á 12 $^{1}/_{2}$, y al fin del presente período (1789) fué de 1 á 15.»

¿Qué influencia precisa señalar ahora á esta suma de metales preciosos que empezaba por aumentar el precio de las cosas y alteraba las relaciones mismas de esos metales?

Sentado el principio de que la abundancia de oro y plata no supone aumento de riqueza, razón por la cual historiadores y economistas han criticado siempre ese afán que se despertó por hallar oro á seguida del descubrimiento, se ha llegado á ver hasta una contrariedad que disminuyó en mucho el éxito de la empresa llevada á cabo por Cristóbal Colón.

La verdadera riqueza está en las fuerzas productivas, en el trabajo, en la industria, en el comercio, pero prescindiendo de teorías muy modernas, y desde luego muy aceptables, que implican y dan

importancia también al aumento del numerario, porque mueve y estimula la actividad inclinándola á buscar los medios de adquirirle, hemos de ver cómo otras circunstancias vinieron á compensar y hasta casi hacer necesario esa irrupción, si vale la palabra, de los metales preciosos del Nuevo Mundo.

El primer hecho que hemos de citar, y éste parece providencial, fué la apertura del camino marítimo á la India por los portugueses y sus descubrimientos en el Este, al mismo tiempo que los españoles se apoderaban y abrían nuevas vías al comercio por el Occidente.

Oigamos primero á Mr. Scherer sobre este punto:

«Por muy accidental que parezca la simultaneidad de los descubrimientos verificados por los españoles al Oeste, y por los portugueses en el Este, merece ser señalada esta renovación del comercio universal, puesto que sirvió para establecer y mantener el equilibrio comercial entre las diferentes partes del mundo. En todas las épocas, el oro y la plata han sido los únicos medios de cambio para los productos de la India. Mientras que la civilización marchaba de Oriente á Occidente, los metales preciosos, por el contrario, siempre han sido atraídos hacia sus respectivos focos, por el lado donde sale el sol.

. . . . . .

»Ninguna comarca ha sido tan independiente del extranjero como la India, tanto por los productos del suelo y de la industria, como por las necesidades y objetos de lujo.»

China, encerrada en sus murallas, con un suelo rico en toda clase de producciones y una habilidad innata y tradicional en las artes y la industria, atendía á la satisfacción de todas las necesidades del país, y su estado social no experimentaba ningún cambio. Así que allí no se buscaban entre los artículos de Europa más que los metales preciosos, y sobre todo, la plata de la que casi carecían aquellas comarcas, circulando una cantidad relativamente pequeña, especialmente en lo amonedado, y destinándose lo demás al trabajo de los objetos de lujo.

«Pero cuando, después del descubrimiento del camino marítimo, la demanda de las mercaderías de Oriente se aumentó en Europa de una manera excesiva, hubiera sido imposible satisfacerla, ó, por lo menos, no se hubiera satisfecho sino á costa de grandes sacrificios. Si el oro y la plata no hubieran proporcionado recursos más abundantes que las insuficientes y casi agotadas minas de Europa, por consecuencia de un continuo decrecimiento, la cantidad de estos preciosos metales no hubiera dejado de reducirse y acrecentar su valor hasta tal punto, que ya no hubieran podido servir como medio de cambio con el Oriente; *pero antes*

que este agotamiento se hubiera realizado, América abrió sus tesoros subterráneos. con los que inundó á Europa.

. . . . . .

»Durante todo este período, Holanda, Francia é Inglaterra, saldaron los productos de la India y de la China, con el dinero de Méjico y del Perú.

»La sostenida fecundidad de las minas americanas, no sólo alimentó por espacio de dos siglos esa prodigiosa exportación de dinero al Asia, sino que aumentó sensiblemente la cantidad de metálico en circulación.»

Smith en su obra sobre la riqueza de las naciones corrobora esta idea en las siguientes palabras:

«Las Indias Orientales son otro mercado nuevo para el producto de plata de la América, y mercado que ha estado consumiendo cada vez cantidades mayores de aquel metal.

»Se aumentó continuamente el comercio directo entre la América y las Indias Orientales que se hacía por medio de los galeones de Acapulco, y el indirecto que se hacía por la vía de Europa.»

Además se ha visto que el principal artículo del cargamento de los bajeles europeos que se fletaban para la India, era la plata, y lo era también el de los galeones de Acapulco que salían para Manila. Era, pues, la plata del Nuevo Mundo una de las principales mercaderías en que se empleaba el comercio de los dos extremos ó cabos del continente

opuesto; y por medio de este metal ó comercio de plata se han llegado á ver tan íntimamente unidas estas distantes regiones del globo.

Esto en cuanto se refiere al comercio de Oriente. Respecto del de Europa, esa abundancia de metálico estuvo compensada también por el desarrollo que al mismo tiempo, aunque paulatinamente, iba obteniendo la riqueza de las naciones, y cuando es la riqueza la que se aumenta, se hace necesario mayor cantidad de dinero que ponga en circulación el incremento natural de producciones y mercaderías.

«Desde la época de aquel descubrimiento, continúa Smith, en la obra ya citada, la Europa en general fué adelantando. Inglaterra, Holanda, Francia, Alemania, aun Suecia, Dinamarca y Rusia fueron perfeccionándose progresivamente en agricultura, artes y manufacturas; Italia no ha caminado por lo menos hacia atrás, porque la decadencia de esta nación precedió á la conquista del Perú, y aun parece que desde entonces se ha ido recuperando en gran manera. España y Portugal es una parte muy pequeña de Europa y España no había decaído tanto como vulgarmente se supone.»

Ya lo ha dicho Smith, los cargamentos de plata vinieron á ser un objeto de comercio, pues desde esta época constituyeron una mercancía además de ser uno de los signos de cambio de las cosas y los productos. Así que tenemos un nuevo motivo

para la salida de los metales que de todos estos modos no disminuyeron en nada el éxito del descubrimiento.

Además de esto no hay que olvidar que la América misma fué también un nuevo mercado para el producto de sus propias minas. En América los progresos de la agricultura, de la industria y la población, fueron mucho más rápidos que los de los países más activos de la Europa, y por consiguiente, su demanda tuvo también que ser mayor. Si en un principio fué un país inculto, en cuanto las naciones europeas (sin excluir la nuestra, digan lo que quieran los escritores extranjeros) comprendieron de lo que era capaz de recibir aquella tierra, y fomentaron los verdaderos intereses, que eran los productos del suelo, ya los originarios de América, ya los trasportados de nuestro cultivo, aquel mundo que se abría como un panorama brindando con toda la variedad y todos los elementos de riqueza de que no hay ejemplo, progresó, y este progreso fué mucho más rápido que el del viejo mundo, ajustado en los antiguos moldes, que por lo gastados le inmovilizaban. Prueba evidente es el ejemplo de esa América que ha llegado en nuestros días á ser el prototipo de todos los adelantos y de todas las invenciones, y la norma del progreso y la civilización.

Todavía encierran esos metales otra virtud generadora, y fué lo que sirvió de motivo para dar

impulso á los demás aspectos de la vida económica.

«Después que la infatigable curiosidad del espíritu humano descubrió el Nuevo Mundo, eran necesarios los fomentos materiales para dar vida y un interés universal á esta nueva posesión. Sin el deslumbrador brillo de las minas del Potosí y de Zacatecas, el comercio hubiera tardado en colonizar y civilizar á América por las vías ordinarias triple tiempo, si no más que el que necesitaron la ambición y la sed del oro para llevarse cientos de miles y millones de hombres» (1).

No es que hagamos un elogio en absoluto de esto, pero es un argumento incontestable.

Para todas las grandes empresas, y empresa bien grande y árdua era el hacer productivo aquel suelo virgen, se ha necesitado siempre el acicate del interés, un estímulo que mueva eso que llamamos la iniciativa particular y que tanto se puede esperar de su concurso, y precisamente fué lo que sucedió con los metales preciosos de América; si su abundancia causó una revolución en el orden económico, estuvo compensada, como hemos visto, por otros beneficios, y por último, sirvió para que hombres decididos y empresas y compañías comerciales dirigieran la proa de sus negocios hacia un país que ostentaba el espejuelo y el atractivo de

(1) Scherer.

más luz y cambiantes para los ojos del hombre, la plata y el oro.

Esto nos lleva como por una pendiente natural á estudiar lo que han hecho las naciones del viejo mundo ante ese nuevo orden de cosas, y especialmente España que toma la primera posesión, lo que implica algunas observaciones sobre los sistemas económicos desarrollados en esta época, y sobre la teoría de las colonias.

CAPITULO X

—

Sistema económico y colonial de España.

Con el sistema colonial empieza la serie de razonamientos sobre los sistemas económicos y sus resultados dependientes del descubrimiento, así, como las acusaciones contra España, especialmente por los escritores extranjeros. No vamos á seguir punto por punto estas acusaciones, porque algunas de ellas han sido tomadas en una base cierta; pero están recargadas de un color tan subido, y hay tales exageraciones, que conviene rebatirlas con la historia misma, y con las declaraciones de autores extranjeros que han estudiado con más imparcialidad este asunto.

Esto en cuanto á los procedimientos de colonización llevados á cabo por la nación española, y á los sistemas de administración desarrollados por los reyes y los gobiernos de aquella época; pero en cuanto á la personalidad de Colón, el comercio tiene el deber de reivindicarle, sin atenuaciones de

ningún género, de las graves ofensas que se le han dirigido.

En primer lugar hay que oponerse al historiador del comercio tantas veces citado, y de una influencia grandísima, por correr en manos, su obra, de la juventud que aspira á dirigir los negocios y la parte científica del comercio. Ese historiador al demostrar que lo que hacía falta, una vez descubierto el Nuevo Mundo, eran capitales, brazos inteligentes y fundar colonias para cultivar aquella tierra virgen, no titubea en dirigir una acusación violenta y denigrante á los españoles, diciendo que los que continuaron la obra de Colón eran movidos por la sed de oro que los asemejaba *á las bestias feroces*.

De estas palabras, al decir que continuaron la obra de Colón, parece deducirse que éste fué el que principió esas *ferocidades* que indignan al historiador alemán. En confirmación de esto, y si aún hubiera duda de que envuelve en esta acusación al ilustre genovés, considerándole también como español para los efectos de su censura, copiamos el siguiente párrafo que inserta á poco de las anteriores afirmaciones:

«Esta idea, dice refiriéndose á la fundación de verdaderas colonias, caracteriza esencialmente al presente período, desde que se calmó un poco la ardiente sed de oro que había impulsado á los primeros aventureros al Nuevo Mundo, los cuales no

habían tenido la menor intención de cultivar y colonizar las comarcas nuevamente descubiertas.»

Ese calificativo de aventureros no se puede aplicar en general á los descubridores de la América.

En cuanto á Colón, procedía con conocimiento de causa y lleno de una fe y una convicción en sus ideales y sus cálculos que habrá pocos rasgos semejantes en toda la historia de la humanidad. Además, ¿no acompañaban á Colón personas de tanto arraigo como los hermanos Pinzón, marinos experimentados y ricos comerciantes del puerto de Palos, que adelantaron á Colón parte de los gastos de la empresa, y nobles como Diego de Arana y otros que ocupaban elevados puestos al servicio de los reyes?

En este asunto se han confundido dos cosas, especialmente por los historiadores extranjeros, que no han dudado en zaherir y calumniar á los españoles, aun en un problema que ellos no lograron resolver por miedo ó ignorancia, ó más bien quizás por esa ambición utilitaria y calculista que han dado en predicar sobre la industria y los medios de hallar la verdadera riqueza, cuando lo primero en el orden de los hechos está el valor y la audacia de un puñado de hombres que se lanzan á lo desconocido en un mar donde todo eran horrores y tinieblas, y donde casi sólo esperaban una muerte segura.

Se ha confundido la parte científica y directiva

de aquel descubrimiento, que no era una aventura por parte de Colón, pues éste se fundaba en la ciencia hasta donde ésta había llegado. Era cosmógrafo, matemático, observador de la naturaleza y marino á quien nada pudo apartarle del mar desde sus primeros años.

Los hechos demostraron que Colón estaba en lo cierto.

Pero al lado de estas ideas grandes y desinteresadas, hay la parte que pudiéramos llamar especulativa y hasta aventurera de aquellos que, no teniendo ni fortuna ni apego á la vida, pero que predispuestos por esto á cualquier empresa por temeraria que fuese, echaron como en una balanza el cálculo de saber qué les tendría más cuenta, si morir en la boca de aquellos monstruos marinos que poblaban el Océano, ó consumir su vida entre la miseria y el hambre, cuando no en los sombríos antros de un calabozo.

En el primer caso aún había una esperanza: que se cumplieran los pronósticos é ideas de aquel que, al parecer tan loco como ellos, se iba á sumergir en las tinieblas y las sombras, y el oro entonces y toda clase de riquezas se les presentaba en ensueños como el premio de tamaña locura. En el segundo caso, no había esperanza de ningún género, no había más que la realidad, la miseria.

Y, sin embargo, como ya hemos visto, hubo muchas dificultades para que al fin se decidieran.

Se necesitaron órdenes terminantes, consejos de los franciscanos, que veían en ello un fin religioso, extender la idea cristiana, y, por último, estímulos que animaran hasta á los menos decididos.

La idea que presidió en España para las colonias, fué considerar á la Corona como propietaria de todos los países descubiertos ó por descubrir en la porción del globo que le había sido adjudicada por la célebre línea de demarcación.

Esto será todo lo absurdo que se quiera, pero hay que remontarse á la época en que esto sucedía, muy distante en principios de política y administración, á lo que se ha conquistado después con el progreso en todos los órdenes sociales, y además observar la intención con que se ha censurado esto por la crítica extranjera.

Se hubiera querido una completa libertad indudablemente, y en este caso, portugueses, holandeses, franceses é ingleses, se hubieran apoderado en cuatro días de todo el comercio de aquellas nuevas regiones.

Como dicen ellos mismos que estaban más adelantados que nosotros en industria y agricultura, se hubieran hecho los dueños, y he aquí, de qué manera tan sencilla, en vez de haber arriesgado su vida y sus intereses en aquella empresa, propia de unos aventureros como éramos los españoles, se quedaban con el fruto ya limpio de obstáculos, á título de una actividad y una inteligencia tan

grandes, que más bien parece en el fondo una asechanza.

Pero no bastan nuestras observaciones que pudieran aparecer parciales; hay que ver la argumentación de un escritor inglés que viene á justificar el principio colonial seguido en España, por lo menos en la primera fase del descubrimiento. Robertson en su historia de América empieza en la introducción haciendo la siguiente salvedad:

«Por lo que he averiguado de resultas de mi indagación, estoy persuadido de que si se profundizaran más circunstanciadamente las primeras operaciones de España en el Nuevo Mundo, por vituperables que fueran al parecer las acciones de los individuos, la conducta de la nación se presentaría bajo un punto de vista mucho más favorable.»

Después dice en otro lugar:

«Una circunstancia que distingue las colonias de los españoles en América de las de otras naciones europeas, es que el Gobierno se ocupó con preferencia de su administración. Cuando los portugueses, franceses é ingleses tomaron posesión de las regiones que ocupan hoy en América, las ventajas que esperaban sacar eran tan inciertas y tan dudosas, que dejaron á los primeros colonos luchar sin otro recurso y contra todas las dificultades que trae la formación de una colonia en su principio. Pero el oro y la plata, las primeras producciones de los establecimientos españoles en el Nuevo

Mundo, animaron á los soberanos y dirigieron prontamente su atención. Después de haber contribuído al descubrimiento y á la conquista del Nuevo Mundo, ejercieron sobre el mismo la función de legisladores, adquiriendo esta especie de dominio desconocido hasta allí entre las naciones y ejerciendo un sistema de que en la historia no hay ejemplo.»

La máxima fundamental de la jurisprudencia española sobre la América, fué que todos los dominios conquistados pertenecían á la Corona, no al Estado ó á la nación.

En las ciudades de América la legislación fué puramente municipal y se limitaba á los asuntos de policía y de comercio interior. En todo lo que se refería á la administración general y el interés público, la voluntad del soberano era ley.

Y sin embargo de esta teoría propensa al abuso y á la absorción por el poder central, hubo equidad en algunos puntos, como sucedió con la proposición de Colón para que la Corona no obtuviese más que la mitad del oro y la plata que allí se encontrase.

La mayor parte del oro ó todo el que vino á Europa al principio del descubrimiento, se adquirió por un medio tan fácil como el de saltar en tierra y recibirlo de los naturales, que le daban ó por cambio de algunas buxerías europeas, ó lo dejaban en manos de los descubridores, huyendo

de aquellos á quienes llamaban Hijos del Sol; por cuya causa no pudo entonces ser oneroso un impuesto de la mitad de lo que se adquiriese. Pero desde el momento que para encontrar el oro se vieron en la necesidad de penetrar en las entrañas de la tierra por los senos de la misma, se estableció un principio de equidad viendo que aquel impuesto resultaba excesivo ó injusto; entonces se redujo su cuota á una tercera parte, después á una quinta, más adelante á una décima, y por último á una vigésima parte del producto total de las minas, equivalente á un 5 por 100 en el oro. El de la plata continuó por muchos tiempos á razón de una quinta parte del producto, y hasta el siglo pasado no quedó reducido el impuesto á una décima.

La idea de considerar aquellos territorios como propiedad de la Corona no debe creerse tampoco que fuera una máxima exclusiva de España. Hay infinidad de datos y argumentos que prueban que era una idea profesada por todas las naciones y que estaba en la conciencia general. «No se calificaba, dice Scherer, de colonias más que los territorios que poseía un estado europeo en otra parte del mundo, teniéndole en la más estrecha dependencia, tanto económica como política, de tal manera, que su producción y consumo eran para la madre patria objeto de un monopolio absoluto, sin que los mismos colonos pudiesen tomar resolución alguna respecto á este punto.»

En otra parte, y haciendo constar que las restricciones impuestas por España á sus colonias fueron debidas á considerarlas como dominios de la Corona, se expresa de este modo:

«La política comercial de los otros Estados se regía por el mismo principio; y si en Inglaterra y Holanda los colonos obtuvieron un rico legado de derechos y libertades políticas, esto no concernía más que á las personas; en la misma colonia estaba poco menos reputada la propiedad toda y entera de la Metrópoli, ya en un gobierno absoluto ó constitucional, ya estuviese en República. En este último caso la nación ocupaba el lugar de la Corona.»

El historiador de España Sr. Lafuente, al describir el reinado de los Reyes Católicos, expresa la misma idea en las siguientes palabras:

«Tenemos, no obstante, dos observaciones que hacer, no en justificación, pero sí en disculpa de los errores y desaciertos de los Reyes y del pueblo español en este reinado.

»Es la primera la ignorancia de los verdaderos y más sencillos principios de economía política que generalmente había en aquel tiempo en todas las naciones. Hay verdades que hoy nos parecen muy palmarias, y que sin embargo tardaron en descubrirlas los hombres; tales son las de la ciencia económica, creación que podemos llamar de ayer y que aún dista mucho de llegar á su perfec-

ción. El sistema restrictivo era el sistema de la Edad Media en toda Europa, y todo el mundo creía entonces que la mayor riqueza de una nación consistía en la mayor masa ó suma de oro que poseyera. ¿Será, pues, justo asombrarnos de que lo creyera también la España?»

Se ha criticado acerbamente ese afán que se apoderó de los españoles por hallar oro, suponiendo, primero, que esa idea les llevó hasta cometer crueldades; y viendo en segundo término, que se desconoció por España el principal objetivo que se debió llevar al Nuevo Mundo, cual era el desarrollo de la riqueza del suelo, la industria y el comercio.

Hay un fondo de verdad, y prescindiendo de lo que hicieron las demás naciones que también se equivocaron algunas veces, porque si no tuvieron sed de oro acudieron á todos los medios lícitos é ilícitos para adquirirle, poniendo por pretexto eso que han llamado actividad, trabajo y especulación, conviene para nuestro propósito señalar tres períodos á fin de que no se confundan los hechos y quede siempre esa atmósfera en contra de España que conviene disipar.

El primero es el de los albores de la conquista en que como ya hemos visto, un puñado de hombres se lanzan á esa aventura, oyen hablar de países fabulosos en que hay abundancia de oro, piedras preciosas y toda clase de riquezas, y no ven ni escuchan más razón que apoderarse de todo.

¿Y quién son esos hombres? Ya lo hemos dicho también, gente sin fortuna y sin porvenir, soldados mercenarios, aventureros guiados por un hombre de más genio y de más intrepidez que ellos y que también lleva su vista fija en el oro, pero con muy distinto objeto; aquéllos para saciar su ambición, éste para acometer una empresa religiosa, llegar á Jerusalén por el extremo oriental de Asia con un ejército que levantaría con ese dinero que esperaba hallar.

En este primer período pudo haber excesos pero no crueldades, y mucho menos injusticias, pues han olvidado los escritores extranjeros que estaba en el trono Isabel, siempre bondadosa, caritativa y justa para sus súbditos.

Un economista ha llegado á decir que los reyes á consulta del Consejo Real de Castilla, determinaron tomar posesión de aquellos países, no dudando que sus habitantes no dificultarían reconocerle por su dueño, *cuando por otra parte se hallaban incapaces de defenderse.*

Esta es una suposición ofensiva que mejor que nosotros la va á rebatir el Sr. Alonso Ortiz, traductor de la obra. Oigamos sus palabras:

«Bien pudieran haberse omitido en la traducción las expresiones con que se explica en esta parte el autor; pero son más propias para impugnarse que para suprimirse. Van animadas del mismo espíritu que respiran los más de los escritores extran-

jeros cuando tratan de las justas causas que motivaron los establecimientos españoles en el Nuevo Mundo; hay en aquellas palabras dos falsedades que no necesitan más impugnación que los hechos incontestables de la historia, pues por ella consta que los territorios que se mandaron ocupar fueron aquellas tierras é islas desiertas, ó cuyos naturales ni conociesen estado civil ni viviesen en sociedad, en cuyo caso no hay quien dude haber lugar por derecho de gentes á la ocupación, ó bien sujetándose voluntarios al dominio de un benéfico soberano que establecía entre ellos la religión y el orden social y civil de que carecían, en el cual tampoco puede resistir la posesión legítima el mismo derecho; cuyos dos artículos son los que alegan los mismos extranjeros para justificar los hechos de los establecimientos y colonias que plantaron ellos mismos en otras partes del globo.

»En cuanto á tomar posesión de aquellos países en que sus naturales estuviesen indefensos, además de ser enteramente falsa sin que para probarla pueda producirse un solo testimonio auténtico, desvanecen enteramente la calumnia, las proezas y las hazañas que en todos tiempos obraron nuestros españoles en aquellas prodigiosas conquistas, cuando en aquella época las armas castellanas no contaban más que triunfos y laureles ganados en continuados siglos de todas las naciones del mundo, y cuando eran regidas de los caudillos más fa-

mosos criados en la campaña y sostenidos de un Fernando V y de una reina Isabel, llamada la Belona de Castilla.

»La proposición, pues, está impugnada por sí misma con que sólo se salude la historia de aquellos tiempos».

Robertson, el historiador inglés ya citado, también trata de este asunto y descubre una idea todavía más ofensiva consignada por algunos escritores, cual es de que convencidos los españoles de que les sería imposible ocupar las vastas regiones descubiertas y mantener su autoridad sobre las naciones más numerosas que sus conquistadores, *resolvieron para conservar la América, exterminar sus habitantes*, hacer un desierto del Nuevo Mundo antes que perder su posesión.

«Por el honor de la humanidad, exclama dicho historiador, podemos observar que jamás ningún gobierno ha formado un proyecto tan detestable. Los reyes de España, lejos de adoptar tal sistema de destrucción, se ocuparon continuamente de la conservación de sus nuevos súbditos.

»El deseo de extender la fe cristiana y llevar el conocimiento de la verdad y consolación á los pueblos privados de la luz de la religión, fué el principal motivo que Isabel dió á la expedición de Colón.

. . . . . .

»No se puede imputar la desolación del Nuevo

Mundo á una falta de la corte de España, ni considerarlo como un efecto de su política.

»Esta fué la obra de los conquistadores y de los primeros colonos españoles, que por medidas tan imprudentes como injustas, impidieron los efectos saludables de las leyes del soberano deshonrando á su patria á los ojos de la posteridad».

Nuestro historiador Sr. Lafuente precisa más estos hechos, en la siguiente declaración:

«Hácense dos cargos gravísimos, uno moral y otro económico, á la nación española, á saber: las crueldades cometidas por los españoles con los habitantes del Nuevo Mundo, y su funesto sistema de administración económica; en el primero, hay algo de verdad, pero, por fortuna, una buena parte de exageración. Desgraciadamente, se aunaron para esto las dos pasiones que endurecen más el corazón humano, el fanatismo y la codicia. Había la idea fatal de que era lícito disponer de las vidas de los infieles, y la sed de oro que aquejaba á los aventureros, hizo á los indígenas meros instrumentos de explotación para su engrandecimiento. Pero se ha exagerado tomando las declaraciones del célebre Fr. Bartolomé de las Casas, y de los dominicos, arsenal donde los escritores extranjeros han tomado base para herirnos y calumniarnos. Si hubo demasías, fué después de la muerte de la reina Isabel; mientras vivió esta magnánima reina, los naturales de la India tuvieron en ella una amiga

constante y una protectora eficaz. Siendo todo su afán la civilización de los habitantes del Nuevo Mundo, por la doctrina humanitaria del Evangelio, y su propósito, el de hacer de los indios ciudadanos españoles, y no siervos: súbditos, y no esclavos; jamás salió de su boca ni palabra, ni ordenanza, ni ley, sino para mandar que los colonos de América fueran tratados con la mayor dulzura y consideración.»

En lo que pudiéramos llamar la segunda etapa y dentro también del reinado de los Reyes Católicos, tampoco hay motivo alguno para denigrar á España.

Despues que pasó el primer momento de la conquista, los Reyes Católicos comprendieron que había que trazar un plan que hoy llamaríamos económico, pero que entonces no era más que determinaciones de un orden político-administrativo.

Lo primero que hicieron, fundados en las teorías de aquella época, fué excluir todas las demás naciones del comercio en la América Española.

«Ese espíritu *de envidia* y de exclusión, dice Robertson, que puede ser natural y necesario en el comienzo del establecimiento, aumentó entre los españoles, á medida que sus posesiones se extendían, y conocieron su importancia. Siguiendo aquella idea, fueron llevados á formar sus colonias sobre un plan diferente de todo lo que la historia nos presenta. Colocados á una gran distancia de la me-

trópoli, estableciendo en cada una de ellas una forma de política y administración interior, bajo gobernadores diferentes y de leyes particulares, las separaron de la madre patria, pero reservándose en sus manos el derecho de darles leyes, el de imponer las tasas y de nombrar los principales empleos en lo civil y militar, aseguraron por este medio su dependencia. Felizmente para España, la situación de sus colonias hizo practicable esta nueva idea.»

Es decir, que á pesar de esa envidia, no sabemos de qué el historiador inglés reconoce implícitamente que los españoles sabían lo que se hacían.

En segundo término, hay que hacer constar, una vez más, que la América se hallaba casi en un estado primitivo y salvaje, y que si bien se presentaba una riqueza natural de productos, al plantear las colonias había que empezar también por llevar de Europa todo aquello de que allí se carecía. Precisamente, ésta es la ley de la naturaleza y de la cual ha tomado su base el comercio internacional.

No hay ninguna comarca, especialmente en su primera fase, que pueda ofrecer ese conjunto de elementos que necesita ó que ambiciona el hombre en sociedad.

La reina Isabel comprendió esto mejor que nadie, y procuró que los habitantes de las nuevas regiones participaran de la cultura, de los productos, de las artes y de las comodidades de la metrópoli,

transportando para aclimatar en aquel suelo las semillas más alimenticias, los vegetales más preciosos de España y los animales de más provecho para el hombre.

«La mayor parte, dice Scherer, de los productos tropicales de América, de sus frutos coloniales de hoy, han sido transportados del mundo antiguo por los europeos, ó encontrados por ellos en estado silvestre y regularmente cultivados de manera que pudieran introducirse en el comercio. Los españoles, decididos en sus hábiles pesquisas de riquezas improductivas, *fueron los primeros en comprender* que la cultura de los objetos, que gracias á una demanda cada día creciente de Europa, habían hecho del comercio de la India una mina inagotable para Portugal, no debía ser menos ventajosa en América, en condiciones análogas de suelo y clima.»

Aparte del honor que nos hace el historiador alemán al decir que fuimos los primeros en comprender, después de haber dicho antes que las colonias españolas estuvieron en todo por bajo de las demás, viene á confirmar esa solicitud de los reyes de España que hemos hecho constar, y que, rectificando, pudiera muy bien haber dicho el historiador al decir europeos, y los primeros los españoles, pues de otro modo parece que éramos los primeros en comprender y nulos para ejecutar, lo cual no es lo que consta en la historia.

El efecto principal de la solicitud por América en la segunda parte del descubrimiento fué establecerse una corriente recíproca entre las colonias y la metrópoli; aquéllas dieron sus productos, ésta proveyó á lo que ellas necesitaban.

La aclimatación de la caña de azúcar, el té, el café y otros productos, hemos visto en otro lugar que es posterior á esta época; en cambio, hubo productos tan raros como la cochinilla, casi particular de la Nueva España, y cuya venta, siempre segura, recompensaba las penas y el trabajo que exige la recolección y la preparación de los insectos de que se compone esta droga.

La quinina es uno de los remedios más saludables y eficaces que la providencia ha hecho conocer al hombre.

En cambio, con la rapidez que se multiplicaron en América los animales de Europa, particularmente el ganado vacuno, se creó una industria importantísima, cual fué la de los cueros. Para dar una idea de lo enorme de este negocio, bastará decir que poco tiempo después del establecimiento, los rebaños eran ya tan numerosos, que los propietarios los contaban por millones. A medida que se aumentaban, los dejaban correr á la ventura, y en poco tiempo se hacían rebaños de treinta ó cuarenta mil cabezas. Los desgraciados viajeros que cayeron en medio de esta nube de animales, no lo pasaron muy bien, por cierto.

«Cuando la importancia de todo eso, continúa Robertson, comenzó á extenderse y á crecer la actividad, la industria y las manufacturas de España, ésta llegó á un grado de prosperidad que le permitió por sus propias fuerzas traer las mercancías del Nuevo Mundo, responder á todos los pedidos y remediar todas sus necesidades. Bajo los reinados de Fernando é Isabel, y bajo el de Carlos V, España era una de las más industriosas comarcas de Europa. Sus manufacturas de lana, hilo y seda, bastaban, no sólo para el consumo, sino para las exportaciones, con mucha ventaja.

El genio de Carlos V llevó ya los negocios con alguna prudencia, y los efectos de aquella prosperidad fueron apenas sentidos, pero con Felipe II y Felipe III viene el desastre.»

Hemos traducido á propósito de concluir los anteriores juicios con este párrafo, que nos conduce á la tercera fase económica del descubrimiento. Pero no se puede afirmar que España ofreciera ese aspecto lisonjero en sus intereses materiales, ya en tiempo de Carlos V. El espíritu de conquista que distinguió la Casa de Austria señala el principio de nuestra decadencia económica y la muerte de las libertades comunales. Aquel monarca decía que cuando iba por los países de Flandes, por Francia y otras provincias, lo encontraba todo en ellas, porque todo allí abundaba, y cuando volvía á España, advertía que le faltaba todo. Estos fue-

ron los tristes efectos de aquella política que real y verdaderamente inutilizó los beneficios del descubrimiento. Sacaba, dice Smit, las gentes de España, despoblando sus campiñas, y decayó la agricultura; sacaba su dinero y sus riquezas, las cuales circulaban en las provincias extrañas en que las prodigaban sus expediciones, con lo que España quedó pobre y ellas ricas. El emperador Carlos V dijo bien, pero en su mano estuvo el remedio de este daño. Y, cosa extraña, el monarca que inició esos errores económicos, se halló más que nadie influído por los extranjeros, esos mismos que nos vituperan, y no se cansan de decirnos lo inútiles que fuimos ante las ventajas que nos ofreció el descubrimiento de América.

«Cuando Carlos vino á sentarse en el trono de sus mayores, lo hizo rodeado de una cohorte de aduladores extranjeros, que en los dos años que permanecieron en España, dejaron profundas huellas de su rapacidad é inmoral administración. Chievres, íntimo favorito de Carlos, sobresalía entre todos, apurando á porfía los medios de multiplicar las exacciones, de saciar la insolente codicia de los flamencos, y de dar á los suyos los destinos más elevados.» (1).

Cierto es que en esta época se despertó aquel afán de guerrear y de emprender aquellas campa-

---

(1) *Historia de España.*—Orodea é Ibarra.

ñas que distinguen el reinado de Carlos V, y que los españoles en América llevaban á cabo hazañas tales como la conquista de Méjico y del Perú, guiados por un Hernán Cortés y un Pizarro. Así llegó España á tener parte de dominio en todo el mundo, y á que se pronunciara la frase de que en sus Estados jamás se ponía el sol, al mismo tiempo que los españoles se jactaban de que al menor movimiento de España temblaba la tierra; pero al mismo tiempo se descuidaban las fuentes de riqueza, y como dice oportunamente el historiador citado, estas conquistas, grandes como empresas militares, comenzaban á gastar los recursos de la patria; y aquella floreciente agricultura, aquella industria y aquel movimiento mercantil, que merced á las disposiciones de los Reyes Católicos, aumentaban la prosperidad de España, comenzaron á resentirse del continuo batallar y de las constantes exacciones, empobreciéndose la nación, de hombres y dinero, sin que el emperador, como decía en las cortes de Monzón de 1537, dejara de estar constantemente empeñado.

Con Felipe II llegó España al mayor grado de dominación colonial, pues obtuvo la posesión de Santo Domingo, Cuba, la Jamaica, Puerto Rico y algunas de las pequeñas antillas.

El virreinato de Méjico comprendía toda la América central, la California, el Nuevo Méjico y la Florida.

En la América del Sur tenía el Perú, Chile, Nueva Granada, el país designado con el nombre de Tierra Firme, toda la región al Norte del Orinoco, el Paraguay y el río de la Plata.

Prescindimos aquí de posesiones en otros puntos del globo que hacían que España figurara como la nación más poderosa, toda vez que ocupaba la octava parte de la superficie de la tierra, pero hay que hacer constar que este colosal conjunto de países situados en tan diversos climas, y principalmente por sus colonias en América, «*abrió al comercio español el mercado más vasto y rico que se puede concebir*» (1).

Y sin embargo, el estado de la hacienda era en extremo lamentable, el déficit del tesoro ascendía á una exorbitante cifra de millones, se pensaba en batallar pero no en economizar, se ambicionaban empresas y se abandonaban las verdaderas que estaban en esos elementos de riqueza que ofrecía el comercio, y de este modo España llena de grandeza y poderío, caminaba á su postración y abatimiento. «El día, dice un historiador, en que las glorias militares faltaron, se vió el abismo á que marchaba sin remedio, y pasó repentinamente de la nación más prepotente á un lugar muy subalterno.»

No tardaron en llegar esos tiempos. Con Feli-

---

(1) SCHERER.

pe III, Felipe IV y Carlos II España apenas si recoge el fruto del descubrimiento de América. Entonces se pusieron en vigor todos los errores económicos y todos los desaciertos en materia de administración.

Se creyó en absoluto que una nación era tanto más rica cuanto mayor cantidad de metales preciosos poseía; aplicaron las leyes restrictivas al oro y la plata, hubo plétora de estos metales, y al circular con exceso, se rebajó su valor al mismo tiempo que se encarecían todos los géneros. Cesó el movimiento industrial y comercial, la agricultura fué abandonada, porque nadie ambicionaba más que metales preciosos sin comprender que los productos industriales y agrícolas podían convertirse por el cambio en moneda. «El resultado fué que de un millón de libras de seda que fabricaban unos 6.000 tornos en Granada á principios del siglo XVI, tan sólo se hacían doscientas mil á mediados del siglo XVII, y que Toledo en los doce años que mediaron desde 1663 á 1675, perdió 8.171 telares de los 15.000 que llegó á tener y en que sostenía á 130.000 operarios.»

Entonces fué cuando los extranjeros, estimulados con el aliciente que les ofrecía el metal precioso de España, desarrollaron sus industrias, y España no pudo sostener su competencia, ni en precio ni en calidad, y quedó en un atraso completo.

«El comercio con las colonias hubiera podido

sostener la prosperidad económica de España, pero, sometido á un desacertado sistema, tampoco produjo resultados beneficiosos. Los grandes cargamentos de oro y plata que venían, fueron, pues, al extranjero, realizándose el adagio de que los tesoros de América formaban un río caudaloso, el cual cruzaba por un puente, que era España.» (1).

---

(1) Orodea é Ibarra.

CAPÍTULO XI

—

Sistema colonial de los demás Estados de Europa

¿Los diferentes Estados de Europa hicieron algo más que aprovecharse de nuestros errores? ¿Su sistema colonial ofrece algún interés que contribuya al esplendor del descubrimiento de América? ¿Hicieron algo por la civilización en el Nuevo Mundo?

En cuanto al sistema colonial, especialmente en la primera época, fué una serie de descalabros, y por si España monopolizaba sus territorios y colonias, acudieron al contrabando, sin duda como una elucubración de sus adelantos y progresos, y para sostenerle, infestaron los mares de buques armados en corso. En cuanto al punto de la civilización, si se propusieron hacer algo bueno allí, los sentimientos de humanidad tendrán poco que agradecer á los que sentaron las bases y desarrollaron el comercio de la trata de negros.

Los holandeses formaron una compañía para la explotación de las Indias occidentales, pero la mayor parte del capital le emplearon en el armamento

de corsarios para hacer la guerra á los buques españoles, que conducían remesas de oro y plata. Fueron el terror de los mares, é hicieron numerosas presas, pero esto no bastó á sostener la compañía, y además, los armamentos en corso cesaron con la guerra.

Entonces volvieron los ojos hacia el Brasil, casi abandonado por España, se propusieron hacer allí muchas reformas, y prometieron hacer justicia, dar libertades y modificar los derechos de aduana y de los impuestos, pero casi todas estas promesas no llegaron á realizarse.

En 1654, los portugueses, cansados de sufrir el yugo que les impusieron los nuevos dominadores, fueron sublevando las provincias, y los holandeses no tuvieron más remedio que abandonar el país para siempre, en los términos de una capitulación.

Holanda perdió también bien pronto sus establecimientos de la América del Norte, dando paso á la supremacía inglesa.

«La fundación, dice Scherer, de establecimientos en las Indias occidentales, no era tan fácil como en otras partes; eran el centro de la potencia española, que apoyaba sus pretensiones, no solamente en la donación del Papa, sino también en la fuerza de las armas. Sólo mucho después fué cuando, con el auxilio de una sociedad de piratas, pudieron abrirse fácil acceso otras naciones. Holanda llegó mucho más pronto, apoderándose en 1634

de las islas de Curaçao, Benaire, Alves y Aruba, situadas no lejos de Tierra Firme, hacia la embocadura del Orinoco. Cuarenta años más tarde, tomó posesión de las pequeñas islas de San Eustaquio, Saba y San Martín.» Establecieron depósitos de contrabando é hicieron un comercio ilícito, así que puede decirse que solamente contaban como colonias, propiamente dichas, en América, con la Guayana y la del río Amazonas, únicas que supieron conservar, y donde desarrollaron en gran escala el cultivo del azúcar y el café.

La casualidad hizo que los portugueses arribasen al Brasil, pero empezaron su colonización con carácter penitenciario, enviando anualmente dos navíos con la hez de la sociedad. Entre los primeros colonos, se hallaban algunas familias judías, que aclimataron la caña de azúcar en aquel árido suelo. Se vió la importancia que podía tener el cultivo de este producto, y entonces el gobierno se tomó algún interés por la nueva colonia, y envió un gobernador que con su actividad y acertada dirección, estableció el orden en vez de la anarquía que reinaba en la administración y la vida toda del Brasil. Los jesuítas tomaron también una parte activa en esta colonización, y á ellos más que al Gobierno se debió la sumisión y conversión de las tribus indígenas, las plantaciones en el interior, y en general, la roturación del terreno.

El Brasil pasó por la dominación de los españo-

les, y por la de los holandeses, pero si bien es cierto que la colonización española dejó mucho que desear, en cuanto á los holandeses, acabamos de ver el ningún resultado que dieron, teniendo que librarse los portugueses bien pronto de su tiránica opresión.

Así como en España el oro absorbió la principal atención para las posesiones de América, en el Brasil, además del oro, hubo el incentivo de los diamantes, y cuando se descubrieron unas y otras minas, se apoderó de todos, lo mismo de los colonos que del gobierno, el afán y la ambición de poseerlo. «Se concedió el derecho exclusivo de buscar y vender estos diamantes á una sociedad, que se obligaba á pagar 1.500 francos por cada esclavo que emplease, y á entregar al gobierno todos los diamantes cuyo peso excediese de cierto número de quilates. El comercio de diamantes se prohibió á los particulares, bajo pena de muerte, y para mayor seguridad, se convirtieron los alrededores de las minas en un erial desierto, donde sólo podían habitar los obreros y agentes de la compañía. Los diamantes sólo podían ser vendidos al gobierno, que á su vez se encargaba de venderlos en Europa. La suma anual que debía producir esta venta se calculó en 12.500.000 francos.» (1).

Como se ve, el gobierno portugués monopoli-

---

(1) SCHERER.

zó estos productos de las minas, y en esto hizo lo mismo que los españoles. El resultado fué también idéntico, se abandonó el cultivo del azúcar, cuyos rendimientos hubieran sido enormes, y se despreció toda clase de industria, ante la perspectiva del oro y los diamantes; en una palabra, Portugal se equivocó también en los medios de colonizar y de fertilizar aquel país.

En 1496, los ingleses Juan Cabot y su hijo mayor Sebastián, concibieron el pensamiento de seguir las huellas de Colón elevándose hacia el Norte para buscar por allí el pasaje á las tierras de Cathay y de la India, pero el completo descubrimiento de las costas orientales de la América del Norte no se verificó hasta la época del tercer viaje de Colón, extendiéndose desde el estrecho de Davis y el Labrador, hasta los límites de la Florida.

«Enrique VII era capaz de comprender la importancia que podía tener para Inglaterra el descubrimiento de un hemisferio occidental; pero su avaricia no le permitió anticipar los socorros materiales que se necesitaban. Los Cabot fueron obligados á intentar la empresa á su riesgo.» (1).

Sin embargo, el rey supo muy bien reservarse el quinto de todos los beneficios para el caso que tuviera éxito este viaje de exploración.

Los maravillosos descubrimientos de los espa-

---

(1) SCHERER.

ñoles y portugues, excitaron cada vez más en Inglaterra el gusto por las empresas marítimas, y los viajes trasatlánticos fueron más frecuentes, á pesar de que la América del Norte quedó completamente olvidada. Algunos navíos fueron á la ventura á varios puntos del Brasil, pero en todos estos viajes no llevaron más objeto que el de las ventajas inmediatas, ya por los beneficios del comercio, ya por los despojos de los españoles (1).

En 1584 se dirigieron otra vez á la América del Norte con muchos navíos, y abordaron en el país llamado Virginia, fundando allí una colonia que duró muy poco á pesar de los ensayos y trabajos que hicieron para sostenerla. Más desgraciada todavía, si es posible, dice el citado historiador, fué otra expedición en 1595 á la Guayana en busca de Eldorado, su quimérica capital, cuyo nombre es simbólico.

Inglaterra monopolizó el comercio lo mismo que las demás naciones, promulgando, para oponerse al desarrollo comercial de Holanda, la célebre acta de navegación, en la cual había disposiciones al tenor siguiente. «Ningún producto natural ó industrial de Asia, Africa ó América podía ser importado en Inglaterra más que por navíos construídos en esta última ó en sus colonias de propiedad inglesa, y cuya tripulación lo fuera también en

(1) SCHERER.

sus tres cuartas partes por lo menos. Nadie más que el inglés de nacimiento ó naturalizado podía, bajo pena de confiscación de todas sus mercancías y de su haber, ejercer la profesión de comerciante ó factor en las colonias inglesas.»

Además, el acta gravaba con derechos dobles el pescado salado de toda especie, preparado y llevado por extranjeros; el azúcar, el tabaco, el algodón, gengibre y las maderas tintóreas de las colonias inglesas, no podían ser expedidas más que con destino á Inglaterra.

El objeto de esta acta era buscar la ruina de Holanda, su rival comercial; pero sea de ello lo que quiera, mientras defendía sus intereses amparándose en esa legislación, atentaba contra el interés de otros Estados, permitiendo ó viendo con indiferencia cómo lo más despreciable de sus súbditos se dirigían hacia las Indias occidentales en busca de aventuras, se apoderaban de los galeones de España, y constituían una banda de piratas, cuya ocupación exclusiva era el robo y el contrabando.

Tal fué el origen de los filibusteros, reunión de corsarios y merodeadores, en su mayor parte franceses é ingleses, enemigos eternos de España y amigos de hallar lo ajeno por medio del latrocinio.

Inglaterra fué á América seducida por las riquezas que ofrecía aquella nueva tierra, sin querer ver, como igualmente las demás naciones, que todo

aquello tenía un legítimo dueño, que era España. Y no se alegue que el origen de ese filibusterismo fuera nuestro sistema colonial que prohibía todo comercio con las demás naciones, pues acabamos de ver esa acta de navegación inglesa cuyo despotismo comercial no puede ser mayor. Mr. Scherer habla del *pretendido derecho del gobierno de Madrid* que impedía la toma de posesión de otros Estados.

Ya hemos visto anteriormente y con el testimonio de escritores extranjeros, el legítimo derecho de España sobre el mundo que descubrió Colón y que inmortalizó el nombre de nuestros Reyes Católicos; pero si no fuera bastante lo escrito, tendremos que referir aquí cómo ese derecho tenía su origen y estaba sancionado por la Iglesia, poder en aquella época equivalente al que hoy ejercen las naciones en virtud de su soberanía.

A poco del descubrimiento, el rey Don Fernando quiso asegurar á la corona de Castilla la legitimidad y el derecho de las nuevas adquisiciones, y aun cuando no había la menor duda, pues era una doctrina que las cruzadas habían introducido entre los príncipes cristianos á imitación de las conquistas del califato sancionadas por la autoridad pontificia, promulgóse una bula por Alejandro VI en 1493 que aseguraba á los soberanos de España en los mismos derechos y privilegios sobre las comarcas descubiertas al Oeste, que los concedidos á los

portugueses respecto de sus descubrimientos en la costa de Africa. Y á fin de prevenir toda duda entre las potencias en cuanto á sus posesiones respectivas, se promulgó una segunda bula al año siguiente, en la que se señalaba la *línea de demarcación*, tirada por el mismo pontífice sobre el mapa. Comprendía esta línea de Norte á Sur en forma de meridiano unos 6 grados próximamente, pasando al Oeste de las Azores y de las islas de Cabo Verde, y perteneciendo por tanto á la corona de España, todo lo descubierto por los navegantes españoles desde esta línea al Oeste, y al gobierno portugués todo lo que se descubriese al Este.

En el siglo XVII es cuando Inglaterra empieza una verdadera colonización, especialmente en el Norte, echando las bases que constituyeron después la confederación de Nueva Inglaterra y fundando ciudades que ensanchándose y multiplicándose se llamaron después Boston, New-York, Jersey y estados como Virginia, La Carolina, Georgia y Pensilvania.

En las Indias occidentales fundaron la colonia la Barbada y ocuparon la de San Cristóbal, y en 1855 arrebataron á España la Jamaica. En la Barbada estuvo el depósito de la primera remesa ó mercancía de negros, y en esta última sentaron sus reales los filibusteros como sitio de placer y de reposo, el más á propósito para llevar allí el botín de sus correrías y gastarlo alegremente.

Como se puede observar, todo esto pertenece ya á una época que se aleja del descubrimiento, debiendo resumir diciendo que la formación de las colonias inglesas en América, no obedeció á ningún plan comercial, siendo su desarrollo más ó menos fortuito hasta la época de Cromwell que se propuso acrecentar el poder marítimo de Inglaterra. En cuanto al sistema económico, esta nación siguió el mismo camino y cometió los mismos errores que las demás.

Francia emprendió también sus viajes al Nuevo Mundo. Hacia el año de 1506 sus navegantes descubrieron la isla del cabo Bretón y exploraron las costas de Terranova, donde establecieron la pesca en grande escala. Después avanzaron más al Mediodía y desembarcaron en los países que después se llamaron Virginia y la Carolina. Pero estos viajes no dieron más resultado que una relación donde se contaban las decepciones experimentadas en *la busca del oro y la plata*. Primera prueba de que los franceses también fueron seducidos por el brillo de los metales preciosos. A Francia se debe en realidad el descubrimiento del Canadá que llamaron Nueva Francia, y comprendió posteriormente todas sus posesiones de la América del Norte. «Pero el gobierno de la metrópoli no tomó interés formal por estas lejanas colonias, *que no hacían apreciar su utilidad por el envío de la plata y el oro.*» (1).

(1) SCHERER.

Es indudable que estas nuevas adquisiciones cayeron en el más completo olvido, y si algunos particulares hicieron ensayos de colonización, fueron malogrados por no aspirar más que á suplantarse y arruinarse entre sí.

La colonización francesa no se renovó hasta el siglo XVII. Renunciaron á la Florida á fin de evitar conflictos con España, y dirigiéronse hacia el Norte, donde estaban las huellas de los primeros colonos.

En 1604 fundaron dos colonias, Puerto Real y la Cruz, y en 1608 echaron los primeros cimientos de Quebec y de Montreal. Pero estos progresos de los franceses excitaron la envidia de los ingleses y holandeses, por la concurrencia que les hicieran en el comercio de las pieles; los holandeses alentaron contra ellos á las tribus salvajes proporcionándoles armas de fuego y municiones, y los ingleses recurrieron á la fuerza y los vencieron atacando á Puerto Real y San Salvador. Igual procedimiento siguieron éstos con el Canadá; la naciente prosperidad de este territorio les indujo á llevarse el comercio de pieles á New-York, que hasta entonces había estado concentrado en Montreal, y excitaron á las tribus salvajes á realizar antiguos deseos de venganza.

Las fronteras, pues, del Canadá y de la provincia de New-York, fueron el campo de batalla ordinario de las dos naciones rivales, teniendo por auxiliares á los salvajes.

¿Era posible una colonización fecunda para los intereses comerciales cuando se convertía en arma de combate esa prosperidad que ofrecían los nuevos territorios, y el egoísmo y la ambición ocupaban el puesto de las relaciones de tolerancia y de paz que debió presidir siempre á la formación de toda colonia?

A esa manera de ver el comercio se pueden aplicar las palabras de Garve cuando decía:

«El comercio, con la vista fija en la ganancia, alimenta el egoísmo, es incompatible con la beneficencia y la filantropía, y produce la más detestable de las guerras entre los individuos y entre los pueblos, la que tiene su origen en el espíritu de rivalidad y de monoplio.»

La Salle aseguraba que Francia tenía la esperanza de conquistar en América un imperio tan considerable como el de España, pero á nosotros nos parece que había en esto bastante de ilusión.

La Luisiana fué otra de las colonias francesas donde enviaron directamente varios expedicionarios, pero habiendo desembarcado en una costa árida y mal sana, sucumbieron casi todos los que fueron, ya por las enfermedades y privaciones de toda especie, ya por las discordias que se suscitaron en seguida.

«Treinta años después, dice Scherer, el número de colonos franceses en las riberas del Mississipí

quedó reducido á 400 ó 500, y su situación era tan deplorable, que el gobierno no vaciló en conceder á un comerciante llamado Crozat, el monopolio del comercio de la Luisiana por quince años.»

Este comerciante por todo hacer, fundó un depósito para el contrabando con las vecinas posesiones españolas, y no pensó más que en enriquecerse por este medio, pero por fin fracasó su propósito y se arruinó.

Francia cometió una infinidad de errores con esta colonia, contribuyendo á su poca ó ninguna prosperidad las exacciones fiscales y la corrupción de los gobernadores, hasta que en 1764 creyó desembarazarse de una carga cediéndola á España y renunciando así á esa esperanza de dominación continental en el Nuevo Mundo.

Las colonias francesas en las Indias occidentales, fueron debidas también en sus principios á los filibusteros, con lo cual excusamos disertar mucho acerca de ellas. La primera fué la de San Cristóbal, adquirida de una manera indirecta, y que después, como hemos visto, ocuparon los ingleses. En ésta, el cardenal Richelieu confirmó al jefe de los filibusteros en las funciones de gobernador de la isla, y concedió á una compañía el monopolio del comercio de las Antillas, reservándose el Estado la décima parte de las importaciones y exportaciones. Pero á causa de los inmoderados precios que la compañía exigió en todos los mercados, los colo-

nos se echaron en brazos de los holandeses y se dedicaron al contrabando.

Como los filibusteros cuando llegaban á ser bastante fuertes para sostenerse en los territorios que especulaban se colocaban ya abiertamente bajo el pabellón y la protección de sus respectivos gobiernos, se ofreció á veces la duda de si ciertas islas ocupadas por ingleses y franceses pertenecerían á Inglaterra ó Francia. Para resolver este asunto convinieron en una partición, en la cual correspondieron á Francia la Guadalupe, la Martinica y la Granada, únicas que con la Guayana francesa llegaron á conservar en el siglo XVIII.

Cuanto al sistema en general de colonización fué el mismo seguido por todas las naciones, el monopolio en favor de la metrópoli, privilegios con frecuencia en favor de compañías que dificultaban más la libre iniciativa y el verdadero desarrollo de la riqueza, y por último, leyes restrictivas que si bien todo fué modificado más adelante entrando Francia en las vías de una prosperidad colonial, la causa la encontramos resumida en las siguientes frases de Mr. Scherer: «Los deplorables resultados de un sistema que despojaba á las colonias, acabaron, sin embargo, por hacerse evidentes para que el gobierno pudiera desconocerlas y eludir las reformas necesarias.»

CAPÍTULO XII

La esclavitud y la trata de negros.

Vamos á terminar con un hecho que real y verdaderamente constituye como una sombra en el cuadro que hemos trazado del descubrimiento de América. Nos referimos á la esclavitud y la trata de negros, desarrolladas con motivo de la explotación de todo género llevada á cabo en aquel nuevo continente.

La esclavitud tuvo su origen en la antigüedad y fué sostenida por los más grandes filósofos, haciéndola dimanar de la desigualdad humana y de la fuerza, consecuencia inmediata de la falta de un derecho humano superior al proceso histórico. Así pasó á través del tiempo adquiriendo diferentes aspectos, pero conservándose siempre la idea de la legitimidad de ese odioso tributo con respecto á la raza negra, que desde los fenicios, egipcios y cartagineses, proveyó los mercados y surtió de seres á los demás pueblos que la emplearon en toda clase de trabajos y servicios.

Cuando después del descubrimiento de América se observó que los indígenas, ya por razón de raza, ya por la indolencia derivada de las costumbres, ó por su constitución física, no soportaban el trabajo que se hacía necesario, especialmente para el laboreo de las minas, se acordaron los colonizadores de esos esclavos negros, y bien pronto vieron el resultado favorable comparativamente con el trabajo de aquéllos. «En los primeros años del siglo XVI, dice Scherer, llegó á las Indias occidentales el primer convoy de negros, é inmediatamente se conoció el vigor de aquella raza y la facilidad con que soportaba el clima de América en medio de las más rudas fatigas, equivaliendo el trabajo de un negro al de cuatro indios.»

Pero si se compara el trabajo esclavo con el libre, siempre resulta éste más ventajoso, entre otras varias causas, por la diferencia entre los actos voluntarios y los coercitivos, por más que economistas como Juan Bautista Say hayan sostenido lo contrario, fundándose en que si así fuese, los colonos emplearían con preferencia al obrero libre. Pero en este punto creemos más oportuno citar las observaciones de un ilustre hacendista que simplifica estas teorías en las siguientes palabras: «Es, por lo tanto, un axioma económico que el trabajo esclavo, no sólo es inferior en potencia al libre, sino que también es más caro; pero esto sólo sucede en los países de colonización, donde es apreciable la ofer-

ta del trabajo del blanco; allí donde éste falta, ó donde escasea, el del esclavo africano ha tenido razón de ser bajo el aspecto económico, y solamente bajo este aspecto.» (1).

En estas ligeras reflexiones sobre la esclavitud después de descubierto el Nuevo Mundo, tenemos, como siempre, que reivindicar á España de los ataques, más ó menos velados, que nos han dirigido los extranjeros. Mr. Scherer, que ha hecho una obra de mérito y de estudio, completada con trabajos de dos hombres no menos científicos, Mr. Carlos Vogel y Henri Richelot, y que demuestra en general un juicio sereno, aunque defensor de su raza, y se mantiene constantemente en las regiones tranquilas de la exposición histórica, en lo que se refiere á España y los españoles, la intransigencia no puede ser más palmaria, ni los ataques más rudos y ofensivos.

Después de haber dicho muy tranquilo que la raza latina ha tenido la gloria de descubrir y conquistar el Nuevo Mundo, pero que á la anglo-germánica le ha estado reservada la misión de cultivarle, civilizarle y preparar su independencia, lo cual no es cierto como no sea este último concepto, en lo relativo á la esclavitud desplega el arco y dirige el siguiente dardo:

---

(1) Maldonado Macanaz. *Principios generales del Arte de la Colonización.*

«La funesta gloria de haber hecho de la trata de esclavos negros un sistema comercial y un medio de explotar una parte del mundo por otra, es y continúa siendo el patrimonio de los Estados europeos y cristianos.» Y ya puesta la proa hacia ese sitio se dirige á España y nos dedica este ramillete como observación final: «La circunstancia de ser los españoles los que fundaron en América el dominio más vasto, es decir, los hombres violentos, intolerantes y enemigos del trabajo, ha ayudado poderosamente á la esclavitud. Las demás naciones la adoptaron como un uso establecido, y su genio comercial les mostró bien pronto las ventajas que les podía reportar para colonizar el Nuevo Mundo, y para producir, en competencia con la India, los principales artículos del comercio marítimo.»

¡El genio comercial! Siempre que se trata de las demás naciones aparece esta cualidad superior; pero si se trata de España, siempre se deduce también lo mismo; que no hemos servido para nada, ó cuando más lo que hemos hecho ha sido engendrar todo lo malo.

Afortunadamente los hechos que constan en la historia dan un mentís á toda esa argumentación desprovista de razonamiento serio.

El mismo historiador citado no puede menos de hacer afirmaciones y consignar hechos que contradicen en parte sus teorías. He aquí dos ejemplos: «El cristianismo, dice, dulcificó la suerte de

estos infortunados; pero se necesitaron más de mil años para que la esclavitud desapareciera de los Estados cristianos de Europa.»

¡Como si la esclavitud fuera un hecho tan superficial que se hubiera podido borrar en un solo día! Lo importante fué suavizar la costumbre y suprimir las escenas de sangre y de crueldad de que fueron siempre víctimas los esclavos. Después continúa: «Las guerras de los alemanes con los pueblos slavos del Nordeste, habían contribuído particularmente á asegurarla.» Es decir, que á perpetuar la esclavitud bien se puede afirmar que han contribuído todos los pueblos del globo, y en cuanto á la trata de negros, las naciones más comerciantes y que se dicen más adelantadas, son las que en primer término la iniciaron y después la desarrollaron, como sucedió en Inglaterra, donde, según el mismo autor, desde 1750 á 1783 fueron arrastrados á la esclavitud, bajo aquel pabellón, 30.000 negros anuales, por término medio. El señor Macanaz, al examinar la diversa legislación que las naciones europeas adoptaron en materia de esclavitud, hace las siguientes observaciones: «Nos limitamos á consignar que la de España en sus colonias americanas, como inspirada por el mismo espíritu que dictó el Código de Indias, protector de la raza indígena americana, fué mucho más suave, humana y liberal que la del famoso *Código negro* de Colbert y que la de las colonias

inglesas, pues no solamente prescribía el bautismo y autorizaba el matrimonio de los esclavos y la observancia de los días festivos, sino que les permitía cambiar de dueño y les facilitaba la formación de un peculio propio, por medio del cultivo de una pequeña porción de terreno, denominada *conuco*, en cada finca.»

Y después añade: «Las costumbres en esta materia han sido en general más suaves en los pueblos católicos que en los protestantes, y en los latinos que en los de raza anglo-sajona.»

Veamos ahora la trata de negros.

Los portugueses fueron los primeros que hicieron este odioso comercio, desde 1440. Al principio los recibían de los mercaderes moros, pero después de sus descubrimientos á lo largo de las costas de Africa, y cuando llegaron muy particularmente á la Guinea, entraron en relaciones directas con las tribus negras del interior, y se llevaron los africanos como esclavos, empleándolos en las obras públicas y trabajos de fortificación, y después, en sus colonias de la costa, en el cultivo y plantaciones del azúcar. Como consecuencia de este procedimiento, al llegar el primer tercio del siglo XV, había ya mercados de negros en las plazas de Lisboa y Sevilla. No es, por lo tanto, de extrañar, que, descubierta la América por Colón en 1492, y habiendo comenzado la colonización por los castellanos de la isla Española y en la de Cuba, se vie-

sen trasladados á éstas algunos esclavos.» (1).

El excesivo celo y una mal entendida humanidad por parte del Padre Fray Bartolomé de las Casas, fué la causa de que la esclavitud africana se introdujera en grande escala en nuestras colonias de América El célebre dominico, queriendo librar á los indios de los penosos trabajos de las minas, y dolido de los estragos que hacía en ellos la opresión que por todos conceptos llegaron á ejercer los conquistadores españoles, no encontró otro medio de remediarlo que acudir á los esclavos negros, siguiendo el ejemplo de los portugueses.

De este modo, las cadenas que quitaba de los piés de los indios se las ponía á los negros, con lo cual no vemos lo que adelantaban los sentimientos de humanidad.

Aconsejó á Carlos I este procedimiento, por su validez en la corte, y en 1511 vemos que la Casa de contratación de Sevilla fijaba en 4.000 el número de esclavos negros que anualmente se necesitaban para las islas de Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico y la Jamaica. En 1517, el monarca cedió por cuatro años el privilegio de la importación de negros á las colonias á uno de sus favoritos flamencos, La Bresa, el cual se apresuró á vendérselo á los genoveses en 25.000 ducados.

Apenas terminado este plazo, se apoderaron los

---

(1) Macanaz. Obr. cit.

portugueses de la importación de negros al nuevo continente, siendo desde entonces hasta principios del siglo XVII, los principales mercaderes de esclavos.

España se retiró de este tráfico, y lo que hacía era subastar la provisión de negros como la renta de aduanas, ó cualquier otro monopolio del Gobierno, calculándose que por término medio se exportaban anualmente á la América española 4.000 cabezas, debiendo quedar de reserva en los depósitos africanos otras 2.000 disponibles.

La compañía francesa de Guinea proporcionó 4.800 negros cada año, con un tributo de 33 1|3 duros por cabeza. En las islas de Santa Margarita, Cumana y Maracaibo, el precio de un esclavo no podía pasar de 300 duros; en las demás partes de la Nueva España, en Méjico, Perú, Chile, etc., había libertad para el ajuste (1).

En cuanto declinó el poder de Portugal empezaron á hacer la concurrencia en el comercio de negros todas las demás naciones, Inglaterra, Holanda, Francia, Suecia, Dinamarca y aun Prusia, disputándose, especialmente Inglaterra y Francia, el privilegio del *Asiento*, ó sea la facultad de proveer á nuestras colonias de los negros africanos que requiriera el cultivo de su suelo.

Pronto algunas de esas naciones tuvieron tam-

---

(1) SCHERER.

bién posesiones y factorías en las costas de Africa para el comercio de carne humana y crearon poderosas compañías con el mismo objeto, hasta el punto de que los puertos de Liverpool y Manchester, los de Nantes y el Havre, deben en gran parte su actual prosperidad á los enormes beneficios que producía el comercio de esclavos. Liverpool llegó á tener en el año de 1771 ciento cinco navíos dedicados á ese comercio, y en Francia, donde en tiempo de Luis XVI el rey pagaba una prima de 40 francos por tonelada á cada negrero, y otra de 160 por cada esclavo importado á las Antillas francesas, llegó á invertir el Estado cerca de dos millones y medio de francos en el espacio de diez años para fomentar un tráfico que ocupaba cien navíos, en su mayor parte de Nantes y del Havre.

El medio para adquirir los negros era el cambio por mercancías, como, por ejemplo, telas, baratijas, armas de fuego, pólvora, cuchillos y objetos de hierro, todo de la peor calidad y de poco valor. Los moros ofrecían también caballos, por uno de los cuales, siendo bueno, se daban de 10 á 14 hombres. Pero los artículos más buscados y que produjeron fatales consecuencias, fueron las bebidas espirituosas, y con especialidad el aguardiente. Con esta bebida se enardeció aún más y más el temperamento de esa raza, de suyo sanguínea, y la caza de esclavos tomó gran incremento. Sólo un príncipe de la costa de Oro entregaba anualmente

20.000 esclavos á cambio de aguardiente. ¡Amarga burla del destino! Los mismos negros empleados en las plantaciones de azúcar de las Indias occidentales forjaban sin cesar, por medio de la destilación del ron, nuevas cadenas para sus compatriotas. Sólo el puerto de Liverpool expidió en un año 12.144 pipas de espíritu para el Senegal y la Guinea.

Los negros, en la venta de sus compatriotas, no sólo eran mal pagados, sino que se procedía con ellos de mala fe. Nunca se han cometido fraudes más cínicos y desvergonzados. Se extendía el aguardiente, se le hacía espuma artificial con jabón, se ponían maderas dentro de los barriles de pólvora, no se medían las telas y entregaban los peores géneros que podían encontrar. Los negros, naturalmente, trataban de volver engaño por engaño; pero esto les era sumamente difícil, pues á la venta de esclavos precedía la revista más minuciosa. Cada individuo era examinado de pies á cabeza, y muchas veces, por espacio de muchas horas, se les mandaba hacer todos los movimientos y tomar todas las actitudes imaginables. Cualquiera indisposición, cualquier defecto corporal disminuía el precio y aun era motivo para la nulidad del contrato. En este último caso, aquellos desgraciados eran destinados á sufrir el trato más horrible, y á veces la muerte de un amo cegado por la ambición. Para aumentar el valor de las mujeres

se les retiraban sus crías ante la venta, y en seguida se las daban, y muchas veces el comprador engañado las arrojaba al mar ó á la playa. Una vez formalizado el contrato, se marcaban los esclavos, imprimiéndoles con un hierro candente, en los brazos ó en el pecho, las marcas ó cifras de la compañía ó del capitán.

A su llegada á América eran vendidos á bordo ó conducidos al mercado, tratándoles siempre como si fueran hatos de carneros. Retiraban primero el deshecho y los enfermos, que vendían en pública subasta; y en cuanto á los esclavos sanos, después de bañarlos y limpiarlos, los vendían, bien individualmente, por pares ó por docenas, ó bien de una manera especial llamada á la *arrebatiña*, que consistía en estipular un precio para todos los esclavos, teniendo derecho el comprador de llevarse todos cuantos podía coger, para lo cual se abrían las puertas del patio donde estaban los esclavos, y los compradores se abalanzaban á ellos como bestias feroces, cogiendo de los brazos á dos, tres ó más negros, ó echándolos redes y lazos para coger todos los que fuera posible.

En cuanto al número de esclavos que el Africa suministró á la América, algunos escritores adoptan el cómputo de doscientos setenta y cinco años, desde 1508 á 1783, y calculando un término medio de 70.000 cabezas por año, hacen elevar aquella cifra á más de 18 millones y medio; pero si se tie-

ne en cuenta la violencia con que era necesario proceder para cautivarlos en el interior y para conducirlos al mercado, y las luchas homicidas que este comercio provocaba, la pérdida de hombres que ha experimentado el Africa en dicho espacio se aproxima á 40 millones de individuos.

En corroboración de este último aserto, bastará decir que, excitados los negros por el incentivo que les ofrecía el comercio para adquirirlos, estimulando todas las pasiones y halagando todos los goces sensuales, llegaron á una guerra permanente y cruel, ó mejor dicho, á una caza de criaturas humanas. Entonces algunas tribus guerreras, como la de los Ashantes en la costa de Oro, y la de los Fellatahs en el Niger, despoblaron reinos enteros, y cuanto más fácil hacían los ríos la comunicación con el litoral, más penetraba en el interior el robo de los hombres.

Es de lamentar que el descubrimiento del Nuevo Mundo se halle empañado con estos atropellos de una raza contra otra, y que en vez de ir aprovechando la humanidad en general todos sus beneficios, tuviera que presenciar, sin embargo, esas escenas de desolación y esos atropellos de la fuerza bruta y de la astucia, que engendró el más odioso egoísmo y la ambición de enriquecerse unos cuantos.

De ningún modo se puede hacer responsable de estos hechos á pueblo alguno determinado. Todos

estuvieron unánimes en llevar á la América la esclavitud de los negros; pero más bien debe culparse á los individuos y á esas compañías creadas con el solo propósito de buscar rendimientos en el tráfico de seres humanos.

Es una ley histórica, por otra parte, como limitación ó imperfección humana, que para llegar á la meta de toda civilización, parece que ha tenido que ser por entre las ruinas y los escombros producidos por guerras, crímenes, tiranías y todo género de aberraciones y delirios.

En cuanto á nuestra pobre nación, hoy tan despreciada, y ofendida siempre por la crítica histórica, estamparemos estas palabras del primero de nuestros oradores é historiadores, que dice: «Triste fué que el mundo, albergue de tantas maravillas, nuevo paraíso del hombre regenerado, presenciara tantas y tan grandes catástrofes, que ponen horror en el corazón y lágrimas en los ojos; pero el pueblo que haya llegado á la conquista sin producir esos males, levántese y dígalo al mundo, y entonces confesaremos que nos hemos exentado, por nuestra crueldad, de la ley á que se hallan sometidas las sociedades humanas.» (1).

Para concluir, diremos que América, si ha sufrido la influencia de otra raza que se dejó llevar del deseo de adquirir riquezas, y ha pasado por

---

(1) CASTELAR. *Estudios sobre la Edad media*, 1874.

todas las vicisitudes de los pueblos en su infancia y en su desarrollo, ha conservado, no obstante, aquella pureza primitiva, aquel ambiente de sus selvas, que le ha permitido, á través del tiempo, ser el espacio donde encarnara el espíritu de civilización moderna y la cuna donde se meciera la democracia y la libertad.

Nada de esto pudo sospechar el hombre que la descubrió; pero llevando en la mano la enseña del cristianismo, con que sellaba la tierra que surgía á sus pies, providencialmente ponía la primera piedra de ese edificio social y económico que hemos bosquejado, y por el cual hoy se reunen las naciones, y España la primera, á honrar la memoria de aquel genio, celebrando su cuarto Centenario.

FIN

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY,
BERKELEY

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

Books not returned on time are subject to a fine of 50c per volume after the third day overdue, increasing to $1.00 per volume after the sixth day. Books not in demand may be renewed if application is made before expiration of loan period.

JUL 26 1925

MAY 17 1990

AUTO DISC MAY 0 3 1990

MAR 1 9 1997

JUL 2 6

25m

YB 35549

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C024328511

540557

E111
A18

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY